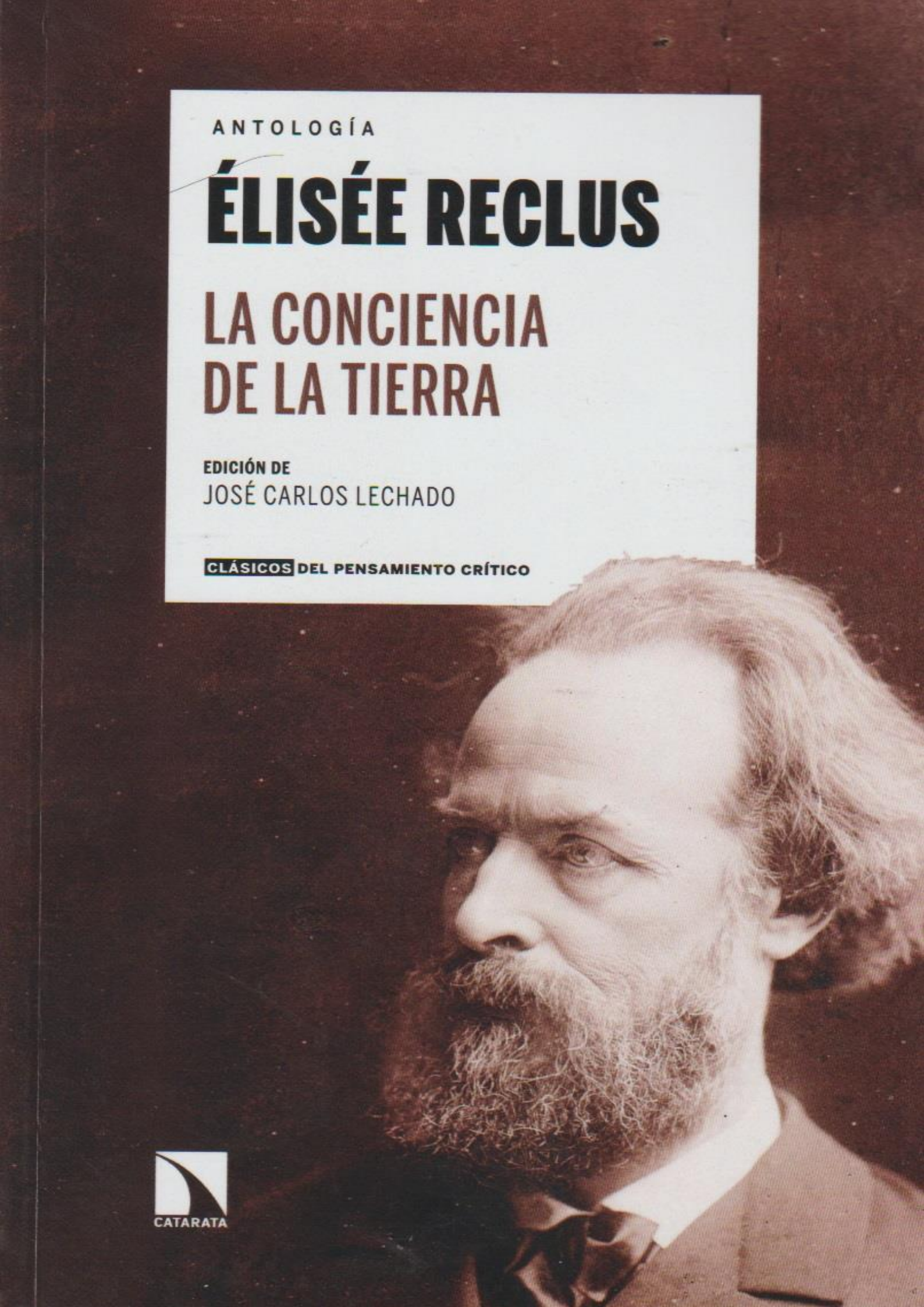
ANTOLOGÍA

ÉLISÉE RECLUS

LA CONCIENCIA DE LA TIERRA

EDICIÓN DE
JOSÉ CARLOS LECHADO

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO



CATARATA

Élisée Reclus

La conciencia de la Tierra

Edición de José Carlos Lechado

CATARATA

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
FUNDADOR: FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY (1943-2012)
DIRECTORES: JORGE RIECHMANN Y CÉSAR DE VICENTE HERNANDO (1964-2022)

LOS TÍTULOS QUE INTEGRAN ESTA COLECCIÓN TIENEN UNA ORIENTACIÓN FUNDAMENTALMENTE PEDAGÓGICA. SU OBJETIVO ES ACERCAR AL LECTOR ACTUAL LA OBRA Y EL PENSAMIENTO DE AQUELLOS AUTORES Y AUTORAS QUE HAN DESTACADO EN LA ELABORACIÓN DE UN PENSAMIENTO CRÍTICO A LO LARGO DE LA HISTORIA: ENSEÑAR QUÉ DIMENSIÓN HISTÓRICA TUVIERON Y QUÉ DIMENSIÓN POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL TIENEN; ENSEÑAR CÓMO SE LEYERON Y CÓMO SE LEEN HOY.

© DE LA EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN,
JOSÉ CARLOS LECHADO, 2024

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2024
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
WWW.CATARATA.ORG

LA CONCIENCIA DE LA TIERRA

ISBN: 978-84-1352-958-5
DEPÓSITO LEGAL: M-6 320-2024
THEMA: DNT/JPFB/ NHTP/R

ESTOS MATERIALES HAN SIDO EDITADOS PARA SER DISTRIBUIDOS. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEAN UTILIZADOS LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGAN CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

Introducción. Élisée reclus, la geografía libertaria,
por José Carlos Lechado 9
Élisée Reclus y su tiempo 37

La geografía social 43
La dialéctica de la evolución 59
La educación libertaria 79
La moral anarquista 99
El comunismo anárquico 125

Bibliografía seleccionada 153

INTRODUCCIÓN

ÉLISÉE RECLUS. LA GEOGRAFÍA LIBERTARIA

JOSÉ CARLOS LECHADO

"El hombre es la naturaleza formando conciencia de sí misma". Con este epígrafe, ilustrado con el dibujo de unas manos sosteniendo el globo terráqueo, comienza el prefacio de *El hombre y la Tierra*, donde se desarrollan los elementos de la "geografía social" que acreditan a Élisée Reclus[1] como uno de los grandes teóricos del anarquismo y, en un sentido más amplio, del pensamiento político revolucionario.

Tanto el epígrafe como la imagen que lo acompaña sintetizan el enfoque conceptual que informa toda la teoría social de Reclus: la Tierra está en manos de la humanidad, pero ambos son elementos unidos y complementarios de un medio natural cuya evolución armónica depende de la solidaridad entre ambos. En la portada del libro, tal como aparece en la edición francesa de 1905 y en la española del año siguiente, se aprecia un dibujo mostrando la misma idea, pero esta vez es una mujer quien sostiene amorosamente el planeta contra el fondo estrellado del universo, simbolizando la acción humana consciente en el cuidado de la naturaleza.

1. Durante buena parte del siglo XX, el nombre de pila de Reclus se castellanizó como "Eliseo" o "Elíseo", transcripción que aún se encuentra en muchas publicaciones recientes. En este libro hemos optado por utilizar el original francés "Élisée", conforme al uso más habitual en las publicaciones actuales en castellano.

El humanismo naturalista de Reclus, estrechamente relacionado con el evolucionismo antimalthusiano que defendió su amigo Piotr Kropotkin, parte de la idea del apoyo mutuo propuesta por el científico y teórico ruso para completarla con un análisis de la historia natural y social al que aplica un original método dialéctico. En este análisis, que demuestra la interacción necesaria y compleja entre la sociedad y la naturaleza, Reclus atribuye a la intervención humana una intención ética y estética que está en el origen de lo que hoy entendemos como sentimiento ecologista, con una orientación radical y revolucionaria que cobra plena actualidad en los inicios del tercer milenio.

Por su estilo poético y su elocuencia, Élisée Reclus está considerado como uno de los grandes escritores del siglo XIX y principios del XX en lengua francesa. Las traducciones de su obra al castellano, que alcanzaron en su día una gran popularidad, hoy están injustamente olvidadas por el gran público en España y los países de la América Latina. Sin embargo, en un mundo como el actual, trastornado por las agresiones medioambientales y el deterioro de los derechos civiles provocados por un capitalismo mucho más agresivo que el que conoció Reclus, su entusiasmo por el estudio de la vida natural, su método dialéctico de análisis del medio físico y la sociedad,

así como el enfoque radical y comprometido de su crítica de todas las formas de dominación (el Estado, la burocracia, la sociedad de clases, el patriarcado, la religión instituida, la moral reglamentada, la educación autoritaria e incluso la opresión sobre los animales), pueden arrojar una luz inspiradora que ayude a forjar los instrumentos necesarios para alentar la lucha por una sociedad más justa y libre, y también más solidaria con el planeta que la sustenta.

El presente libro aspira a dar a conocer a las nuevas generaciones de habla castellana la original contribución de Reclus a la tradición del pensamiento social en su vertiente libertaria. Tras la introducción a sus principales aportaciones teóricas y a su trayectoria vital como científico y revolucionario comprometido en la lucha por la transformación social, una selección de textos traducidos directamente del francés o reproducidos a partir de las primeras ediciones españolas[2] permitirá al lector apreciar el sugerente método de análisis de la realidad natural y humana, así como el personal estilo narrativo de este geógrafo anarcocomunista cuya obra vuelve a despertar el interés de científicos y activistas sociales.

LA GEOGRAFÍA SOCIAL COMO INSTRUMENTO DE LA TEORÍA POLÍTICA

En cierta ocasión, Élisée Reclus se definió a sí mismo ante su amigo el anarquista y antimilitarista neerlandés Ferdinand Domela Nieuwenhuis de la siguiente manera: "Sí, soy un geógrafo,

2. Los textos extraídos de *El hombre y la Tierra* y la *Novísima geografía universal*, así como el de un artículo publicado en el *Boletín de la Escuela Moderna*, son los únicos cuya traducción original se ha reproducido directamente en el presente libro, debido a su interés histórico y literario: en el primer caso, la traducción de la edición de 1909 corresponde a Anselmo Lorenzo, sindicalista libertario fundador de la sección española de la I Internacional, quien contó con la revisión científica de Odón de Buen, naturalista renombrado y colaborador de la Escuela Moderna. Por su parte, el novelista Vicente Blasco Ibáñez aportó su depurado estilo a la traducción de la segunda de las obras citadas, en su edición del mismo año.

pero por encima de todo soy un anarquista"[3]. Ciertamente, Reclus fue uno de los principales exponentes del pensamiento libertario en la época en que esta corriente política estaba aún perfilándose, pero su notoriedad como geógrafo es igualmente reconocida. En la segunda mitad del siglo XIX, cuando se desarrolló gran parte de su trabajo geográfico, esta disciplina también estaba empezando a tomar forma y, de hecho, Reclus contribuyó destacadamente, junto con el también francés Paul Vidal de la Blache y el alemán Friedrich Ratzel, a la consolidación de la geografía como disciplina científica.

Tradicionalmente, la geografía y la cartografía habían sido utilizadas por los Estados europeos con propósitos militares y de expansión colonial. En la primera mitad del siglo XIX, Alexander von Humboldt, Conrad Malte-Brun y Carl Ritter habían puesto los cimientos de la geografía científica, pero esta continuó siendo "un arma para la guerra", como la definió en la década de 1970 el geógrafo francés Yves Lacoste (quien fue uno de los principales artífices de la recuperación de la figura de Reclus a través de las publicaciones de la revista *Hérodote*).

La vocación de Reclus por la investigación geográfica se despertó en Berlín en 1851, cuando, con apenas 21 años, tuvo ocasión de asistir a las clases de Ritter, quien estableció las bases de lo que luego se conocería como "geografía humana" al poner de relieve la relación entre el medio físico y el progreso histórico de las naciones. Reclus partió de las ideas de Ritter para desarrollar su concepción de la geografía social, que se distanciaba del planteamiento determinista de su maestro alemán al proponer una interacción dinámica entre las sociedades humanas y los distintos medios geográficos. Dentro de este marco espacial, la historia evoluciona como un movimiento dialéctico con avances y retrocesos, donde la voluntad y la moralidad de los seres humanos desempeñan un papel central. En su extensa obra, Élisée Reclus inauguró una nueva forma de presentar la geografía con

3. Citado en John Clark y Camile Martin (eds. y trad.), *Anarchy, Geography, Modernity: Selected Writings of Elisée Reclus*, Oackland CA, PM Press, 2013, p. 52.

una intención didáctica, relacionándola con la historia, la antropología y la política. Sin embargo, los principales representantes de la geografía académica francesa se negaron a aceptarlo en su círculo, entre otras cosas porque él mismo prefirió desarrollar su trabajo geográfico fuera de la institución universitaria.

Vidal de la Blache y los geógrafos de la escuela francesa prefirieron utilizar la expresión "geografía humana" para describir el estudio de la relación entre el hombre y la naturaleza, dado que el término "social" tenía connotaciones políticas que sonaban demasiado a "socialista" a oídos de los representantes del conservador estamento académico galo. Por otra parte, frente a la "antropogeografía" de Ratzel, quien desarrolló el concepto de *Lebensraum* o espacio vital del Estado, luego adoptado por la geopolítica nacionalsocialista, Reclus proponía una relación entre el medio espacial y el medio temporal de cada sociedad que se apartaba del organicismo del geógrafo alemán al conferir un sentido ético a la intervención humana sobre el medio físico, capaz de influir en la evolución misma de la naturaleza. Esta acción humana resulta en un equilibrio inestable, con progresos y retrocesos, pero a lo largo de la historia tiende a crear una relación armónica entre naturaleza y sociedad cuyo resultado no puede ser otro que la anarquía, "la más alta expresión del orden", según la definió en 1851 en el primer texto político que escribió, un manifiesto titulado *Desarrollo de la libertad en el mundo*[4].

Como señalamos al principio, la geografía social de Élisée Reclus encontró su formulación más elaborada en *El hombre y la Tierra*, cuyos seis tomos fueron publicados en Francia entre 1906 y 1908, es decir, después de su fallecimiento, ocurrido en 1905. Esta obra no fue sino la culminación de los otros dos monumentales tratados geográficos que componen su "trilogía": *La Tierra. Descripción de los fenómenos de la vida en el globo*, publicado entre 1868 y 1869, y la *Nueva geografía universal*, auténtica enciclopedia geográfica compuesta de 19 volúmenes y más

4. "Le développement de la liberté dans le monde", artículo publicado póstumamente, en 1928, en la revista *Le Libertaire* (citado en Béatrice Giblin, "Élisée Reclus: un géographe d'exception", *Hérodote*, nº 117, 2005).

de 17.000 páginas con numerosos y excelentes dibujos y mapas, publicada entre 1876 y 1894. Estas tres grandes obras, junto con otras muchas de menor extensión, entre las que destacan *Historia de un arroyo* e *Historia de una montaña* por su calidad literaria y el entusiasmo que transmite el autor en la descripción de los fenómenos naturales, constituyen la aportación de Élisée Reclus a la ciencia geográfica y a la teoría política. Su geografía social es, en esencia, una geografía histórica, en la que el estudio riguroso del medio físico se halla indisolublemente vinculado a la descripción dinámica de las sociedades humanas que en dicho medio evolucionan, pues "la geografía es la historia en el espacio, lo mismo que la historia es la geografía en el tiempo", según reza el epígrafe que encabeza cada volumen de *El hombre y la Tierra*.

Además, como geógrafo, Reclus introdujo una novedosa presentación cartográfica, una aguda reflexión sobre la relación de las ciudades, las regiones y los Estados con el medio, un método de estudio interdisciplinario que combina la geografía física con otras ciencias naturales y sociales, una crítica del capitalismo y del colonialismo como formas destructivas de gestión de la naturaleza y una propuesta ética y estética relativa a la organización del territorio.

En esta ingente labor de investigación e innovación geográfica, histórica y política, Reclus contó frecuentemente con la colaboración de varios de sus numerosos hermanos y hermanas, principalmente las de Élie, etnógrafo y, como él, militante anarquista, y de Onésime, también geógrafo, especializado en el estudio de África. Asimismo, aprovechó las valiosas contribuciones del cartógrafo anarquista Charles Perron y de otros dos geógrafos rusos que compartían las mismas ideas, su amigo y secretario Léon Metchnikoff, quien le aportó sus conocimientos sobre el Japón, y Piotr Kropotkin, a quien conoció durante su exilio en Suiza en 1877. Este último participó en la preparación de algunos capítulos de la *Nueva geografía universal*, y Reclus, por su parte, ejerció una notable influencia en la concepción del anarcocomunismo que el geógrafo ruso contribuyó a impulsar frente a otras corrientes del movimiento libertario.

Como hemos indicado antes, Élisée Reclus no necesitó el apoyo, por otra parte negado, del estamento académico: sus numerosos viajes por Europa, Oriente Medio, el norte de África, los Estados Unidos y Latinoamérica, así como su correspondencia con viajeros y estudiosos y sus lecturas en las diversas lenguas que aprendió a lo largo de su vida (latín, inglés, alemán, italiano y castellano, así como nociones de neerlandés y ruso), las contribuciones de sus hermanos y amigos y, sobre todo, su sensibilidad y su capacidad de análisis de la realidad, le permitieron ocupar un puesto destacado en el panteón de los geógrafos europeos.

Solo en el último período de su vida aceptó Reclus incorporarse a la actividad académica tras su participación en 1894 en la fundación de la Universidad Nueva de Bruselas y la creación en su seno del Instituto de Estudios Geográficos, en donde tuvo la oportunidad de poner en práctica una forma de pedagogía basada en la experimentación y la iniciativa individual del estudiante, el debate entre profesores y alumnos, la innovación en la técnica cartográfica, la utilización de textos en distintas lenguas y la combinación de diversas disciplinas académicas. Todo ello contribuyó en gran medida a la renovación y consolidación de la geografía como ciencia de pleno derecho.

Su obra científica, recuperada del olvido a partir de la década de 1970 gracias en gran medida a Yves Lacoste, Béatrice Giblin y otros colaboradores de la revista francesa *Hérodote*, está siendo hoy reconocida y estudiada no solo por los seguidores de la geografía radical francesa y anglosajona, sino también por antropólogos e historiadores.

EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN: LA DIALÉCTICA DINÁMICA DE RECLUS

"Todo progreso, hecho dogma, se cambia gradualmente en obstáculo". Esta frase, extraída de *El hombre y la Tierra*[5], expresa

5. *El hombre y la Tierra*, tomo 1, Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1906, p. 2.

la percepción de Reclus sobre el carácter contradictorio del progreso frente a quienes, desde posiciones muy diversas, lo concebían como un avance continuo a lo largo de la historia humana.

La idea del progreso, con hondas raíces en la escatología cristiana que anunciaba la salvación futura en el fin de los tiempos, fue impulsada por los pensadores de la Ilustración a partir de la fe en el individuo y la razón y consolidada con los descubrimientos científicos y técnicos de la Revolución Industrial. Encontró su expresión en la filosofía positivista, en el historicismo, en la dialéctica de Hegel y Marx y, de manera muy especial, en la teoría de la evolución biológica de Charles Darwin, una auténtica revolución intelectual que repercutió en todos los planteamientos filosóficos y científicos a partir de la publicación de *El origen de las especies* en 1859. Si los seres vivos no habían sido creados de la nada por Dios, sino que eran fruto de la evolución de las especies, era lógico esperar que el hombre y la sociedad humana siguieran progresando en el futuro igual que lo habían hecho en el pasado.

Los avances espectaculares en la medicina, las matemáticas, la física y la mecánica estaban transformando el mundo a una velocidad vertiginosa, y una actitud optimista hacia el futuro conquistaba las esperanzas e ilusiones de hombres y mujeres de todas las clases y tendencias políticas. Reclus no fue ajeno al entusiasmo ante el progreso característico del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Sin embargo, a partir de la represión sangrienta de la Comuna de París adoptó un posicionamiento más matizado y complejo sobre el progreso que plasmó en su particular método dialéctico de análisis de la historia y de la evolución natural.

A diferencia de la dialéctica de Hegel y del materialismo dialéctico de Marx, que parten del postulado según el cual dos procesos contrarios, tesis y antítesis, terminan resolviéndose en una síntesis, en el método dialéctico de Reclus los elementos contrarios no solo se oponen, sino que también se combinan, en una tensión dinámica que, como se apuntó anteriormente,

no desemboca necesariamente en una síntesis armónica, sino más bien en un equilibrio inestable que incluye avances y retrocesos, es decir, que no siempre se dirige hacia el progreso.

Aunque Reclus nunca utilizó el término "dialéctica" para referirse a su método de análisis de la realidad, es muy probable que se inspirara en la dialéctica de Pierre-Joseph Proudhon, que proponía una evolución social basada en el equilibrio dinámico de elementos contradictorios, y sobre todo en las ideas de Giambattista Vico, que a finales del siglo XVIII había pergeñado en su *Scienza nuova* un enfoque de la historia basado en una sucesión de progresiones y regresiones (*corsi e ricorsi*).

El interés de la dialéctica, o más bien "dinámica", de Élisée Reclus reside no solo en la relativización de la idea del progreso, sino en la aplicación de esta idea a los diversos elementos que componen su concepto de la geografía social: tanto la evolución del medio natural como la de la sociedad humana se producen de manera contradictoria, de modo que con frecuencia un avance tiene consecuencias regresivas. Por ejemplo, la revolución de 1789 y la Comuna de París fueron acontecimientos progresivos dentro del movimiento evolutivo de la sociedad francesa, pero dieron lugar a reacciones que frenaron el avance hacia el progreso. Por consiguiente, la evolución y la revolución son dos actos sucesivos de la dinámica evolutiva: la una precede a la otra, de manera que tras una evolución de la sociedad se produce una revolución, que a su vez da paso a una nueva evolución, la cual puede ser progresiva pero también regresiva.

El progreso de la civilización, por tanto, nunca es definitivo, e incluso los logros técnicos y científicos también pueden tener consecuencias regresivas, como lo han demostrado a lo largo de la historia los procesos de deforestación, desecación y explotación abusiva de los recursos naturales que causaron la ruina de tantas sociedades.

Reclus confía, sin embargo, en que a través de este equilibrio dinámico e inestable la evolución social seguirá avanzando en un sentido progresivo, pero frente al determinismo de las dialécticas hegeliana y marxista, e incluso frente a cierto

fatalismo presente en la geografía de Kropotkin, subraya la importancia de la libre voluntad del hombre en su acción sobre el curso de la historia: el hombre (entendido en su sentido genérico) es la conciencia de la Tierra, de modo que el avance conjunto de la humanidad y del planeta solo habrá de verificarse mediante una intervención sobre la sociedad y la naturaleza que tienda hacia la armonía, la fraternidad universal y la libertad.

LA MÁS ALTA EXPRESIÓN DEL ORDEN

Si la calidad y los elementos innovadores de la obra geográfica de Élisée Reclus han vuelto a ser reconocidos por estudiosos y especialistas del ámbito académico tras un largo período de olvido, su importante aportación a la teoría social no ha recuperado aún toda la valoración que merece, especialmente entre el público comprometido en la lucha por la superación de la civilización capitalista que está llevando el planeta al desastre. Su visión de la anarquía y la revolución social se expresa sobre todo en las descripciones históricas y reflexiones políticas insertas en su voluminosa obra geográfica, pero también en numerosos textos de todo tipo (ensayos, manifiestos, cartas, conferencias, etc.) en los que aporta propuestas originales y sugerentes que no tienen nada que envidiar a las de otros teóricos libertarios mucho más conocidos, como Bakunin y Kropotkin, con los que mantuvo una intensa relación de amistad e intercambio de ideas. La búsqueda de un fundamento científico para la elaboración de una moral anarquista, la concepción de una dinámica social a la vez evolucionista y revolucionaria, la crítica del capitalismo y de las diversas formas de dominación, la combinación de colaboración colectiva y voluntad individual como factores del progreso social, la propuesta de un método de enseñanza orientado a la formación de la conciencia libre y la teorización del anarcocomunismo como fórmula de compromiso entre las distintas tendencias del movimiento libertario son las aportaciones más destacadas de Reclus al anarquismo.

Puede afirmarse que todo el pensamiento político de Reclus se asienta sobre un posicionamiento ético, basado en la solidaridad y el amor fraternal a la humanidad y a todos los seres de la naturaleza. En una época en la que la religión había dejado de constituir el fundamento legitimador del Estado y la sociedad, entre otras cosas debido al impacto demoledor que tuvo la teoría de la evolución de las especies de Darwin, la preocupación por establecer una moral separada del dogma religioso motivó la reflexión de muchos de los grandes pensadores de la época.

Kropotkin, preocupado por dotar al anarquismo de un soporte científico, tal como había hecho Marx al fundamentar su proyecto de transformación social sobre una crítica de la economía política, intentó desarrollar la idea de un progreso natural de la humanidad hacia el comunismo anárquico a partir de la crítica de la teoría de la evolución de Darwin y, especialmente, de lo que a partir de la década de 1880 vendría a conocerse como darwinismo social. El propio Darwin y sus epígonos, como Herbert Spencer, habían llegado a la conclusión de que la lucha por la supervivencia entre individuos constituía el factor de la selección biológica y, aplicada a la sociedad humana, venía a justificar como un hecho natural la competencia entre individuos propia del capitalismo. En respuesta a estos planteamientos, Kropotkin se esforzó en demostrar que no es la lucha de todos contra todos, sino el apoyo mutuo, tanto en las especies animales como en las sociedades humanas, lo que constituye el principal motor de la evolución, así como el fundamento natural de la moral. Frente a la idea, defendida por Darwin y Spencer, según la cual la solidaridad en las sociedades humanas se desarrolla tardíamente y como consecuencia del proceso de civilización, Kropotkin elaboró una teoría de la evolución social en la que el apoyo mutuo forma parte de la naturaleza humana y, por tanto, precede a la civilización. A partir del apoyo mutuo, factor evolutivo propio de las especies mejor adaptadas al medio, las sociedades humanas desarrollan el sentido de la equidad y la justicia y, en última instancia, los sentimientos de

reciprocidad y altruismo que configuran la ética comunista. En consecuencia, ni el Estado ni la religión ni la propiedad son necesarios para la vida en sociedad, y la anarquía no es solo un objetivo social posible y deseable, sino que se fundamenta en la misma naturaleza de la especie humana.

Élisée Reclus compartió la teoría moral del geógrafo ruso e intentó desarrollarla subrayando el papel desempeñado por la voluntad y la libertad individuales. Al igual que Kropotkin, su intención al proponer el apoyo mutuo como "el principal agente de progreso del hombre"[6] era desarrollar una "ciencia anarquista" basada en una ética que ya no procedía de Dios o de cualquier otro imperativo transcendente como el que postulaba Kant, sino de la misma naturaleza. Sin embargo, Reclus, poco inclinado a aceptar una conexión excesivamente determinista entre la naturaleza y la moral humana, aplicó su método dialéctico para explicar la relación complementaria entre el apoyo mutuo y la voluntad consciente del individuo: en sus reflexiones sobre la evolución histórica de las sociedades humanas, la colaboración desempeña, en efecto, un papel primordial, pero la acción de los individuos también se demuestra capaz de contribuir a procesos evolutivos y revolucionarios que determinan el progreso social.

"La lucha de clases, la busca del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la geografía social y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de 'leyes'". Así resume Reclus su particular visión de la dinámica social en el prefacio de *El hombre y la Tierra*[7], subrayando el lugar que ocupa la libertad individual en la contradictoria evolución de la sociedad humana hacia el progreso. De esta manera contribuía a reforzar la corriente anarcocomunista a la que, en parte gracias a su influencia, también se adhirió Kropotkin.

6. Ibídem, p. 130.
7. Ibídem, p. iv.

Frente al anarcocolectivismo de Bakunin y al anarquismo individualista, los comunistas libertarios o anarcocomunistas proponían la clásica fórmula "de cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad". Tanto a Kropotkin como a Reclus les preocupaba especialmente el crecimiento de la tendencia individualista dentro del movimiento libertario, influida por las ideas de Max Stirner y Friedrich Nietzsche. Con su crítica de la religión, las ideologías y las instituciones y su defensa de la realidad única del "yo" individual, Stirner abrió un camino que enseguida continuaría Nietzsche, quien, dotado de una formidable elocuencia filosófica, lanzó un demoledor ataque contra la moral judeocristiana y propugnó la adopción de una moral individual capaz de superar la vacuidad de la ética religiosa. Todo ello, junto a la crítica nietzscheana del nacionalismo y de la racionalidad burguesa, resultaba muy atractivo para numerosos anarquistas. Reclus, partiendo del concepto del comunismo libertario que compartía con Kropotkin, propuso una moral anarquista que subrayaba la importancia de la libertad soberana del individuo, combinada con el apoyo mutuo en un mismo proceso de evolución social.

La acción revolucionaria es la forma que, según Reclus, encarna la voluntad individual como elemento complementario de la evolución. En este punto se dejó influir por el análisis de Bakunin con respecto a la organización revolucionaria de los procesos de transformación social. De hecho, el geógrafo francés dio ejemplo de su empeño revolucionario llevando su teoría a la práctica durante toda su vida.

"Evolucionistas en todas las cosas —afirma el anarquista francés en *Evolución, revolución y el ideal anarquista*—, nosotros somos igualmente revolucionarios en todo, sabiendo que la historia misma no es sino la serie de logros que suceden a la serie de preparativos"[8]. Y es en esta serie de preparativos donde encuentra un lugar privilegiado la educación. La evolución

8. *L'évolution, la révolution et l'idéal anarchique*, reproducido en Alexandre Chollier y Federico Ferretti (eds.), *Élisée Reclus. Écrits sociaux*, Ginebra, Les Éditions Héros-Limite, 2012, p. 25.

dinámica de la historia hace que la sociedad avance hacia la supresión de la opresión, la miseria y la ignorancia, pero es la acción consciente del ser humano la que hará posible el advenimiento del nuevo orden social mediante la educación, la ciencia y la búsqueda de la verdad.

En efecto, la relación que establece Reclus en el análisis entre evolución y revolución encuentra una expresión destacada y precursora en su propuesta de impulsar nuevos métodos pedagógicos destinados a formar individuos conscientes y libres a través de prácticas que rechazan de plano la enseñanza autoritaria y los dogmas establecidos. Inspirado en parte en el sistema de enseñanza puesto en práctica en el Instituto de Iverdon por el pedagogo suizo Johan Heinrich Pestalozzi, Reclus pensaba que la educación infantil debía combinar teoría y práctica, un principio que, como hemos señalado, se aplicó siempre a sí mismo tanto en sus estudios como en su labor docente. Además, propuso emplear el juego como instrumento pedagógico, una idea innovadora que probablemente se inspiró en el papel que Kropotkin había otorgado al juego como actividad social promotora de la libertad y la vida moral en el contexto de la evolución[9].

Para el geógrafo francés, el anarquismo constituía una forma de vida, de manera que su intenso trabajo intelectual como científico y teórico social no le impidió practicar cotidianamente los principios comunistas ni implicarse activamente en la lucha política. Aunque su adscripción a las ideas libertarias se fue depurando y consolidando a lo largo de toda su vida, el espíritu rebelde y antiautoritario de Reclus se manifestó ya desde muy joven, cuando, durante la revolución de 1848, escapó junto con su hermano Élie de la Facultad de Teología de Montauban para unirse a las revueltas en el sur de Francia. Las lecturas de

9. Siguiendo las enseñanzas de Kropotkin, el antropólogo estadounidense David Graeber ha sugerido que el juego, entendido como principio de la libertad, se halla presente en todas las manifestaciones de la naturaleza e incluso de la realidad física (David Graeber, "What's the Point if We Can't Have Fun", *The Buffler*, núm. 24, enero de 2014; traducido al castellano como "Los animales se divierten", *Letras Libres*, México, marzo de 2015).

Auguste Comte, Charles Fourier, Henri de Saint-Simon y Pierre-Joseph Proudhon lo apartaron definitivamente de la vocación religiosa que quería inculcarle su padre, Jacques Reclus, pastor protestante que, sin embargo, consiguió transmitir a su hijo un sólido sentido ético que probablemente influyó en la moral libertaria que desarrollaría Élisée.

El ideal anarquista se muestra ya bien arraigado en el joven Reclus en 1851, cuando escribe su primer texto de orientación libertaria, *El desarrollo de la libertad en el mundo*, antes citado. En diciembre de ese mismo año tiene lugar el golpe de Estado de Luis Bonaparte y Élisée y Élie Reclus se unen a los republicanos que intentan tomar el Ayuntamiento de Orthez, donde reside su familia. El nuevo Gobierno decreta la deportación de los insurrectos y los hermanos se refugian en Londres y después en Irlanda. A continuación, con solo 22 años, Élisée viaja a Estados Unidos, donde es testigo del racismo y la brutalidad del régimen esclavista y tiene ocasión de observar el funcionamiento de una sociedad donde la economía capitalista en plena expansión está generando un tipo de comportamientos basados en la codicia y las relaciones meramente mercantiles entre las personas.

Tras viajar por varios países de Latinoamérica, en 1857 vuelve a Francia, donde el reconocimiento de su obra geográfica no lo aparta del activismo político. Se instala en París y tiene ocasión de entrar en contacto con otros revolucionarios europeos. En 1858 se inicia en la masonería, como tantos otros políticos y teóricos sociales, aunque enseguida deja de participar en las actividades de la logia Les Émules d'Hiram a la que se afilia. En 1862 conoce a Karl Marx, y considera la posibilidad de traducir al francés el primer volumen de *El capital*. Dos años después entabla amistad con Mijaíl Bakunin, a cuyas ideas se adhiere y a quien apoya en la defensa de la corriente antiautoritaria en el seno de la Asociacion Internacional de Trabajadores (AIT, más conocida como la I Internacional). Reclus defenderá junto con el anarquista ruso la necesidad de la revolución social, pero discrepará en cuanto a la importancia que Bakunin otorga a las sociedades secretas y a las conspiraciones revolucionarias.

En todo caso, en 1864, Élisée Reclus se une también, junto con su hermano Élie, a la Fraternidad Internacional, sociedad secreta organizada por Bakunin e integrada cuatro años después en la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, que en 1869 se constituye como sección de la I Internacional. Al mismo tiempo, Élisée impulsa la creación de bancas mutualistas, como el Crédit Mutuel, en la que también participa Bakunin, y la Société du Crédit au Travail, y su casa se convierte en centro de reunión y tertulias adonde acuden intelectuales y revolucionarios exiliados de toda Europa, entre ellos figuras destacadas como el socialista y revolucionario francés Auguste Blanqui y el filósofo ruso Aleksandr Herzen.

En 1870, tras el estallido de la guerra francoprusiana, Reclus se alista en la Guardia Nacional y en la compañía de globos aerostáticos creada por su amigo el fotógrafo Félix Tournachon (más conocido como Nadar), con quien organiza también el servicio de palomas mensajeras que hará posibles las comunicaciones externas de la capital francesa asediada. Tras la guerra se proclama en París la Comuna, y Élisée se une como voluntario a las tropas "federadas" de la Guardia Nacional. Detenido con el fusil en la mano por los soldados del Gobierno provisional de Adolphe Thiers que aplastan sangrientamente la Comuna, Élisée es sometido a un consejo de guerra. Gracias a su prestigio como geógrafo y al apoyo de numerosos intelectuales y políticos de distintos países, entre los que figura Charles Darwin y el embajador de los Estados Unidos, la condena de deportación perpetua a Nueva Caledonia le es conmutada por una pena de diez años de destierro.

Pese a las duras condiciones a las que se ve sometido en las diversas prisiones por las que va pasando durante más de diez meses antes de partir al destierro, Reclus no deja de estudiar y escribir. Sus lecturas de este período le permiten conocer la filosofía de Baruch Spinoza, y muy especialmente sus ideas sobre la ética de la libertad y la motivación moral de la rebelión contra toda forma de dominación. Una vez liberado, se exilia en Suiza, donde permanecerá hasta 1890. Allí se une a la Federación Jurasiana de la Internacional, que adopta por vez primera los principios del

comunismo libertario. En 1877 conoce a Piotr Kropotkin, exiliado también en Suiza, y en 1892 escribe el prefacio de la edición francesa de una de las obras más influyentes del anarquista ruso, *La conquista del pan*. Es en este prefacio donde Reclus afirma que la sociedad anárquica está ya en pleno crecimiento "en todos los lugares en donde los hombres sinceros, rebeldes a toda disciplina impuesta, se unen por su voluntad para instruirse mutuamente y reconquistar juntos, sin ningún amo, su parte de la vida y la satisfacción integral de sus necesidades".

Élisée Reclus contribuyó con su ejemplo a ese crecimiento de la anarquía, entendida como un factor primordial de orden y armonía social frente a la injusticia y el caos creados por el capitalismo y las diversas formas de dominación. Así, puso en práctica los principios comunistas de la ayuda mutua con Élie y varios de sus hermanos en París, y luego, en Bruselas. Asimismo, defendió el ideal de armonía y amor universales extendiendo a los animales el principio de la fraternidad, lo que expresó mediante la práctica del vegetarianismo; renunció a títulos académicos y a asumir el papel de maestro; convivió en unión libre con las mujeres a las que amó a lo largo de su vida; practicó y fomentó el contacto directo con la naturaleza; defendió el nudismo como medio de reivindicar la dimensión ética y estética del cuerpo frente a la moral represiva; propugnó la adopción de una lengua universal capaz de favorecer la paz y la comunicación entre todas las naciones y, en definitiva, abogó hasta el final de sus días por la revolución que debía acabar con el estado de injusticia social y opresión que impedía el avance de la humanidad hacia nuevos horizontes de progreso.

Las postreras palabras que pronunció en el lecho de muerte, en la casa de su mujer, Florence Tant, en la localidad belga de Thourout, expresaron su alegría al tener noticia de los sucesos que estaban aconteciendo en Rusia:

> Una voz susurró en el oído del moribundo, como último consuelo:
>
> —El acorazado Potemkin se ha sublevado en Sebastopol.

El sabio se incorporó, la frente alta, y en los ojos aquella llama de juventud que iluminó su vejez hasta los últimos instantes:

—¡La revolución...! ¡Al fin!

Y tras este grito volvió a caer para no levantarse jamás, exhalando con sus esperanzas el último suspiro[10].

RECLUS EN ESPAÑA Y LATINOAMÉRICA

Para el lector español o latinoamericano del siglo XXI resulta difícil imaginar la popularidad e influencia que tuvieron la obra y la figura de Élisée Reclus en todo el mundo, y muy especialmente en los países de habla hispana en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

Su primer contacto con el mundo hispano tuvo lugar en 1855, cuando abandonó su exilio en Estados Unidos para recorrer diversos países de Sudamérica, casi siempre en soledad y a pie, estudiando la naturaleza y las costumbres de cada territorio. Durante su estancia de casi dos años en lo que entonces se llamaba República de Nueva Granada (posterior Colombia), recogió los datos que informarían sus trabajos sobre *La Nueva Granada* y el *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, consolidó su vocación como geógrafo y escritor y aprendió la lengua española. Otros territorios que visitó y estudió Reclus en Latinoamérica fueron Panamá, Cuba, el golfo de México, Brasil, Uruguay y Argentina. Junto con otras fuentes secundarias, la observación directa de estos países le sirvió para elaborar las secciones correspondientes de su *Nueva geografía universal*, así como numerosos artículos publicados en revistas académicas y ediciones populares.

Tras su primer viaje a América, Reclus manifestó un especial interés por España, tanto en lo que respecta a su estructura

10. Así lo cuenta Vicente Blasco Ibáñez en su prólogo a la edición que preparó de la *Nouvelle Géographie universelle* de 1906, y que tituló *Novísima geografía universal*, tomo I, p. 23.

geográfica como a su evolución política. Un interés que pronto se vio correspondido por amplios sectores de la sociedad española. Según la descripción de Vicente Blasco Ibáñez:

> Para el público español, tienen los hermanos Reclus, aparte de su mérito como sabios, una cualidad altamente simpática.
>
> Todos ellos amaron con fervor a España y ponen en ella y sus destinos una fe y un entusiasmo que no sienten muchos españoles.
>
> Onésimo es un verdadero español. Poseedor de nuestro idioma y constante lector de sus obras clásicas, no escribe un libro en el que no se encuentre un recuerdo de la España de los conquistadores y los navegantes, una cita del ingenioso hidalgo de Lepanto. [...]
>
> Cuando Elías, el mayor, vino a España en 1869, en pleno período revolucionario, a organizar la Sociedad Internacional de Trabajadores, publicó en los periódicos de Francia, Rusia y los Estados Unidos una serie de artículos titulados "Los museos de Madrid", exuberantes de entusiasmo por las cualidades de nuestro pueblo y su futura regeneración. [...]
>
> Elíseo vino un sinnúmero de veces a Madrid. Cada vez que abandonaba sus trabajos para trasladarse a Argelia o embarcarse con rumbo a América, atravesaba España y permanecía unos cuantos días en esta ciudad, que le era familiar, como a pocos españoles. Pasaba inadvertido, rehuyendo los honores del reclamo, deseando la soledad para verlo todo mejor. Solo conocían su paso algunos *compañeros*, modestos obreros revolucionarios, unidos a él por la fraternidad de ideales. Dejaba una tarjeta en casa de Pi y Margall, único político español de quien era amigo, y desaparecía, continuando su viaje a otro continente[11].

Los libros de Reclus fueron editados y reeditados numerosas veces, y sus copias, frecuentemente publicadas en fascículos,

11. Ibídem, p. 30.

circulaban no solo por los locales sindicales y ateneos libertarios, sino que figuraban también en las bibliotecas de los burgueses liberales y republicanos. En España sus obras fueron publicadas, entre otras, por las editoriales Prometeo, de Blasco Ibáñez, y Escuela Moderna, del reputado pedagogo anarquista Francesc Ferrer i Guardia, quien utilizó algunas de ellas como libros de texto para sus escuelas racionalistas.

Entre los principales difusores de la obra de Élisée Reclus en Latinoamérica figuran el intelectual anarquista Luigi Fabbri y, sobre todo, su hija Luce, quienes tradujeron, editaron y comentaron sus libros en Montevideo. Ejemplo del interés que inspiraba el geógrafo y teórico francés entre los revolucionarios latinoamericanos es la admiración que le profesaba Severino di Giovanni, quien empleó el dinero obtenido de un atraco para pagar los gastos de edición de los "escritos sociales" de Reclus, traducidos al italiano y publicados en 1930 en Buenos Aires.

En España, tras el triunfo del general Franco en la guerra civil, los libros de Reclus fueron víctimas de la prohibición que cayó sobre todos los autores señalados por sus ideas revolucionarias o simplemente progresistas. Sin embargo, al tratarse en su mayoría de tratados geográficos, muchos ejemplares de sus obras consiguieron burlar la censura y sobrevivieron en bibliotecas privadas, de manera que aún hoy no resulta raro encontrarlos en rastrillos y librerías de viejo. Ello no impidió, empero, que sus importantes contribuciones a la ciencia geográfica y al pensamiento político quedaran olvidadas en España durante varias décadas.

Afortunadamente, estudiosos y académicos han venido realizando durante los últimos decenios congresos, seminarios y cursos universitarios que están poniendo de manifiesto la relevancia de la geografía social de Élisée Reclus tanto en España como en Latinoamérica.

En sus textos dedicados a los países latinoamericanos y a España, las descripciones geográficas, históricas y sociales que desarrolló Reclus, principalmente en la *Nueva geografía universal*, adquieren en la actualidad una inusitada vigencia. En lo que respecta a España, cabe señalar en primer lugar la novedosa

visión de la realidad natural y humana del país, en contraste con la imagen romántica que, a falta de estudios geográficos rigurosos, habían difundido los relatos de viajeros extranjeros a lo largo del siglo XIX. Reclus describió con perspicacia las diferencias entre las distintas regiones, definidas según criterios geográficos, históricos y etnográficos, y no conforme a la artificial división administrativa establecida por los gobiernos liberales a partir de 1822.

El análisis riguroso de las regiones españolas, desarrollado con un estilo didáctico y en ocasiones poético, contribuyó de manera muy importante a modificar la visión que los propios españoles tenían de su país. Reclus identificó el papel central de Castilla en la configuración política del Estado evitando caer en determinismos geográficos e incidiendo en los elementos históricos y culturales que contribuyeron a establecer un centro político contrapuesto a las regiones periféricas, mucho más dinámicas y pobladas que el interior mesetario. Esta nueva visión de la realidad geográfica de España, que sugería la necesidad de una descentralización administrativa del país, ejerció una influencia directa en los políticos federalistas como Francesc Pi i Margall, en Joaquín Costa, en Francisco Giner de los Ríos y los intelectuales reformistas y regeneracionistas de la Institución Libre de Enseñanza, en pintores como Joaquín Sorolla y en los escritores de la generación del 98 como Azorín, Miguel de Unamuno y Antonio Machado. La diversidad geográfica y social del territorio español explicada por Reclus, que había celebrado la proclamación de la República Federal en 1869 y la posterior rebelión cantonal, proporcionó argumentos a los federalistas españoles e inspiró proyectos de solución federal y descentralizada a lo largo del siglo XX.

Los textos geográficos de Reclus denunciaban también las desigualdades regionales y sociales del país, dando a conocer situaciones de miseria extrema como la descrita con respecto a la comarca extremeña de Las Hurdes: "El claro Alagón recoge las aguas de las Batuecas y Las Hurdes, circos desgarrados donde viven familias verdaderamente salvajes, seres flacos y mal

vestidos con pieles y andrajos, entre basura y en cuevas inmundas, revueltos con las bestias, y separados en vida y costumbres del resto de los españoles"[12].

La denuncia de estas realidades sociales fue retomada por otro eminente geógrafo francés, Maurice Legendre, cuya obra influyó directamente en la decisión de Luis Buñuel de realizar su famoso y provocador documental *Las Hurdes, tierra sin pan*.

De la misma manera, el naturalismo humanista de Reclus contribuyó notablemente a difundir el amor por la naturaleza, el montañismo, el higienismo y el rechazo de la crueldad hacia los animales. Sociedades naturistas y clubes de montaña, como la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, se inspiraron en sus obras desde principios del siglo XX. La Real Sociedad Geográfica de Madrid tradujo sus libros, cuya influencia alcanzó incluso a un destacado defensor de la naturaleza como fue Félix Rodríguez de la Fuente; este seguramente tuvo la ocasión de leer en su juventud el primer tomo de *El hombre y la Tierra* y otras obras de Reclus, cuyo estilo y enfoque debieron de servirle de inspiración para la realización de algunos de sus documentales, como los de su famosa serie televisiva del mismo nombre emitida entre 1974 y 1981[13].

Como hemos indicado anteriormente, la concepción del comunismo anarquista de Élisée Reclus incorpora la educación, laica, antiautoritaria, mixta, integral y participativa como una condición necesaria para la formación de individuos libres capaces de intervenir en los procesos de evolución y revolución social. Esta concepción de la educación contaba con un suelo ya abonado desde 1872, cuando la Federación de la Región Española de la AIT, en su congreso de Zaragoza, presentó un proyecto de educación integral como alternativa al monopolio dogmático de la Iglesia católica. Las ideas pedagógicas de Reclus, que influyeron en los planteamientos de la Institución Libre de Enseñanza, tuvieron una aplicación directa en la metodología

12. Élisée Reclus, *Novísima geografía universal*, tomo I, p. 283.
13. Así lo afirma Benigno Varillas en *La estirpe de los libres*, El Cárabo, 2020.

y práctica de las escuelas racionalistas impulsadas por Ferrer i Guardia, especialmente en Cataluña. Desde muy pronto, el anarquismo español comprendió la importancia de la instrucción de la clase obrera para llevar a cabo una auténtica revolución social, de manera que los sindicatos, las cooperativas, los ateneos libertarios, las escuelas racionalistas y academias privadas inspiradas por los principios de la Escuela Moderna utilizaron las obras de Reclus para educar a los trabajadores y a sus hijos con los elementos de la pedagogía anarquista propuestos por el geógrafo francés. A partir, sobre todo, de la década de 1920, muchos locales de la Confederación Nacional del Trabajo, y prácticamente todos los ateneos libertarios del territorio español, contaban con una nutrida biblioteca que permitía a los trabajadores el acceso a las obras clásicas de la literatura y la ciencia, incluidas las obras de Kropotkin y Reclus.

Al igual que en España, las organizaciones anarquistas latinoamericanas adoptaron los métodos de la pedagogía libertaria y difundieron las obras de Ferrer i Guardia, Reclus y otros teóricos de la emancipación social en los locales de sus agrupaciones y sindicatos. Así, la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) fomentó la creación de escuelas racionalistas y universidades populares, mientras que en México fue el grupo Luz el que impulsó la pedagogía libertaria inspirada en los textos de la Escuela Moderna a partir de 1912. Asimismo, en las primeras décadas del siglo XX se crearon escuelas racionalistas en São Paulo, Río de Janeiro, Curitiba, Recife y otras urbes brasileñas, así como en la ciudad boliviana de Sucre[14].

ACTUALIDAD DEL LEGADO RECLUSIANO

"Tanto por el carácter como por la ciencia, este hombre absolutamente superior era de los que no se olvidan nunca una vez

14. Jorge Lázaro Martínez, *Las escuelas racionalistas: Ferrer i Guardia*, trabajo de fin de grado en educación social, Palencia, 2016, pp. 30-43. En https://bitly.ws/3dFxV.

que se les conoce, de esos que asimismo convencen y atraen por la belleza moral de su pensamiento". Esta semblanza que de Reclus dejó su primo y también destacado geógrafo Franz Schrader[15] expresa a la perfección la personalidad ejemplar y el sentido ético y estético que han mantenido vivas y sugerentes sus ideas políticas a través del tiempo.

En pleno siglo XXI, la lectura de los textos geográficos y políticos de Reclus debe hacerse entendiendo el contexto de los debates filosóficos y científicos propios del tiempo que le tocó vivir. Las descripciones de los espacios regionales y urbanos de sus obras geográficas corresponden a un mundo que, en parte, ya ha desaparecido, aunque al lector de hoy puede resultarle interesante comparar los cambios producidos desde entonces, así como apreciar las continuidades y las evoluciones que acertó a prever Reclus. Pero si el legado de Reclus sigue despertando el interés tanto de académicos como de activistas sociales es, sobre todo, por dos aspectos principales de su pensamiento que hemos descrito en las páginas precedentes: su método dialéctico de análisis de la realidad geográfica y social y su concepción del comunismo libertario como resultado de una moralidad natural en la que se combinan el apoyo mutuo y la voluntad libre de los individuos.

Aunque su crítica de los abusos del capitalismo y el colonialismo se halla anclada en las condiciones propias del final del siglo XIX y los inicios del XX, su método de análisis puede adaptarse fácilmente a la crítica de la situación del planeta en el siglo XXI. No se trataría tanto de considerar a Reclus como un visionario del ecologismo moderno, como frecuentemente se ha hecho, sino de aplicar su concepción de la evolución dinámica y contradictoria de la historia como punto de partida para interpretar de manera crítica el mundo actual y diseñar estrategias políticas de acción contra la deriva suicida de un capitalismo global lanzado a la explotación y destrucción acelerada de los recursos naturales del planeta.

15. Citado en Christophe Brun (eds.), *Élisée Reclus. Les Grandes textes*, Paris, Flammarion, 2014.

El legado de Reclus como geógrafo es indiscutible, no tanto por la minuciosa descripción de los países y regiones del mundo que despliega a lo largo de los miles de páginas de su trilogía geográfica (*La Tierra*, la *Nueva geografía universal* y *El hombre y la Tierra*) —descripción que ha quedado en parte obsoleta después de más de un siglo transcurrido desde su publicación—, sino sobre todo por la definición que propone de esas regiones, analizándolas a partir de la interacción histórica entre naturaleza y sociedad, lo que constituye una auténtica teoría geográfica plenamente aplicable en nuestros días. Esta teoría histórico-geográfica es, en efecto, susceptible de sugerir soluciones descentralizadas y antiautoritarias a los graves desequilibrios ecológicos y sociales que se manifiestan hoy en las ciudades y campos de los países de todo el mundo, derivados de unas modalidades de organización territorial que solo responden a criterios de rentabilidad económica, especulación y control político.

En un momento en que las alternativas ideológicas y políticas al neoliberalismo se hallan sumidas en una profunda crisis tras el derrumbamiento de los modelos del socialismo "real", el proyecto anarcocomunista diseñado por Reclus y Kropotkin es susceptible de hallar un espacio fecundo en el marco de los movimientos sociales del siglo XXI. Frente a la resignación o los planteamientos catastrofistas que proliferan ante el rápido proceso de cambio climático, la destrucción de ecosistemas naturales y la contaminación masiva de océanos y tierras, la geografía social de Reclus es vitalista y optimista, recordándonos, en contra de la propaganda irracionalista y negacionista, que la ciencia puede seguir siendo un instrumento al servicio de la transformación social y que el género humano es capaz de intervenir en el medio natural de un modo consciente y racional. La humanidad, entendida como conciencia de la Tierra, puede orientar el curso de la evolución en un sentido positivo, y además está moralmente obligada a hacerlo. Esta intervención, sin embargo, no tiene nada que ver con los proyectos pretendidamente "sostenibles" del capitalismo verde o del ecologismo reformista: sin una crítica radical del capitalismo y una acción

revolucionaria, voluntaria y consciente, no será posible ninguna intervención eficaz contra la crisis climática y la degradación medioambiental.

Resulta difícil no asociar la figura de Reclus con la de Kropotkin. Los dos geógrafos colaboraron en la tarea de demostrar científicamente la viabilidad y la necesidad de la anarquía a partir de una moral basada en los mecanismos naturales de la evolución. Ambos son también los primeros teóricos del comunismo anarquista, fruto de la unión complementaria de la ayuda mutua y la voluntad libre del individuo. La fama de Kropotkin, empero, eclipsó en cierto modo la contribución de Reclus a la teoría social, a pesar de que el geógrafo francés orientó en gran medida al ruso en la concepción del comunismo libertario. Como hemos visto, esta tendencia dentro del movimiento anarquista atribuía un importante protagonismo revolucionario a la libre iniciativa individual, la cual se plasmaba, entre otras manifestaciones, en la defensa de lo que empezaba a conocerse como "propaganda por el hecho". Reclus, en efecto, defendía la acción directa entendida en su sentido original de intervención política sin intermediarios, lo que en el último tercio del siglo XIX frecuentemente se identificó con los actos violentos protagonizados por activistas libertarios.

La actitud, en cierto modo ambigua, de Reclus con respecto a los atentados terroristas y las "expropiaciones" realizadas por militantes anarquistas le valió acerbas críticas que le impidieron, entre otras cosas, incorporarse como profesor a la cátedra que le había ofrecido la Universidad Libre de Bruselas. Aunque no llegó a aprobar tales acciones, las cuales casaban mal con su prédica del amor a los hombres y a la naturaleza, manifestó expresamente su comprensión de los motivos que animaban a los revolucionarios a cometer actos violentos contra un sistema que ejercía lo que hoy llamaríamos una violencia institucional mucho más dañina.

En todo caso, el componente ético de la teoría social de Reclus es uno de sus legados más consistentes y duraderos. La moral, tal como la entendieron él y Kropotkin, no solo es

independiente de todo origen divino o cultural, sino que constituye la base natural de la evolución de la humanidad hacia el estado de equilibrio y armonía al que tienden todos los procesos de la naturaleza, ya sean geológicos, biológicos o sociales. Se trata de una moral anarquista en la que el fin buscado, que no es otra cosa que la felicidad y la fraternidad entre los seres humanos, ha de encontrarse en los medios utilizados para alcanzarlo.

La vida de Élisée Reclus fue un ejemplo de esa vinculación entre fines y medios. Su imagen de hombre sabio, rebelde y aventurero inspiró al escritor Jules Verne en la caracterización de varios de los personajes de sus relatos, como Kaw-djer, el protagonista de su novela más "libertaria", *Los náufragos del Jonathan*, y el geógrafo rebelde Paganel de *Los hijos del capitán Grant*. Reclus fue, en efecto, un hombre íntegro, que vivió siempre de su trabajo y renunció a honores y distinciones, practicó el comunismo con sus familiares, luchó por la libertad con sus textos y también en las barricadas, financió la prensa libertaria con la retribución que obtenía por sus publicaciones geográficas, padeció cárcel y exilio, y animó a las nuevas generaciones a instruirse y contribuir al esfuerzo que debía conducir a la sociedad de la fraternidad, el orden y la armonía. Nos deja, como último y acaso más valioso legado, el ejemplo de su trayectoria vital como auténtico revolucionario, entregado a la causa de la libertad y el comunismo tanto en su labor científica como en su compromiso político permanente.

ÉLISÉE RECLUS Y SU TIEMPO

1830 *Revolución de julio en Francia, por la que Luis Felipe de Orleans ocupa el trono con el apoyo de la burguesía liberal.* Élisée Reclus nace el 15 de marzo en Sainte-Foy-la-Grande (Aquitania). Es el cuarto hijo de los 14 que tuvieron sus padres, Jacques Reclus, pastor protestante, y Zéline Trigant, pedagoga y fundadora de un pensionado femenino.

1838 Tras ser criado por sus abuelos, a la edad de 8 años vuelve con sus padres a la localidad de Orthez.

1842 Su padre lo envía a la escuela luterana de los Hermanos Moravos en Neuwied, Prusia, donde se reúne con su hermano mayor Élie.

1844 Vuelve a Sainte-Foy-la-Grande, donde se aloja en la casa de su tía Louise Trigant y comienza los estudios de bachillerato en la escuela protestante de la localidad.

1848 *Revolución de febrero en París y proclamación de la II República Francesa.* Junto con Élie, inicia los estudios de Teología en la Facultad Protestante de Montauban. Ambos hermanos abandonan la facultad para unirse a las revueltas republicanas en el sur de Francia.

1851 Tras volver durante un breve período a la escuela de Neuwied, Élisée se traslada a Berlín, en cuya

universidad sigue los cursos de Geografía de Carl Ritter. Decide renunciar a seguir la carrera de pastor protestante, como quería su padre, y en el verano vuelve a Francia a pie junto con su hermano Élie. Escribe *El desarrollo de la libertad en el mundo*, su primer texto de contenido libertario. *En diciembre, el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte acaba con la II República Francesa y da paso al II Imperio.* Tras participar junto con su hermano en el intento de asalto al Ayuntamiento de Orthez por parte de los republicanos opuestos al golpe, ambos parten al exilio en Londres.

1852 Élisée se traslada a Irlanda, donde trabaja en una explotación agrícola en Blessington. Allí es testigo de la miseria causada por las hambrunas de los años precedentes.

1853 Viaja a Nueva Orleans, donde tiene ocasión de conocer el régimen de esclavitud durante su estancia como preceptor en la plantación de una familia de origen francés.

1856 Tras visitar Cuba y Panamá, se instala en Nueva Granada (Colombia), donde intenta sin éxito establecer una explotación agrícola. Entusiasmado con el espectáculo de la naturaleza americana, decide dedicarse a la geografía.

1857 Con la ayuda financiera de Élie, Élisée vuelve a Francia.

1858 Ingresa en la Sociedad de Geografía de Francia y en la logia masónica Les Émules d'Hiram. Contrae matrimonio civil con Clarisse Brian y forma un hogar comunal en París con Élie y su mujer Noémi. Élisée comienza a colaborar con la editorial Hachette en la redacción de guías de viaje, lo que le permite visitar diversas regiones francesas y de otros países europeos.

1859 *Charles Darwin publica* El origen de las especies.

1860 Reclus comienza a publicar artículos de geografía, geología, política y otras materias en la prestigiosa *Revue des Deux Mondes*.

1861 *El zar Alejandro II decreta la abolición de la servidumbre en Rusia. Estalla la guerra civil en los Estados Unidos.* Los artículos publicados por Reclus en la *Revue des Deux Mondes* en contra de la esclavitud en los Estados Unidos causan un gran efecto en la opinión pública; el presidente norteamericano Abraham Lincoln le agradece su contribución a la causa antiesclavista ofreciéndole la dirección de un observatorio en su país, oferta que es declinada por el geógrafo francés.

1863 Participa en la fundación del banco mutualista Crédit au Travail, cuyo objeto es la creación de sociedades obreras.

1864 Élisée y Élie se unen a la Asociación Internacional de Trabajadores (la I Internacional, también conocida por sus siglas AIT), fundada en Londres el 28 de septiembre. En noviembre conocen a Mijaíl Bakunin y se afilian a su sociedad secreta Fraternidad Internacional.

1867 *Karl Marx publica el primer tomo de* El capital.

1868 *Revolución Gloriosa en España, adonde acude Élie Reclus como reportero, coincidiendo con Giuseppe Fanelli y los internacionalistas seguidores de Bakunin que están invitando a las asociaciones obreras españolas a integrarse en la Internacional.* Élisée se une a la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, fundada por Bakunin y que al año siguiente se integrará como sección en la I Internacional. Bancarrota del Crédit au Travail. Su prestigio como geógrafo se consolida tras la publicación de *La Tierra. Descripción de los fenómenos de la vida en el globo.*

1869 Participa en las sesiones del Consejo General de la I Internacional en Londres.

1870 *Se funda en Barcelona la Federación Regional Española de la AIT. Comienza la guerra franco-prusiana con el asedio de París por las tropas alemanas.* Reclus se enrola voluntariamente en la Guardia Nacional y, junto con

su amigo el fotógrafo Nadar, organiza la compañía de aerostatos y un servicio de correos mediante palomas mensajeras. Unión libre con Fanny L'Herminez.

1871 *Tras la derrota de Napoleón III frente al ejército prusiano, que aún asedia París, el 18 de marzo estalla la insurrección de la Comuna. La revolución parisiense, atacada por el Gobierno de Thiers, refugiado en Versalles, termina con la brutal represión de la "Semana sangrienta" (21-28 de mayo).* Tras unirse a los revolucionarios de los batallones "federados" de la Guardia Nacional, el 4 de abril Reclus es detenido por las tropas de Versalles.

1872 *Escisión de la I Internacional en el Congreso de La Haya debido al enfrentamiento entre los partidarios de Marx y de Bakunin. En el congreso de Zaragoza de la Federación Regional Española, los bakuninistas expulsan a los marxistas, entre los que figura Pablo Iglesias.* Tras pasar diez meses en diversas cárceles, la condena de deportación a Nueva Caledonia le es conmutada a Reclus por diez años de destierro. Se exilia en Suiza, donde permanecerá hasta 1890, y se une a la Federación Jurasiana, donde, junto con Bakunin, contribuye a la formación del movimiento anarquista internacional. Firma con la editorial Hachette un contrato para la redacción de la *Nueva geografía universal*, en la que trabajará durante 20 años.

1873 *El político federalista Francesc Pi i Margall, amigo de Reclus, es proclamado presidente de la República Española.* Durante los 20 años siguientes Reclus viaja por numerosos países del mundo recogiendo observaciones para sus obras.

1875 Unión libre con la botánica y entomóloga Ermance Gonini (conocida también por los apellidos de su marido fallecido, Trigant-Beaumont, primo de la madre de Reclus).

1876 *Disolución de la I Internacional.*

1877 Conoce a Piotr Kropotkin, también exiliado en Suiza.

1879 Financia el periódico anarquista *Le Révolté*, en el que colabora con sus artículos y que en 1887 pasará a llamarse *La Révolte*, y en 1995, *Les Temps Nouveaux*.

1880 En el Congreso de la Federación Jurasiana, Reclus presenta la definición del "comunismo anárquico".

1883 *Friedrich Nietzsche publica Así habló Zaratustra.* Proceso contra 66 anarquistas en Lyon, entre los que figura Kropotkin, acusados de pertenecer a la Internacional. Reclus muestra su solidaridad con los inculpados ofreciendo su disposición a declarar ante el juez de instrucción.

1889 *Fundación de la II Internacional.*

1894 Concluye la redacción de la *Nueva geografía universal*, que mereció la "gran medalla de oro" de la Sociedad de Geografía de Francia y la "medalla de oro" de la Real Sociedad Geográfica de Londres. Sospechoso de haber defendido a los autores de diversos atentados anarquistas, Reclus es detenido durante unas horas. Junto con su hermano Élie, decide exiliarse voluntariamente en Bélgica, donde la Universidad Libre de Bruselas le ha ofrecido dos años antes la cátedra de Geografía. Debido a sus ideas radicales, el Consejo de Administración de la Universidad Libre decide suspender indefinidamente la cátedra prometida, lo que provoca la protesta de numerosos profesores y alumnos que crean la Universidad Nueva; Reclus impartirá allí sus cursos y fundará, en 1898, el Instituto de Estudios Geográficos.

1895 Se une sentimentalmente a Florence Tant, viuda de un miembro de la familia De Brouckere, perteneciente a la alta burguesía belga. Inicia la redacción de la tercera parte de su "trilogía", *El hombre y la Tierra*, al tiempo que prepara su proyecto de construcción de un enorme globo terrestre de carácter pedagógico para la Exposición de París prevista para 1900. Asiste al Congreso Obrero de Londres, del que los partidarios de Marx excluyen a los anarquistas.

1900 Incurre en graves problemas financieros a causa de las dificultades para sostener la Sociedad de Estudios y Ediciones Geográficos Elisée Reclus, creada dos años antes en Bruselas. Desarrolla la técnica de los "discos globulares", mapas convexos impresos en color sobre láminas metálicas.

1901 *Francesc Ferrer i Guardia funda la Escuela Moderna en Barcelona.*

1905 *El 9 de enero tiene lugar el "Domingo sangriento" en San Petersburgo, con el que comienza la primera revolución rusa*. Invitado por la Sociedad de Amigos del Pueblo Ruso, el 6 de febrero pronuncia en París su última conferencia, en apoyo a la revolución que ha estallado en Rusia. El 4 de julio, Élisée Reclus fallece en Thourout, Flandes Occidental, en casa de su compañera Florence.

LOS PUEBLOS Y EL MEDIO NATURAL[16]

[...] La obra de Metchnikoff se encuentra entre las que inspiran esta preocupación por un futuro de justicia; pero también trata cuestiones científicas de gran alcance. La parte del libro que me parece de mayor importancia para la historia del pensamiento humano es el capítulo relativo a la influencia de los medios[17] en las razas[18], y no dudo de que en el futuro las conclusiones del autor se consideren definitivas. Hubo un tiempo en que los historiadores apenas se interesaron por esta cuestión, que consideraban ofensiva para la dignidad del hombre[19]. La naturaleza —si se dignaban a hablar de ella en sus obras— era

16. En estos extractos del prefacio que Reclus escribió para el libro de su amigo Léon Metchnikoff *La Civilisation et les grandes fleuves historiques* (París, Hachette, 1889, pp. v-xxviii) se resume su concepción de la geografía social, desarrollada más ampliamente en *El hombre y la Tierra*. Hemos mantenido la transcripción francesa del nombre del geógrafo ruso por ser la que él mismo utilizó en la mayoría de sus libros [traducción de José Carlos Lechado].
17. El concepto del "medio", con un sentido dinámico tanto espacial como temporal, es clave en la teoría geográfica de Élisée Reclus.
18. Reclus utiliza con frecuencia en sus obras el término "raza", hoy desprestigiado, pero que en la segunda mitad del siglo XIX gozaba de un amplio reconocimiento, basado en una pretendida base científica. En la actualidad, suele emplearse "pueblo" o "grupo étnico" para expresar la misma idea.
19. En sus escritos, Reclus utiliza casi siempre la palabra "hombre" como denominación genérica de la especie humana, como se ha hecho hasta fechas recientes antes de proponerse la adopción del lenguaje inclusivo.

para ellos solo el teatro donde había que realizar un drama preparado de antemano; las fuentes y los ríos, las arboledas, los peñascos y las montañas habían sido creados para uso y placer de los habitantes del país, así como los senderos de un parque son trazados para el paso de su dueño. Es cierto que, después de Montesquieu, ningún escritor se atrevería a negar la acción del medio sobre las razas, pero hay que preguntarse cuál es su participación exacta y si es posible elaborar una teoría precisa a partir de dicha acción. Carl Ritter, el Leibnitz de la geografía, trató de sortear esta dificultad admitiendo que entre el hombre y la Tierra hay una suerte de armonía preestablecida, análoga a la que Leibnitz imaginaba para el alma y el cuerpo. Según el gran geógrafo, que fue también un gran poeta, todo el relieve planetario, todo el mismo cuerpo terrestre con su "osamenta" y sus "miembros" concordaría exactamente por su acción con el genio de los pueblos que habrían de habitarlo: las influencias mutuas actuarían incesantemente desde la tierra a sus poblaciones y desde estas a su tierra, y mediante este juego alterno de acciones y reacciones se cumplirían los destinos de la humanidad de acuerdo con el plan divino.

Pocos antropólogos y geógrafos se atreverían a mantener por más tiempo esta teoría, pero no la han reemplazado. [...]

En la mínima diversidad de los elementos que constituyen el medio, astronómicos, físicos, climáticos, antropológicos, hay algunos que son permanentes o que, al menos, cambian muy lentamente, pero hay otros que cambian, y son estos los que contribuyen en mayor medida, sea por su influencia directa, sea por sus mil combinaciones de acciones y reacciones mutuas, a transformar a los individuos y a constituir las llamadas razas y subrazas. De zona a zona, de tierra a mar y de llanura a montaña, el medio cambia y las poblaciones con él, pero también cambia de siglo en siglo, de manera que lo que en un momento determinado puede tener una importancia considerable en el desarrollo de la humanidad, se vuelve inútil o incluso funesto en otra etapa de la civilización. La historia es solo una larga serie de ejemplos de estas alternativas de utilidad o

perjuicio que las características del planeta o los fenómenos de su vida presentan para los pueblos. Así, por citar el ejemplo capital, el océano, que ahora acerca a todas las naciones y las hace una a través del comercio y las ideas, fue una vez el dominio del terror, el caos del que surgían los espíritus malignos; todavía no han transcurrido cinco siglos desde que el temible Atlántico fuera llamado "mar Tenebroso". Así es como el pajarito, asomado al borde de su nido, se asusta ante la inmensidad de esa atmósfera que sostiene el ala del ave ya constituida.

El rico desarrollo de las costas, esa armadura de los continentes, característica física a la que Ritter concedió tanta importancia y para la que estableció observaciones comparativas entre los distintos continentes, fue sin duda un rasgo esencial en la época en que las poblaciones del Asia helénica emprendieron la navegación costera y bogaron hacia las islas del archipiélago; también tuvo para el Ática y el Peloponeso un valor de primer orden cuando sus marinos pusieron rumbo a Sicilia, la Magna Grecia y el Mediterráneo occidental. Las indentaciones de la costa, los amplios estuarios hicieron la fortuna de la Gran Bretaña, ¿qué importan ahora esos recortes litorales, si los vapores solo tardan unas pocas horas en recorrer distancias por las que las naves de Odiseo vagaron durante años, y puesto que en playas arenosas, antes inaccesibles, se pueden crear puertos de aguas profundas, más convenientes y mejor equipados que los puertos naturales con costas bajas y fondos fangosos? Así, el medio como tal no ejerce una influencia fatal y siempre idéntica. Vemos un ejemplo sorprendente de ello en las llanuras regadas por el Tigris y el Éufrates. Allí donde las poblaciones civilizadas supieron represar, encauzar las aguas y sembrar el grano que la naturaleza les devolvía multiplicado por cien, los árabes que llegaron del desierto, donde solo veían arena y plantas ralas para pasto de los camellos, se esfuerzan por reproducir a su alrededor, en el corazón de Mesopotamia, el aspecto de la naturaleza al que estaban acostumbrados: cortan los árboles, dejan que las aguas de inundación se pierdan en las ciénagas y que las dunas arrollen los antiguos cultivos. No es

en el medio mismo donde debemos buscar la razón de ser de las instituciones y la civilización de un pueblo, sino en las relaciones de acomodación que ese pueblo presenta con respecto a los fenómenos de la naturaleza ambiente. En estas relaciones, que constituyen la civilización en su conjunto, el hombre aprende dos cosas, aparentemente contradictorias: por un lado, se libera del dominio absoluto de ciertas condiciones del medio, encuentra, por ejemplo, la abundancia y el calor en invierno a pesar de la falta de cosechas, la nieve y el hielo; por otra parte, aumenta indefinidamente los puntos de contacto con la naturaleza, y mil cosas que antes le resultaban inútiles se le tornan necesarias.

Sucede con los ríos como con todos los demás órganos del gran cuerpo planetario. El valor de cada uno de ellos difiere singularmente en la historia de la humanidad, según la zona en que se desarrolla su curso, las condiciones físicas de sus riberas y el estado social que la acción previa del medio favorece en las poblaciones ribereñas. En primer lugar, todos los ríos que discurren por terrenos helados durante gran parte del año y cuyo curso se ve completamente interrumpido por los hielos invernales, como el Pechora, el Obi, el Yeniséi, el Lena, el Mackenzie, fluyen, por así decirlo, fuera de la zona histórica: solo pertenecen al dominio de la geografía física. Asimismo, en la zona tropical, donde las dificultades de la vida no han sido suficientes para estimular las energías humanas y donde, en consecuencia, las poblaciones apenas han superado el estado de naturaleza, los ríos solo han tenido un papel muy secundario en los anales de la humanidad: es por eso por lo que la corriente más grande del mundo, el "río de las Amazonas", que por sí mismo porta en su cauce más de la décima parte del agua de lluvia del mundo, en casi todo su curso solo atraviesa regiones deshabitadas; finalmente, uno de los grandes ríos de la zona templada, el Misisipi, que tanta importancia económica ha adquirido para la existencia de los Estados Unidos, no pudo ser utilizado como arteria vital mientras la agricultura solo se daba en algunos claros dispersos y la acción preponderante en

el conjunto del medio físico era la del bosque. Los pieles rojas que vivían exclusivamente de la caza no necesitaban solucionar el problema, capital en otros lugares, de asociarse para regular el caudal del río y los canales de riego en los campos ribereños.

Pero, sin atribuir a los ríos una acción misteriosa e ineluctable sobre las poblaciones de sus riberas, es necesario reconocer el hecho capital de que, desde los inicios de la historia tradicional y transmitida por jeroglíficos o textos escritos, la civilización del Viejo Mundo se preparó en las orillas de los ríos que fluyen entre los 20 y los 40 grados de latitud. El Nilo, en su curso inferior, el Tigris y el Éufrates, el Indo y el Ganges, el Hoang-ho y, en menor medida, el Yangtze-kiang, han sido, mediante sus oscilaciones anuales y sus aluviones, los educadores de sus ribereños. Fue en sus llanuras aluviales donde se formaron las primeras grandes civilizaciones nacionales. Léon Metchnikoff ha descrito perfectamente en su libro estos distintos períodos históricos, cada uno de los cuales tuvo un río como arteria inicial; también ha expuesto con perfecta claridad cómo las diversas culturas nacionales, fusionándose entre sí, dieron origen a las civilizaciones mediterráneas; al oeste la que se extiende desde Asia Menor hasta la Galia, al este la que incluye China y el archipiélago japonés; finalmente, nos muestra el desarrollo de la civilización universal oceánica "mundial" inaugurada por el poblamiento de América y Australia, la entrada de los europeos en China y Japón, el establecimiento de líneas de navegación a vapor y telégrafos eléctricos a través de todas las cuencas marítimas.

En una obra histórica, Léon Metchnikoff solo podía estudiar las diversas civilizaciones a partir de las épocas cuyo estado político y social nos es conocido por documentos auténticos, inscripciones, cantos, oraciones, epopeyas, templos y tumbas. Ahora bien, esos tiempos que nos acerca la historia escrita eran épocas de civilización ya muy avanzada y hasta caduca en ciertos aspectos, pues las poblaciones habían perdido ya el poder creador que confiere la libre asociación de fuerzas y se encontraban agrupadas bajo grandes poderes despóticos, donde toda

iniciativa estaba controlada por el poder soberano de reyes o sacerdotes. Excepto para la India, la historia no se remonta a las primeras comunidades que se formaron a orillas de los ríos y que aprendieron a ayudarse mutuamente para luchar en común contra las inundaciones, construir diques y contradiques, cavar canales, regular el flujo de las inundaciones y reencauzar el agua hacia su lecho. Esta descripción de los orígenes sería de lo más curiosa y bella, pero solo podemos reconstruirla mediante el estudio comparado de los miles de pueblos y tribus contemporáneos dispersos por el mundo en diversos estados de civilización, sin hallarse aún unidos, como las naciones educadas, en un gran cuerpo humano consciente de su existencia colectiva. Quizá Léon Metchnikoff no les haya hecho suficiente justicia a estos "pueblos naturales" en las pocas líneas que les dedica, puesto que ellos también participaron en la obra común. La marcha hacia adelante no se efectuó de una manera rectilínea, de grupo en grupo, sino que fue mediante una sucesión de espirales, de desarrollos parciales y alternativos, de avances y retrocesos, de oscilaciones incesantes, como se realizó la historia de la humanidad. En cada pueblo, así como en las naciones poderosas que ahora ostentan la hegemonía, vemos sucesivos períodos de agrupaciones cuya serie evolutiva normal nos señala Metchnikoff: agrupaciones impuestas, subordinadas, coordinadas. En esas humildes tribus se reproducen en miniatura los fenómenos que se observan a gran escala en las llamadas naciones superiores, y al menos tienen la ventaja, en ese ámbito más estrecho, de no ofrecer tanta complejidad y de poderse estudiar, por tanto, con más facilidad. Esos pueblos resumen la historia en trazos más simples, pero no menos ciertos. Las costumbres y la existencia de cualquier pobre tribu, por perdida que esté en medio de los bosques y los hielos, nos obligan a decir: "¡Es de nosotros de quien se trata!". Recuerdo a los lectores, a este respecto, el libro escrito por mi hermano Élie Reclus, *Les Primitives* [*Los primitivos*].

Pero ya se trate de pequeñas o grandes fracciones de la raza humana, siempre es a través de la solidaridad, a través de la asociación de fuerzas espontáneamente coordinadas como

se logra todo progreso. Todavía salvajes por atavismo, pero ya semidioses por el ideal, sabemos cómo se ha recorrido el largo camino desde que nuestros antepasados caníbales emergieron de sus catacumbas. El historiador, el juez que evoca los siglos y los hace pasar ante nosotros en una interminable procesión, nos muestra cómo la ley de la lucha ciega y brutal por la existencia, tan preconizada por los adoradores del éxito, se subordina a una segunda ley, la de la agrupación de individualidades débiles en organismos cada vez más desarrollados, aprendiendo a serenarse frente a las fuerzas enemigas, a conocer los recursos de su medio, incluso a promover otros nuevos. Sabemos que si nuestros descendientes han de alcanzar su alto destino de ciencia y libertad, lo deberán a su unión cada vez más íntima, a la colaboración incesante, a esa ayuda mutua de la que nace poco a poco la fraternidad. Después de tantos siglos dedicados a la obra de la civilización aún escuchamos con un sentimiento de vergüenza voces que celebran a los "hombres providenciales" o a los "gobiernos fuertes" como educadores de los pueblos. La historia se encarga de desmentir estas teorías de esclavos y nos muestra cómo, aun bajo los despotismos más atroces, la vida solo ha podido mantenerse por el trabajo coordinado de todos los miembros del cuerpo social. Este libro lo demuestra, y por eso lo presento al público, feliz por la misión que me encomendó mi amigo.

DEL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS[20]

Desarrollar y depurar el sentimiento de la naturaleza se hace cada vez más importante por el hecho de que, por la fuerza misma de las cosas, aumenta de día en día la multitud de hombres

20. Extractos de "Du sentiment de la nature dans les sociétés modernes", publicado el 15 de mayo de 1906 en la *Revue des Deux Mondes* y reproducido en Christophe Brun (ed.), *Élisée Reclus. Les grandes textes*, París, Flammarion, 2014, pp. 163-172 [traducción de José Carlos Lechado]. El artículo, muy difundido desde su primera publicación, expresa la preocupación de Reclus acerca de los efectos del capitalismo sobre el medio natural.

que se exilian de los campos. Hace ya mucho tiempo que los pesimistas se asustan del incesante crecimiento de las grandes ciudades y, sin embargo, no siempre se percatan de la rápida progresión con la que a partir de ahora podrá operarse el desplazamiento de las poblaciones hacia los centros privilegiados. [...] A las causas que en otros tiempos hacían afluir las poblaciones hacia las grandes ciudades, y que no han dejado de existir, es preciso añadir otras causas, no menos poderosas, que están relacionadas con el conjunto del progreso moderno. Las vías de comunicación, los canales, las carreteras generales y los ferrocarriles se extienden en un número cada vez más considerable hacia los centros importantes y los rodean formando redes cada vez más densas. [...]

Si el vapor lleva a las ciudades multitudes que aumentan sin cesar, por otra parte conduce a los campos a un número cada vez más considerable de ciudadanos que acuden a respirar durante un tiempo la atmósfera libre y a refrescar la mente a la vista de las flores y el verdor. Los ricos, dueños de crear para sí los entretenimientos que les plazca, pueden escapar de las ocupaciones o de los placeres fatigosos de la ciudad durante meses enteros. Es posible incluso que residan en el campo y que solo aparezcan fugazmente en sus casas de las grandes ciudades. En cuanto a los trabajadores de todo tipo que no pueden ausentarse por mucho tiempo debido a las exigencias de la vida diaria, en su mayoría arrancan, sin embargo, de sus ocupaciones el respiro necesario para ir a visitar el campo. Los más favorecidos se toman semanas de permiso que pasarán lejos de la capital, en la montaña o a la orilla del mar. Aquellos que se hallan más subyugados por el trabajo se limitan a huir de vez en cuando durante unas horas del estrecho horizonte de las calles habituales, y sabemos con qué alegría aprovechan sus vacaciones cuando la temperatura es suave y el cielo puro: entonces cada árbol de los bosques vecinos a las grandes ciudades cobija a una alegre familia. [...]

Desgraciadamente, este reflujo desde las ciudades hacia el exterior no se produce sin que se degraden los campos: no

solo el espacio intermedio entre las ciudades y el campo se halla abarrotado de basura de todo tipo, sino que, y esto es más grave, la especulación se apodera de todos los lugares encantadores de los alrededores, los divide en lotes rectangulares, los cerca con muros uniformes y luego construye allí cientos y miles de casitas pretenciosas. Para los paseantes que deambulan por los caminos embarrados de estas pretendidas campiñas, la naturaleza está representada únicamente por los arbustos recortados y los macizos de flores que se entrevén a través de las cercas. A lo largo de la costa, los acantilados más pintorescos y las playas más encantadoras también se hallan acaparados en muchos lugares por propietarios celosos o por especuladores que aprecian las bellezas de la naturaleza como si fueran cambistas valorando un lingote de oro. En las regiones montañosas más frecuentadas, la misma fiebre de apropiación se apodera de los habitantes: los paisajes se recortan en cuadrados y se venden al mejor postor; cualquier curiosidad natural, una roca, la gruta, una cascada, la fisura de un glaciar, todo, hasta el sonido del eco, puede convertirse en propiedad privada. Hay empresarios que arriendan las cataratas, las rodean con barreras de madera para impedir que los viajeros que no pagan contemplen las aguas tumultuosas, y luego, a fuerza de publicidad, transforman en dinero contante y sonante la luz que juega en las gotas pulverizadas y el soplo del viento que despliega cortinas de vapor en el espacio.

Teniendo en cuenta que la naturaleza es profanada por tantos especuladores precisamente a causa de su belleza, no es de extrañar que en su trabajo de explotación los agricultores e industriales ignoren la cuestión de si están contribuyendo a la fealdad de la Tierra. [...] Además, sucede a menudo que el agricultor, tan pobre en ciencia como en amor a la naturaleza, se equivoca en sus cálculos y causa su propia ruina por las modificaciones que introduce sin saberlo en el clima. Del mismo modo, poco le importa al industrial que explota su mina o su manufactura en campo abierto ennegrecer la atmósfera con los humos de la hulla y viciarla con vapores pestilentes. [...] En cuanto al

ingeniero, sus puentes y viaductos son siempre iguales, tanto en la llanura más suave como en los desfiladeros de las montañas más escarpadas; no le preocupa poner sus construcciones en armonía con el paisaje, sino únicamente equilibrar la presión y la resistencia de los materiales.

Ciertamente el hombre debe tomar posesión de la superficie de la Tierra y saber utilizar sus fuerzas; sin embargo, uno no puede dejar de lamentar la brutalidad con la que se lleva a cabo esta toma de posesión. [...]

La cuestión de saber qué obras humanas sirven para embellecer la naturaleza externa o bien contribuyen a degradarla puede parecer trivial para las llamadas mentes positivas: sin embargo, es una cuestión de la mayor importancia. Los desarrollos de la humanidad están íntimamente vinculados con la naturaleza circundante. Una armonía secreta se establece entre la tierra y los pueblos a los que nutre, y cuando las sociedades imprudentes se permiten actuar sobre aquello que crea la belleza de su territorio, siempre terminan arrepintiéndose. Allí donde el suelo se ha degradado, donde toda poesía ha desaparecido del paisaje, las imaginaciones se apagan, los espíritus se empobrecen, la rutina y el servilismo se apoderan de las almas y las disponen al letargo y a la muerte. Entre las causas que a lo largo de la historia de la humanidad provocaron la desaparición de tantas civilizaciones sucesivas debemos contar, en primer lugar, la brutal violencia con que la mayoría de las naciones trataban a la tierra nutricia. Talaron los bosques, hicieron que se secaran los manantiales y se desbordaran los ríos, deterioraron el clima, rodearon las ciudades de ciénagas pestilentes; luego, cuando la naturaleza que habían profanado se les volvió hostil, la convirtieron en objeto de su odio y, sin poder retirarse a la vida de los bosques como los salvajes, se dejaron embrutecer cada vez más por el despotismo de sacerdotes y reyes. "Los grandes latifundios han arruinado Italia", decía Plinio; pero hay que añadir que aquellas grandes haciendas, cultivadas por manos esclavas, habían degradado el suelo como la lepra. Los historiadores, impresionados por la asombrosa decadencia de España

desde Carlos V, han tratado de explicarla de diversas formas. Según algunos, la principal causa de esta ruina de la nación fue el descubrimiento del oro americano; según otros, fue el terror religioso organizado por la "santa hermandad" de la Inquisición, la expulsión de los judíos y los moros, los sangrientos autos de fe contra los herejes. La caída de España también ha sido atribuida al inicuo impuesto de la alcabala y a la centralización despótica de estilo francés; sin embargo, la especie de furor con que los españoles talaban los árboles "por miedo de los pajaritos"[21], ¿es ajena acaso a esa terrible decadencia? La tierra, amarillenta, pedregosa y desnuda, ha adquirido un aspecto repulsivo y formidable, el suelo se ha empobrecido, la población, decreciendo desde hace dos siglos, ha vuelto a caer parcialmente en la barbarie. Los pajaritos se han vengado. [...]

Por lo tanto, ahora debemos saludar con alegría esa generosa pasión que lleva a tantos hombres, y podemos decir que se trata de los mejores, a recorrer los bosques vírgenes, las playas marinas y los desfiladeros de las montañas, a visitar la naturaleza en todas las regiones del globo donde ha conservado su belleza original. Sentimos que, so pena de decadencia intelectual y moral, es necesario que la visión de los grandes escenarios de la Tierra sirva para contrarrestar a toda costa la vulgaridad de tantas cosas feas y mediocres en las que las mentes estrechas ven el testimonio de la civilización moderna. El estudio directo de la naturaleza y la contemplación de sus fenómenos debe convertirse para todo hombre completo en uno de los elementos primordiales de la educación; es necesario también desarrollar en cada individuo la destreza y la fuerza muscular, para que escale las cumbres con alegría, contemple sin temor los abismos y conserve en todo su ser físico ese equilibrio natural de fuerzas sin el cual nunca pueden percibirse los lugares más hermosos sino a través de un velo de tristeza y melancolía. [...]

21. En castellano en el original [N. del T.].

LA CIUDAD-JARDÍN Y EL CRECIMIENTO DE LAS CIUDADES[22]

[...] Numerosos indicios demuestran que el movimiento de flujo que lleva hacia las ciudades la población de los campos puede detenerse y aún transformarse en un movimiento de reflujo. En primer lugar, la carestía de alquileres urbanos conduce naturalmente a los trabajadores a fijar su residencia en los suburbios, y los jefes de industria tienen interés en favorecer el éxodo, puesto que ha de producir la baja en los precios de la mano de obra. La bicicleta, los tranvías de servicio matinal y los trenes obreros han permitido a miles de trabajadores y empleados de corto sueldo alojarse con alguna ventaja pecuniaria en un aire menos cargado de ácido carbónico. [...] Pero tal solución es bastarda, porque el jefe de familia se agota en largos trayectos, en malas comidas, en cortos reposos nocturnos, aparte de que el saneamiento de las villas suscita los mismos problemas que el de las ciudades[23]. [...]

Considerándolo bien, toda cuestión de utilidad se confunde con la misma cuestión social. ¿Llegarán todos los hombres sin excepción a respirar el aire en cantidad suficiente, a gozar plenamente de la luz del sol, a disfrutar la belleza de la frondosidad de los árboles y del perfume de las flores, a alimentar suficientemente a su familia libre del temor de que le falte el pan? Pues en este caso, y únicamente de ese modo, podrán las ciudades realizar su ideal y transformarse en absoluta conformidad con las necesidades y los placeres de todos, convirtiéndose en cuerpos orgánicos perfectamente sanos y bellos.

A ese programa pretende responder la ciudad-jardín. Y, efectivamente, industriales inteligentes y arquitectos innovadores

22. En este fragmento del tomo V de *El hombre y la Tierra* (Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1909, pp. 392-400), Reclus describe las transformaciones urbanísticas de su época, evocando la creación de ciudades-jardín y previendo el aumento futuro de la población de las grandes urbes. [Traducción de Anselmo Lorenzo y revisión de Odón de Buen. Las notas a pie de página son las de la edición original].
23. Émile Vandervelde, *L'Exode rural*.

han logrado crear en Inglaterra, donde el tugurio urbano era de lo más repugnante, cierto número de centros en condiciones tan perfectamente sanas para el pobre como para el rico. Port-Sunlight, Bourneville y Letchworth contrastan felizmente con los *slums* de Liverpool, de Mánchester y otras ciudades análogas, y las tablas de mortalidad de esas localidades rivalizan por la pequeñez de sus cifras con las de los barrios más suntuosos de nuestras capitales —10 o 12 defunciones anuales por 1.000 habitantes—; pero resulta que siempre son privilegiados los que habitan las ciudades-jardines, y la buena voluntad de los filántropos no basta para conjurar las consecuencias del antagonismo que existe entre el capital y el trabajo.

No es indispensable recurrir a esas creaciones de nuestra época para encontrar notables pruebas del anhelo de belleza que sentían algunas ciudades antiguas, el cual únicamente se satisface por la formación de un conjunto armónico. Pueden citarse especialmente las municipalidades de los polabos, gentes de origen eslavo que viven en la cuenca del Jeetze, afluente hanoveriano del Elba. Allí están todas las casas dispuestas a distancias proporcionadas alrededor de una gran plaza ovalada, en la cual se hallan un pequeño estanque, un bosque de encinas o de tilos, algunas mesas y asientos de piedra; cada vivienda, dominada por un alto caballete, vuelve su fachada hacia la plaza y presenta sobre su puerta una inscripción biográfica y moral. La verdura de los jardines exteriores se desarrolla en un hermoso círculo de árboles únicamente interrumpido por el camino que une la plaza a la carretera general; sobre esa línea de unión con las otras villas se han construido la iglesia, la escuela y la posada[24].

[...]

Por un movimiento de reacción muy natural contra el espantoso consumo de hombres, el envilecimiento de los caracteres y la corrupción de tantas almas cándidas que se mezclan y confunden en la "cuba" infernal, algunos reformadores piden la destrucción de las ciudades, la vuelta voluntaria de la población

24. Dr. Tetzner, *Globus*, 7 de abril de 1900.

hacia la campaña. No hay duda de que en una sociedad consciente, que quisiera resueltamente el renacimiento de la humanidad por la vida de los campos, esa revolución sin precedente sería estrictamente posible, puesto que evaluando en cien millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie de las tierras de residencia agradable y sana, dos casas por kilómetro cuadrado, capaz cada una para siete u ocho habitantes, bastarían para albergar a la humanidad; pero la naturaleza humana, cuya ley primera es la sociabilidad, no se acomodaría a esa dispersión. Verdad es que necesita el rumor del viento que agita los árboles y el murmullo de los arroyos, pero necesita también la asociación con algunos y con todos: el globo entero es para la humanidad una ciudad enorme, única que puede satisfacerle.

Actualmente nada hace presumir que esas prodigiosas aglomeraciones hayan alcanzado su mayor extensión imaginable; al contrario: en los países de colonización nueva, donde la agrupación de los hombres se ha hecho espontáneamente, de manera que concordara con los gustos y los intereses modernos, las ciudades tienen una población proporcional mucho más considerable que las aglomeraciones urbanas de las envejecidas comarcas de Europa, y algunos de los grandes núcleos de atracción tienen más del cuarto o del tercio, a veces hasta la mitad de los habitantes del país. Comparada con el conjunto de su círculo atractivo, Melbourne es mayor que Londres, porque la población circundante es más móvil, y no ha de arrancarse, como en Inglaterra, de los campos, donde se hallaba arraigada durante siglos. [...]. De todos modos, el trabajo de trasplantación se hace cada vez más fácil, y el crecimiento de Londres podrá hacerse incesantemente con menor gasto de fuerzas. Al principio del siglo XX, esta ciudad apenas consta de un séptimo de la población de las islas británicas; no es imposible que adquiera también el tercio o el cuarto de los habitantes del país, con mayor motivo si se considera que Londres no es solamente el cuerpo atractivo de la Gran Bretaña y de Irlanda, sino que es también el principal mercado de Europa y de gran parte del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte

millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis o en la embocadura del Hudson, o en cualquier otro lugar de atracción, no sería imposible, y hasta hemos de prepararnos para esta idea como un fenómeno normal de la vida de las sociedades. El crecimiento de los grandes núcleos de atracción no se detendrá hasta la época en que se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios; pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más en ese incesante cambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede compararse al vaivén de la sangre en el cuerpo humano. Es indudable que el nuevo funcionamiento dará origen a nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, habrán de renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social. [...]

LAS LEYES DE LA DINÁMICA HISTÓRICA[25]

Hace algunos años, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, *La nueva geografía universal*, expresaba el deseo de poder un día estudiar al hombre en la sucesión de las edades, como le había observado en las diversas regiones del globo y establecer las conclusiones sociológicas a que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la Historia, donde se mostrase la concordancia de los hombres y de la Tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después. Aparecidos como un punto en el infinito del espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignorando si

25. Prefacio de *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo I, pp. i-iv. [Traducción de Anselmo Lorenzo y revisión de Odón de Buen].

pertenecemos a una especie animal única o si han nacido sucesivamente varias humanidades para extinguirse y resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No, pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fue la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reúne la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada período de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la naturaleza y del hombre mismo reaccionando sobre la tierra que le ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna o de infortunio, pero todos en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia a las energías del cosmos. Y así como la superficie de la Tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo, el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennoblecemos conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba el historiador nos muestra cómo, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, a excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan —por decirlo así— en clases o en castas, no solamente diferentes, sino opuestas en intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los períodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio roto de individuo a individuo, de clase a clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre venganza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha; o bien los oprimidos se someten después de agotar su fuerza de resistencia; mueren lentamente y se extinguen, careciendo ya de la iniciativa que constituye la vida; o bien triunfa la reivindicación de los hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico y social, debidos a la comprensión más clara de las condiciones del medio y a la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas

y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades solo es inestable por la dificultad impuesta a los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega enseguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La "lucha de las clases", la búsqueda del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la *geografía social* y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de "leyes". Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la Tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y esta nos hace volver a su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo.

EVOLUCIÓN, REVOLUCIÓN Y EL IDEAL ANÁRQUICO[26]

La evolución es el movimiento infinito de todo lo que existe, la transformación incesante del universo y de todas sus partes,

26. Extractos de *L'Évolution, la révolution et l'idéal anarchique*, París, Stock, 1902. Transcripción de un discurso pronunciado el 5 de febrero de 1880 en Ginebra y publicado a continuación en forma de folleto en diversas lenguas, incluida la española. Reproducido en Alexandre Chollier y Federico Ferretti (eds.), *Élisée Reclus. Écrits sociaux*, Ginebra, Les Éditions Héros-Limite, 2012, pp. 19-52 [traducción de José Carlos Lechado]. Este folleto, el único texto extenso específicamente dedicado al ideal anarquista que publicó Reclus, expresa la relación dialéctica entre evolución y revolución en un proceso histórico no lineal determinado por la tensión entre los principios de libertad y autoridad.

desde los orígenes eternos y durante la infinitud de las eras. Las vías lácteas que aparecen en los espacios sin límites, que se condensan y se disuelven durante millones y miles de millones de siglos, las estrellas, los astros que nacen, se aglutinan y mueren, nuestro torbellino solar con su astro central, sus planetas y sus lunas y, en los estrechos límites de nuestro pequeño planeta, las montañas que surgen y de nuevo se borran, los océanos que se forman para luego desaparecer, los ríos que vemos perlar los valles para después secarse el rocío matutino, las generaciones de plantas, de animales y de hombres que se suceden, y los millones de nuestras vidas imperceptibles, desde el hombre hasta el mosquito, no son sino el fenómeno de la gran evolución arrastrándolo todo en su torbellino sin fin.

En comparación con este hecho primordial de la evolución y de la vida universal, ¿qué son todos esos pequeños acontecimientos que llamamos revoluciones, ya sean astronómicas, geológicas o políticas? Vibraciones casi insensibles, apariencias podríamos decir. En la evolución universal las revoluciones se suceden por miles y miles de millones, y por mínimas que sean forman parte de ese movimiento infinito.

Así, la ciencia no contempla ninguna diferencia entre estas dos palabras —evolución y revolución—, que tanto se parecen, pero en el lenguaje común se emplean con un sentido muy distinto de su significación original. Lejos de ver en ellas hechos de un mismo orden, que solo difieren por la amplitud del movimiento, los hombres timoratos a quienes cualquier cambio llena de espanto pretenden dar a los dos términos un sentido absolutamente opuesto. La evolución, sinónimo de desarrollo gradual, continuo en las ideas y las costumbres, se presenta como si fuera lo contrario de esa cosa terrorífica, la revolución, la cual implica cambios más o menos bruscos en los hechos. Con un entusiasmo aparente o hasta sincero hablan de la evolución, de los progresos lentos que se efectúan en las células cerebrales en el secreto de las inteligencias y de los corazones; pero que no se les hable de la abominable revolución que escapa súbitamente de los espíritus para estallar en las calles, acompañada

casi siempre de los aullidos de la multitud y del estrépito de las armas.

Constatemos, para empezar, que establecer un contraste de paz y guerra, de calma y violencia entre la evolución y la revolución constituye una demostración de ignorancia. Las revoluciones pueden producirse pacíficamente, como consecuencia de un cambio súbito del medio que implique una brusca modificación de los intereses; del mismo modo, las evoluciones pueden ser muy laboriosas, entremezcladas con guerras y persecuciones. Si la palabra evolución es aceptada de buen grado por los mismos que miran con espanto a los revolucionarios, es porque no se han dado cuenta de su valor, ya que en sí no la desean a ningún precio. Hablan del progreso en términos generales, pero rechazan el progreso en particular. Aunque la sociedad actual sea mala y ellos lo reconozcan, les parece que está bien conservarla. Les basta con que sirva para realizar su ideal: riqueza, poder, consideración, bienestar. Puesto que hay ricos y pobres, poderosos y sometidos, amos y siervos, césares que ordenan el combate y gladiadores que van a morir en él, las personas avisadas no tienen más que ponerse del lado de los ricos y de los amos, y hacerse cortesanos de los césares. [...]

En efecto, la evolución abarca el conjunto de las cosas humanas y la revolución debe abarcarlas también, por más que no haya siempre un paralelismo evidente en los acontecimientos parciales de que se compone el conjunto de la vida de las sociedades. Todos los progresos son solidarios, y nosotros los queremos todos en la medida de nuestros conocimientos y de nuestra fuerza: progresos sociales y políticos, morales y materiales, de ciencia, de arte o de industria. Evolucionistas en todas las cosas, nosotros somos igualmente revolucionarios en todo, sabiendo que la historia misma no es sino la serie de realizaciones que suceden a las preparaciones. La gran evolución intelectual que emancipa los espíritus tiene como consecuencia lógica la emancipación, de hecho, de los individuos en todas sus relaciones con los demás individuos.

Así, puede decirse que la evolución y la revolución son los dos actos sucesivos de un mismo fenómeno, la evolución precediendo a la revolución, y esta precediendo una nueva evolución, madre de revoluciones futuras. ¿Puede efectuarse un cambio sin dar lugar a súbitos desplazamientos de equilibrio en la vida? ¿No ha de suceder la revolución necesariamente a la evolución, al igual que el acto sucede a la voluntad de actuar? Una y otra solo se diferencian por la época de su aparición. Si un desmoronamiento obstruye un río en la montaña, las aguas se embalsan poco a poco ante el obstáculo y un lago se forma por una lenta evolución; luego se produce de pronto una infiltración en el dique, y la caída de una piedra decidirá el cataclismo; el obstáculo será arrastrado violentamente y el lago vaciado volverá a ser un río. Así habrá tenido lugar una pequeña revolución terrestre.

Si la revolución viene siempre con retraso respecto de la evolución, ello se debe a la resistencia del medio: el agua de una corriente resuena entre sus orillas porque estas la retardan en su marcha; el rayo retumba en el cielo porque la atmósfera opone resistencia a la chispa surgida de la nube. Cada transformación de la materia, cada realización de una idea se ve, durante el período mismo del cambio, contrariada por la inercia del medio, y el nuevo fenómeno no puede producirse sino por un esfuerzo tanto más violento o por una fuerza tanto más poderosa que la resistencia que encuentra. Herder lo ha dicho refiriéndose a la Revolución francesa: "La semilla cae sobre la tierra, durante mucho tiempo parece muerta, entonces hace brotar de repente su vilano, desplaza la dura tierra que la cubría, hace violencia contra la arcilla enemiga y hela ya convertida en planta que florece y madura su fruto". Y el niño, ¿cómo nace? Después de haber residido durante nueve meses en las tinieblas del vientre materno, es también con violencia como escapa desgarrando su envoltura, a veces causando incluso la muerte de su madre. Tales son las revoluciones, consecuencias necesarias de las evoluciones que las han precedido. [...]

Sin embargo, las revoluciones no son necesariamente un progreso, del mismo modo que las evoluciones no están

siempre orientadas hacia la justicia. Todo cambia, todo se mueve en la naturaleza con un movimiento eterno, pero si hay un progreso también puede haber un retroceso, y si las evoluciones tienden a un incremento de la vida, hay casos en los que la tendencia es hacia la muerte. Detenerse es imposible, es preciso moverse en un sentido u otro, y tanto el reaccionario endurecido como el liberal reblandecido que gritan espantados ante la palabra revolución se encaminan, sin embargo, hacia una revolución, la última, que constituye el gran reposo. La enfermedad, la senilidad, la gangrena, son evoluciones lo mismo que la pubertad. Tanto la aparición de gusanos en un cadáver como el primer llanto del niño indican que una revolución se ha producido. La fisiología y la historia están ahí para mostrarnos que existen evoluciones que se llaman decadencia y revoluciones que son la muerte. [...]

"La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", dice la declaración de principios de la Internacional. Esta sentencia es verdadera en su sentido más amplio. Si es cierto que los hombres llamados "providenciales" han pretendido siempre llevar la felicidad a los pueblos, no es menos cierto que todos los progresos humanos se han realizado gracias a la propia iniciativa de rebeldes o de ciudadanos ya libres. Es, pues, a nosotros mismos a quienes nos incumbe liberarnos, a todos los que nos sentimos oprimidos de cualquier manera que sea y nos mantenemos solidarios con todos los hombres desfavorecidos y que sufren en todos los lugares del mundo. Pero para luchar es preciso saber. No basta con lanzarse furiosamente a la batalla, como los cimbros o los teutones, bramando bajo el escudo o con un cuerno de uro; ha llegado el momento de prever, de calcular las peripecias de la lucha y preparar científicamente la victoria que nos traerá la paz social. La primera condición para asegurar el triunfo es deshacernos de nuestra ignorancia: hemos de conocer todos los prejuicios que se hayan de destruir, todos los elementos hostiles que haya que descartar y todos los obstáculos que haya que franquear, y además no hay que ignorar ninguno de los recursos de que

podamos disponer, ni ninguno de los aliados que la evolución histórica nos proporcione. [...]

FLUJOS Y REFLUJOS DE LA EVOLUCIÓN[27]

[...] Las generaciones se suceden de una manera continua, cada instante se lleva células gastadas y trae células nuevas, nacen individuos que reemplazan a los muertos. Los movimientos de evolución se producen, pues, de una manera insensible, pero cuando se les estudia a intervalos de años, de décadas, de siglos, se notan contrastes, se distinguen fisonomías diferentes en el conjunto de los individuos y de sus ideas: la sociedad no sigue ya la misma dirección, tiene otra marcha, una nueva orientación. Las generaciones se distinguen una de otra "como los nudos de una gramínea". En el árbol cortado por la sierra se ven los brotes anuales de la vegetación; asimismo, los siglos transcurridos muestran pasos sucesivos, avances lentos o súbitos, luego retrasos y detenciones aparentes.

Esas diferencias en el movimiento general de la humanidad y en la marcha particular de los grupos humanos, ¿se cumplen al azar, sin ley o, por el contrario, con cierta regularidad? Parece que la sucesión de las ideas directivas y la de los hechos que de ellas se desprenden se producen con una especie de ritmo, como si una péndola regulase sus alternancias, y al efecto diferentes teorías han querido explicarlas. Vico, en su *Scienza nuova*, nos muestra las sociedades evolucionando durante la serie de las edades por *corsi* y *ricorsi*, es decir, por progresos y regresos regulares, describiendo círculos en el tiempo y reproduciendo siempre un mismo estado de cosas después del término del circuito. Es esta una concepción algo infantil en su sencillez, y ningún discípulo de Vico ha podido admitirla sin modificarla; es harto evidente, en efecto, que no es posible citar

27. Élisée Reclus, *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo I, pp. 321-324, y tomo VI, pp. 530-535. Las notas a pie de página son las de la edición original.

ningún período de la historia que reprodujese de modo idéntico otro período: las condiciones geográficas, económicas, políticas y sociales pueden ofrecer ciertas semejanzas notables, pero el conjunto de la situación presenta también diferencias esenciales, procedentes de las acciones y de las reacciones que se han producido al infinito en el inmenso organismo de la humanidad. Así, no se ha cesado de comparar cándidamente el mundo a un simple movimiento de vaivén, a una serie de avances y retrocesos, y se habla también de una "espiral de civilización", cuyos ciclos, aumentados sin cesar, se desarrollan indefinidamente durante el curso de las edades.

* * *

La teoría, antes famosa, de Vico, sobre los *corsi* y los *ricorsi*, el flujo y el reflujo de las evoluciones históricas, se halla tan abandonada en la discusión como la hipótesis del desplazamiento sucesivo de los centros de cultura. No hay duda de que una sociedad cerrada, procediendo como un individuo distinto, debe tener una tendencia natural a desarrollarse siguiendo oscilaciones rítmicas, en períodos de actividad sucesores de las horas de reposo, y cuando comienza de nuevo el empleo de los mismos elementos en condiciones análogas ha de producir un funcionamiento casi idéntico. El vaivén de la democracia al régimen de los tiranos y de la tiranía al gobierno popular ha podido realizarse con un balanceo semejante al del reloj. Pero desde que la ciencia de la historia se ha agrandado y los elementos étnicos se hallan diversamente aumentados, la perturbación ha debido necesariamente producirse en la alternativa rítmica de los acontecimientos: el flujo y el reflujo forman tal amplitud y se entremezclan de una manera tan variada que no puede reconocérseles con certidumbre y, en gran parte, para hallarlos en una bella ordenación se ha reemplazado la figura plana en que se mueve el balancín de Vico por una curva sin fin de espirales ascendentes. Tal es la imagen poética con que Goethe los representaba, la cual solo muy de

lejos responde a la realidad. La verdad es que el enredo infinito de los hechos históricos se presenta a los que lo estudian, en general, como desplegándose en grandes masas; pero en el interior se produce incesantemente un movimiento de acción y de reacción, y la resultante de las diferentes fuerzas en conflicto no puede llevar a la humanidad por la línea recta. Un conjunto de tan prodigiosa heterogeneidad no está desprovisto de desarrollos armónicos, de admirables oscilaciones en los mil detalles de sus cuadros, pero las formas geométricas, por elegantes que sean, son insuficientes para dar una idea de las infinitas ondulaciones.

Esa misma extensión del campo de estudios, que crece con las revoluciones y los siglos, constituye uno de los principales elementos de progreso: la humanidad consciente ha aumentado constantemente en la misma proporción de la asimilación geográfica de las tierras lejanas al mundo ya científicamente investigado. Y en tanto que el explorador conquista el espacio y permite así a los hombres de buena voluntad asociar sus esfuerzos por todo el mundo, el historiador, vuelto hacia el pasado, conquista el tiempo. El género humano, que se hace uno bajo todas las latitudes y todos los meridianos, intenta igualmente realizarse bajo una forma que comprenda todas las edades. Es esta una conquista no menos importante que la primera. Todas las civilizaciones anteriores, hasta las de la prehistoria, entreabren ante nosotros el tesoro de sus secretos y se incorporan gradualmente, en cierto sentido, a la vida de las sociedades actuales. Por la sucesión de los tiempos, que puede intentarse estudiar ahora como un cuadro sinóptico que se despliega siguiendo un orden en el que procuramos hallar la lógica de los acontecimientos, cesamos de vivir únicamente en el momento en que huye, y abrazamos en el pasado toda la serie de las edades trazadas por los análisis y descubiertas por los arqueólogos. De esta manera llegamos a desprendernos de la línea estricta de desarrollo indicado por el ambiente de nuestro punto de residencia y por la descendencia especial de nuestra raza. Ante nosotros se dibuja la infinita red de las vías paralelas, divergentes, entrecruzadas

que siguieron las otras fracciones de la humanidad. Y en todas partes, en esos tiempos que se desarrollan hacia un horizonte indefinido, se presentan ejemplos que solicitan nuestro genio de imitación; por todas partes vemos surgir hermanos hacia los cuales sentimos nacer un espíritu de solidaridad. A medida que la perspectiva de los siglos se prolonga hacia el pasado, nos rodean mayor número de modelos que estudiar, y entre ellos hay muchos que pueden despertar en nosotros la ambición de asemejarnos a ellos por tal o cual nota de su ideal. Desplazándose y modificándose de la manera más diversa según los pueblos, la humanidad había perdido una parte notable de las adquisiciones hechas anteriormente, y ahora podemos preguntarnos si es o no posible recuperar todo el bagaje abandonado en las etapas de nuestra larga odisea a través de los siglos.

Dueños ya del espacio y del tiempo, los hombres ven, pues, abrirse ante sí un campo indefinido de adquisiciones y de progreso, pero, embarazados todavía por las condiciones ilógicas y contradictorias de su medio, no están en condiciones de proceder con ciencia a la obra armónica de la mejora para todos. Y se comprende: toda iniciativa procedente de individuos y de minorías poco considerables, de esos grupos aislados o esos débiles grupos que corren muy apresuradamente, va derecha contra el mal que tienen enfrente, y si los esfuerzos tienen la ventaja de producirse así sobre todos los puntos a la vez, están por ello mismo desprovistos de toda estrategia. Pero, teóricamente, colocándose mediante el pensamiento fuera del caos de los intereses en lucha, es fácil ver enseguida que la verdadera, la mayor conquista, aquella de la cual todas las demás son una derivación lógica, es la obtención del pan para todos los hombres, para todos los que se llaman "hermanos", aunque apenas lo sean. Cuando todos tengan qué comer, todos se sentirán iguales. Tal es precisamente el ideal que había sabido ya realizar alguna pequeña tribu alejada de nuestros grandes caminos de civilización, y este es el ideal de solidaridad que hemos de resolver cuanto antes si todas nuestras esperanzas de progreso no son la más cruel de las ironías. Montaigne relata lo que pensaban a este respecto

los naturales del Brasil que fueron conducidos a Ruan en 1557, en tiempo del rey Carlos IX. Uno de los hechos extraños que más les llamaron la atención fue "que hubiera entre nosotros hombres sobrados de toda suerte de comodidades y que otros compatriotas, hambrientos y andrajosos, mendigaran a sus puertas, y les parecía extraño que esos compatriotas necesitados pudieran sufrir semejante injusticia, y no detuvieran a los otros o les quemaran sus casas". Por su parte, Montaigne siente lástima por esos salvajes brasileños, "que se han dejado engañar por el deseo de las novedades, y han abandonado la dulzura de su cielo para venir a ver el nuestro". "De ese comercio nacerá su ruina"[28]. Y, en efecto, aquellos tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan[29], tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor o de un rico convento. [...]

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada a los conquistadores del pan, es decir, a los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. A ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación a los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: "La naturaleza no ha puesto ningún término a nuestras esperanzas", porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: "Cuanto más se pide a la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites a su poder"[30]. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe a su prójimo, y como consecuencia

28. *Essais*, lib. 1, cap. XXX, pp. 321-322, Ed. Louandre.
29. Pedro Kropotkine, *La conquista del pan*.
30. H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.

rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias a su propia moral, suprime el derecho (Émile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta o del animal; no se abre como una flor[31]. Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega a la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más a medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles. [...]

EL IDEAL DEL PROGRESO[32]

Admirablemente servida por sus progresos en el conocimiento del espacio, del tiempo, de la naturaleza íntima de las cosas y del hombre mismo, ¿está la humanidad hoy en día lo suficientemente avanzada para abordar el problema capital de su existencia, la realización de su ideal colectivo, no solamente en las "clases directoras", una casta o un conjunto de castas, sino en todos aquellos a quienes la religión calificaba de "hermanos creados a imagen de Dios"? Indudablemente, sí; la cuestión material del pan dejará de ser tal cuestión el día en que los hambrientos se concierten para reclamar lo que les es debido.

Así también se resolverá la de la instrucción, puesto que está admitida en principio, y la ambición de saber es general, aunque solo sea en la forma de curiosidad. Pero un progreso jamás viene solo; se completa, repercute en otros progresos en el conjunto de la evolución social. En cuanto el sentido de la justicia sea satisfecho por la participación de todos en el haber material e intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de

31. Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.
32. *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo VI, pp. 539-546. Las notas a pie de página son las de la edición original.

desigualdad cruel que colma a los unos de riquezas superfluas y priva a los otros hasta de la esperanza pesa como un remordimiento, consciente o inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno a sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar a los que hemos perjudicado y amar a aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantizar a todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme a la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto a que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar a nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. [...] Júzguese del conjunto de fuerzas que el moderno puede reunir por los sabios escaladores actuales de los Alpes, del Cáucaso, de las Rocosas, de los Andes, del Tian-chan y del Himalaya. [...] El hombre de ciencia se hace seguir ahora del montañés a la cima del Kilimanjaro o del Aconcagua; él es quien conduce los esquimales a la conquista del Polo. De ese modo, el ideal que el hombre moderno ha concebido de conquistar cualidades nuevas sin perder o hasta recuperando las que poseían los antepasados puede realizarse perfectamente; no es una quimera.

Pero esta fuerza de comprensión, esta mayor capacidad del hombre moderno, que le permite reconquistar el pasado del salvaje en su medio natural antiguo, y asociarle, fundirle armónicamente con sus ideas más refinadas, todo ese aumento de fuerza solo puede terminar por una conquista definitiva, normal, a condición para el hombre nuevo de comprender todos

los demás hombres, sus hermanos, en un mismo sentimiento de unidad con el conjunto de las cosas.

He aquí, pues, la cuestión social que se plantea de nuevo y en toda su amplitud. Es imposible amar plenamente al salvaje primitivo, en su medio natural de árboles y de arroyos, si no se ama al mismo tiempo a los hombres de la sociedad, más o menos artificial, del mundo contemporáneo. ¡Cómo admirar, cómo amar la pequeña y encantadora individualidad de la flor, cómo sentirse hermano con el animal, cómo dirigirse a él a la manera que lo hacía Francisco de Asís, cuando no se ve en los hombres compañeros queridos, a menos que no se huya de ellos, a fuerza de amor, para evitar las heridas morales que vienen del rencoroso, del hipócrita o del indiferente! La plena unión del civilizado con el salvaje y con la naturaleza no puede hacerse sino por la destrucción de las fronteras entre las castas, lo mismo que por la de las fronteras entre los pueblos.

Preciso es que, sin obedecer a antiguos convencionalismos y costumbres, el individuo pueda dirigirse a cualquiera de sus iguales con plena fraternidad y hablar libremente con él "de todo lo que es humano", como decía Terencio. La vida, vuelta a su primera sencillez, da por esto mismo plena y cordial libertad de comercio con los hombres.

¿Ha hecho la humanidad reales progresos en esta vía? Absurdo sería negarlo. Lo que se llama la "marea democrática" no es otra cosa que ese sentimiento creciente de igualdad entre los representantes de castas diferentes, antes enemigas. Bajo las mil apariencias cambiantes de la superficie, el trabajo se verifica en las profundidades de las naciones, gracias al conocimiento creciente que adquiere el hombre de sí mismo y de los otros: así llega a encontrar cada vez más el fondo común por el cual nos semejamos unos a otros, a desprenderse de la confusión de las opiniones superficiales que nos tenían separados: marchamos, pues, hacia la conciliación futura, hacia una forma de felicidad mucho más extensa que aquella con que se contentaban nuestros abuelos los animales y los primitivos. Nuestro mundo material y moral ha llegado a ser más vasto y, al mismo

tiempo, más amplia nuestra concepción de la felicidad, que en lo sucesivo no será tenida por tal sino a condición de que todos participen de ella, de ser consciente, razonada y de comprender en sí las investigaciones apasionadas de la ciencia y de las alegrías de la belleza antigua.

Todo eso nos aleja singularmente de la teoría del "Superhombre", tal como la comprenden los aristócratas del pensamiento. Los reyes, los poderosos, suelen imaginarse que hay dos morales, la suya, que es la del capricho, y la obediencia, que conviene al pueblo. Del mismo modo, los jóvenes presuntuosos, adoradores de la fuerza intelectual que creen poseer, se instalan cómodamente sobre alguna alta estancia de su torre de marfil donde no penetran los humildes mortales. Poco numerosos son los elegidos con quienes se dignan confabularse; quizá hasta se creen solitarios. El genio les pesa; llevan bajo su frente, que surcan fatales arrugas, todo un mundo borrascoso, y ni siquiera ven, bajo el vuelo de su pensamiento, la masa bullidora y amorfa de la multitud desconocida. Cierto es que para el hombre no hay límites que no pueda franquear su ambición de estudiar y de aprender; sí, debe procurar la realización de su propio ideal; ha de tender a distanciarse, a subir siempre —hasta moribundo creo en mi progreso personal; decae tú que te sientes decaer— pero no a romper por ello el lazo que le une a los seres que le rodean, porque no puede escapar a la estrecha solidaridad que le hace vivir de la vida de sus semejantes. Muy al contrario, cada uno de sus progresos personales es un progreso para los que le rodean: parte sus conocimientos como parte su pan, no dejará pobres ni inválidos detrás de sí. Tuvo educadores, porque no nació sin padres como el dios de la fábula; a su vez será el educador de los que vendrán detrás de él.

El método bárbaro de los espartanos place a los impotentes que no saben curar ni enseñar: ahogan al que parece débil, y lanzan al mal conformado a un abismo rompiéndole los huesos. Tal es la práctica sumaria de los impotentes y de los ignaros. ¿Qué médico, qué mujer artista, qué árbitro infalible nos dirá quiénes se pueden conservar y qué recién nacido es el que no

puede inspirar confianza? Con frecuencia ha fallado la ciencia de esos jueces: ha habido cuerpos declarados ineptos para la vida que se han adaptado admirablemente; tal inteligencia que habíase asimilado a la del cretino se ha desarrollado en fuerza genial y creadora; viejos, rutinarios, misoneístas, se habían engañado de todo en todo, y al fin por revolución contra ellos el mundo se ha engrandecido y renovado. Lo más seguro es acoger a todos los hombres como iguales en virtualidad y en dignidad, ayudar a los débiles sosteniéndoles con su fuerza, a los enfermos dándoles la salud, a los inteligentes elevando su mente hacia los grandes pensamientos, con la preocupación constante de lo mejor para los otros y para sí mismo, porque constituimos un todo, y, de progreso en progreso, como de retroceso en retroceso, la evolución se produce en todo el mundo.

La felicidad, tal como la comprendemos, no es, pues, un simple goce personal. Cierto que es individual el sentido de que "cada uno es el propio artífice de su felicidad", pero solo es verdad profunda y completa en cuanto se extiende a la humanidad entera, no porque sea posible evitar las penas, los accidentes, las enfermedades y la muerte misma, sino porque el hombre, asociándose al hombre para una obra cuyo alcance comprende y siguiendo un método cuyos efectos conoce, puede tener la certidumbre de orientar hacia lo mejor todo ese gran cuerpo humano del cual su propia célula individual no es más que algo infinitamente pequeño, una milmillonésima de milmillonésima, si se cuentan las generaciones sucesivas y no solamente el número actual de los habitantes de la Tierra enumerados por la estadística. No es tal o cual momento de la existencia personal y colectiva lo que constituye la felicidad, sino la conciencia de marchar hacia un objeto determinado, que se quiere y que se crea por su voluntad. Coordenar los continentes, los mares y la atmósfera que nos rodea, "cultivar nuestro huerto" terrestre, distribuir de nuevo y regular los ambientes para favorecer cada vida individual de planta, de animal o de hombre, adquirir definitivamente conciencia de nuestra humanidad solidaria, formando cuerpo con el planeta mismo,

abarcar con nuestra mirada nuestros orígenes, nuestro presente, nuestro objeto próximo y nuestro ideal lejano, he ahí en qué consiste el progreso.

Con toda confianza podemos, pues, responder a la pregunta que surge en cada hombre en el secreto de su corazón: sí, hemos progresado desde el día en que nuestros antepasados salieron de las cavernas maternas, durante los cuantos miles de años que constituye el corto período consciente de nuestra vida.

[...]

ENSEÑAR A SER LIBRES[33]

[...] Como la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas e históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar a otro hombre, niño o adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que ha comprendido y tiene necesidad de comunicar fraternalmente con la alegría de saber. En la práctica, eso es excepcional y los conocimientos pueden propagarse a la manera de un magnífico incendio; pero, ordinariamente, lo que se llama enseñanza toma muy diferente aspecto. Los instructores, simples gentes de oficio, no están necesariamente animados de aquel fuego sagrado que es el entusiasmo por la verdad, y lo que enseñan no es más que una lección dictada conforme a intereses de nacionalidad, de religión y de casta. Todas las supervivencias tienen su parte en la obra tan compleja y tan diversa de la enseñanza.

33. *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo VI, pp. 441-466. En este texto, Reclus expone los elementos de la educación libertaria que influirían en las teorías pedagógicas de la Escuela Moderna y de la Institución Libre de Enseñanza. Las notas a pie de página son las de la edición original.

Ante todo, el vicio capital de las escuelas es el de todas las instituciones humanas, el carácter de infalibilidad que suelen atribuirse los profesores. A los ojos del vulgo parece que poseen el derecho natural en virtud de la autoridad que les dan los niños y los estudios anteriores. Los niños, viendo la figura grave de su padre o del que le reemplaza, están dispuestos a inscribir en su memoria la palabra solemne que va a salir de su boca: así suministran un terreno muy favorable a la fe cándida y espontánea que tanto agrada a los maestros; así se forma fácilmente una especie de religión cuyos pontífices se tienen por maestros de la verdad. A su infalibilidad personal se juntan otras que, según los diferentes países, los cultos y las clases, dan a la primera una consagración más alta. Las enseñanzas cambian, pues, al otro lado de cada frontera, hasta el punto de ser absolutamente opuestas las unas a las otras. Patrias, religiones, castas, tienen sus supuestas verdades, que son el punto de partida de toda la educación, la clave de la bóveda de todo el sistema. Pero la evolución general, que aproxima a los hombres borrando cada vez más los conflictos de razas, de ideas y de pasiones, tiende a igualar también los métodos de enseñanza, atenuando por grados su carácter despótico, dejando al niño una mayor iniciativa.

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se comprende por nuestros "hermanos inferiores", ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y, a veces, ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente a sus polluelos el arte de huir de su enemigo y de proporcionarse el sustento; después, gorjeando le recita lo que podríamos llamar los "aires nacionales", le enseña a sostenerse en el vacío aparente, le hace remontar su vuelo a distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya

nada puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándoles en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen a su disposición un excedente de energía que derrochar[34].

Pero esa excedencia de energía se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos a todas las obras y a la conducta de la vida que va a comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos[35], los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican a la muñeca como símbolo del hijo futuro; lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida. [...]

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean a la vez todos los métodos de educación. La mayor parte ha admitido por punto de partida que el maestro reemplaza a los padres, especialmente al padre, que le delega todos los poderes como director, maestro y propietario de su hijo; la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso a que se le destine en el curso de su vida ulterior. [...] Pensando en las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, todos podemos

34. Herbert Spencer.
35. Karl Groos, *Die Spiele der Tiere*.

nada puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándoles en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen a su disposición un excedente de energía que derrochar[34].

Pero esa excedencia de energía se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos a todas las obras y a la conducta de la vida que va a comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos[35], los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican a la muñeca como símbolo del hijo futuro; lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida. [...]

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean a la vez todos los métodos de educación. La mayor parte ha admitido por punto de partida que el maestro reemplaza a los padres, especialmente al padre, que le delega todos los poderes como director, maestro y propietario de su hijo; la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso a que se le destine en el curso de su vida ulterior. [...] Pensando en las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, todos podemos

34. Herbert Spencer.
35. Karl Groos, *Die Spiele der Tiere*.

repetir la palabra de san Agustín: "Antes la muerte que la vuelta a la escuela de nuestra infancia".

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme a los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas o teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos "moralizadores" que en ellos se hallan. "¡Obedecer!", tal es en el fondo la única moral predicada en un libro del príncipe Ptahhotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos y conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: "Así he llegado a la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia", que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da"[36].

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce a confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente a la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar a sus hijos la educación tradicional de castración y

36. Éxodo, cap. XX, vers. 12.

sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría a pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar a bayonetazos a chinos o a huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres a presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su progenie para entregarla al Estado o a la Iglesia; en ese caso, la mata o, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

[...] Los confesores de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: o se es campeón del derecho o cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia o de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y a los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor a la fuerza ni cebar el animal o la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado sustancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; solo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco a poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y

artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente a la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males. [...]

Admitido que la educación es una colaboración entre el alumno que se presenta con su carácter propio, sus hábitos y costumbres particulares, su vocación especial, y el profesor que quiere utilizar esos elementos para la obra de desarrollo intelectual y moral que emprende, este debe conocer a fondo a cada uno de sus discípulos y, a la vez que practica la más equitativa imparcialidad, empleará diversos procedimientos con cada individuo. Su clase contendrá pocos individuos, no pudiendo estos ser numerosos más que en los coros, los ejercicios gimnásticos, los paseos y los juegos.

Son, no obstante, indispensables algunos camaradas en los estudios serios, porque la iniciativa individual necesita ser solicitada por el espíritu de imitación. Lo que se llama la emulación es, por su lado bueno, la necesidad natural de imitar al compañero, de saber lo que sabe, de igualarle en todo. La mayoría de los alumnos aprenderían a costa de grandes esfuerzos si hubieran de estudiar solos, sin amigos que les animaran espontáneamente por la voz, el gesto, la mímica: la manifestación de la vida de otros suscita la vida en ellos mismos; aprenden por el ejemplo más que por los hechos con que enriquecen su memoria; se forman cierto método que les acostumbra al orden en el trabajo, y se ingenian en disciplinar sus esfuerzos, en prepararse para la práctica de la ayuda mutua que será la parte más útil de su existencia. Una buena educación presupone, pues, un grupo de niños bastante considerable para que puedan entregarse a obras comunes, empresas alegres y vivamente acabadas. [...]

Comparada esta educación de la gran familia, en la que los niños, frecuentemente entregados a sí mismos, toman, por sus relaciones entre sí, como un gusto anticipado de la vida exterior con sus conflictos y sus amores, con la del niño aislado, objeto exclusivo de las atenciones del padre y de la madre, resulta este un ser realmente desheredado, le falta la colaboración de los compañeros, sus iguales, alternativamente amigos y rivales. Los padres, por su mismo afecto, no fueron para él más que profesores de egoísmo: a los 20 años, cuando el joven entre en la vida, esperará que el universo entero venga a rodear su preciosa persona. En los primeros años es cuando conviene principalmente no aventurarse en falsas vías. Los profesores, escogidos por las escuelas primarias a fin de "instituir" hombres y mujeres, deberían ser los mejores, a la vez los más rectos y los más amables, para que los niños prosperen a su lado en salud física y moral. Con ellos nada de trabajo excesivo, es decir, de desprecio del cuerpo, herencia del antiguo cristianismo, que, en nombre de un alma superior, ejercita a los individuos en el trabajo forzado, sin ningún cuidado de las necesidades de la vida material; pero nada tampoco de perder el tiempo en paralizaciones y desviaciones, nada de vacilaciones en la marcha regular de la enseñanza y de la vida. [...]

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la naturaleza. Lo que en nuestros días es considerado en las escuelas como fiestas excepcionales, paseos, carreras en los campos, en los eriales y los bosques, en las orillas de los ríos y en las playas, debería ser la regla general. Porque únicamente al aire libre se hace conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se aprende a observarlos, a formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior. ¡Cuán tímidamente entran en esta vía padres y educadores! ¡Y cuán beneficioso, no obstante, sería combinar la salud física y la salud moral por el trabajo alegre en el campo, en pleno aire libre! [...]

De la aproximación de los sexos en un mismo medio de estudio resulta que la ignorancia mutua y la hostilidad forzada

entre hombres y mujeres se atenúan gradualmente; el abismo abierto en otro tiempo por las maldiciones de la Iglesia se colma poco a poco, y la diferencia de evolución de un sexo al otro disminuye a medida que el tesoro común de riquezas científicas llega a ser propiedad de todos; se verifica una especie de nivelación entre estudiantes y estudiantas, en tanto que la diferencia ética de sexo a sexo queda mucho más marcada entre el joven no sometido a la dirección de sus padres y la joven dejada al lado de su madre para cuidar sus hermanitos y atender a las obligaciones de la casa.

Otros hechos de orden demográfico-sociológico contribuyen a libertar a la mujer y a permitirla también asociarse más fácilmente al hombre para los estudios y el género de vida. Ante todo, la función por excelencia de la mujer, la educación materna, disminuye en dificultades físicas y en fatigas, gracias a una higiene general mejor comprendida y a la ayuda mutua. En la mayor parte de las tribus llamadas salvajes, la lactancia de los niños dura años; entre los civilizados se hace, en gran parte —lo que no siempre es un progreso—, por medios artificiales. Además, disminuye, y debe forzosamente disminuir, el número de hijos, por haber reducido la higiene la cifra de la mortalidad en todas las comarcas de Europa y países que gravitan en su rededor. Todavía en el siglo XVI se podía esperar la muerte para la mayoría de los recién nacidos; en nuestros días, la mayor parte de ellos se libran de las causas de la muerte, y la mujer, por consiguiente, se encuentra proporcionalmente aliviada en sus funciones reproductivas[37]. [...]

Los exámenes y los concursos de las grandes escuelas no son otra cosa que una transformación de las antiguas pruebas; pero, en realidad, atendidas las proporciones, esas pruebas modernas han perdido la sinceridad primitiva. Las brutalidades de la concurrencia vital, la necesidad para los jóvenes de ganar su vida todo lo rápidamente posible; por último, la tonta vanidad que impulsa a los padres a querer para su progenitura un rápido

37. Léopold Bresson, *Les trois évolutions*, p. 57.

avance en los estudios, tienen por consecuencia un método de instrucción prematura, superficial o hasta completamente falsa. Miles y miles de candidatos tratan de simplificar su trabajo aprendiendo de memoria las fórmulas de su manual, diciendo y repitiendo frases dichas delante de ellos por profesores célebres y amontonando en la memoria definiciones secas, faltas de color y de vida. Saben palabras y palabras y todo ese fárrago se interpone entre su mente y la verdad. Los formularios y extractos les han hecho aborrecer los libros y más aún la naturaleza; los programas limitan la inteligencia, los cuestionarios la aniquilan, los compendios la empobrecen y las frases hechas acaban por matarla completamente. [...]

La mayor parte de la enseñanza se hace hoy día con la mira de examen, y no puede ser de otro modo, puesto que del examen dependen las plazas, las posiciones oficiales y sociales. [...]

Los estudiantes están, pues, advertidos: no para saber entran en las grandes escuelas, sino con la esperanza, frecuentemente con el único deseo, cínicamente declarado, de subir los escalones que conducen a la fortuna. Así es como los exámenes toman ese carácter extraño a la ciencia, puesto que la ciencia sirve de pretexto para la obtención de una estampilla oficial; el estudiante, una vez obtenido el diploma, libertado repentinamente de un trabajo que odiaba, se cree con derecho a la pereza. En su principio, el examen fue una cosa muy diferente y debe restablecerse en su virtud primera en todas partes, donde el amor a la ciencia es real y donde importe saber y no parecer que se sabe. La enseñanza de los filósofos griegos, tal como nos lo refieren los *Diálogos* de Platón, no consistía en realidad más que en una conversación permanente del estudiante con su propio yo, en un examen continuo del pensamiento por el pensamiento bajo la evocación de un Sócrates o de otro buscador de la verdad. Entonces, tratándose ante todo de "conocerse a sí mismo", ese examen incesante era necesario al hombre que estudia; ¿cuánto más indispensable es ahora, que se trata de "conocer la naturaleza", de la que cada individuo no es más que una simple célula? Así, el joven que vive

su enseñanza debe interrogarse y responderse incesantemente, con toda probidad y sinceridad. [...]

Hasta fuera de la naturaleza propiamente dicha, en los edificios cerrados, el estudiante procede siempre a la observación precisa, sobre todo el que tiene al hombre por asunto especial de investigación. Aprenderá a conocer a los seres vivientes en sus orígenes y en su vida presente con las mil alternativas de la salud, de la enfermedad, de la decrepitud y de la muerte. Aparte de todos los libros, que el tiempo envejece, ellos constituyen los libros por excelencia, los libros siempre vivientes a los que, para el lector atento, se unen incesantemente cada vez más bellas páginas. Y no es esto solo, el lector se transforma en autor: gracias al poder de magia que le da la experiencia, puede suscitar cambios a voluntad en la naturaleza ambiente, evocar fenómenos, renovar la vida profunda de las cosas por las operaciones de laboratorio, convertirse en creador, por decirlo así, transfigurarse en un Prometeo portador del fuego. ¿Qué palabra impresa, bien aprendida de memoria, podrá jamás reemplazar para él esos pactos verdaderamente divinos? [...]

LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA[38]

[...] Tarde o temprano, siempre demasiado pronto, llega el tiempo en que la *cárcel* de la escuela encierra al niño entre sus cuatro paredes; y digo cárcel porque el establecimiento de la educación lo es casi siempre, ya que la palabra escuela perdió hace mucho tiempo su primera significación griega de *recreo* o de *fiesta*. Aparecen los libros y con ellos la primera lección oficial de geografía que pronuncia el profesor ante sus alumnos; ha llegado el momento de someterse a la rutina y de poner en las manos del niño un atlas sellado por el Consejo de Instrucción

38. Reclus expresa sus ideas sobre la educación infantil, así como sus innovadoras propuestas sobre la representación cartográfica, en este artículo publicado en castellano en el *Boletín de la Escuela Moderna*, Barcelona, núm. 6, del 31 de marzo de 1903, pp. 65-68.

Pública. Por mi parte me guardaré de tocarle; ante todo deseo ser perfectamente lógico en mis explicaciones: después de haber dicho que la Tierra es redonda, que es una bola que rueda en el espacio como el Sol y la Luna, no había de presentar su imagen en forma de una hoja de papel cuadrangular con figuras coloreadas que representan Europa, Asia, África, Australia, ¡las dos mitades del Nuevo Mundo!

¿Cómo salir de esta contradicción flagrante? Habré de imitar a los antiguos magos pidiendo que se me crea bajo la fe de mi palabra, o me veré obligado a intentar que los niños comprendan que la esfera se ha cambiado en planisferio; es decir, a ver si comprendo bien la asociación de estas dos palabras, *esfera plana*; pero la explicación quedará forzosamente coja, porque solo es posible por medio de las altas matemáticas, no accesibles aún a los niños. Es preciso que el profesor, en el umbral de su clase, no atente al perfecto compañerismo de inteligencia que debe existir entre los alumnos y él para la comprensión de las cosas.

Además, sé por experiencia que esos mapas, de escalas y de proyecciones desiguales, harían tanto daño a mis alumnos como el que me causaron a mí mismo, y el que sin duda habrán causado al lector; porque nadie logra borrar completamente las impresiones contradictorias que recibió por esos diversos mapas, ya que, según las proyecciones que hemos visto sucesivamente, las formas geográficas han tomado un aspecto flotante e indeciso, y las proporciones entre las diferentes comarcas no se presentan con limpieza a nuestra consideración, porque las hemos percibido en los atlas de toda clase con múltiples deformaciones, infladas o enflaquecidas, estiradas, prolongadas o truncadas en diversos sentidos, y por consecuencia, nuestra fuerza de prensión intelectual queda embotada: seguros de antemano de no alcanzar la precisión de vista, ni siquiera tratamos de obtenerla.

Para evitar esa indiferencia que impide la sinceridad y el ardor en el estudio es, pues, necesario, indispensable, proceder a la fijación de las formas y de los puntos mayores de la

geografía por el empleo de globos escolares, respecto del cual el profesor debe observar una intransigencia absoluta, siéndole verdaderamente imposible servirse de mapas sin traicionar la causa misma de la enseñanza que se le ha confiado.

¿Cuál es el mejor globo como objeto escolar? En mi concepto, una simple bola sostenida sobre un aparato de madera al lado del maestro, quien la toma, la mueve y la confía a sus alumnos. Las líneas que trace en ella han de ser sencillas: dos achatamientos indican los polos; una línea negra sobre el vientre marca el ecuador; después, cuando llega el caso de hablar del vaivén de las estaciones, se añade el trazado de la eclíptica de una parte y de otra del ecuador: nada de meridianos ni paralelos de latitud; eso vendrá después; basta indicar el punto en que se encuentra la escuela, corresponda a Bruselas o a cualquiera otra población de la superficie de la Tierra; además, puede trazarse de polo a polo sobre ese primer punto el meridiano inicial. Tal ha de ser el primer globo, que estará impregnado de barniz graso que se pueda dibujar con yeso y borrar, lo que permitirá al maestro hacer sus demostraciones y marcar sus viajes teóricos sobre la redondez planetaria.

Después utilizarán los alumnos otros globos con ventaja, sobre todo si los han manejado ellos mismos y han trazado con propia mano los continentes, los mares y todo cuanto se les enseñó en la escuela. En esto consiste el verdadero método: ver, crear de nuevo, y no repetir mnemónicamente.

No cabe dudarlo: por la vista directa del globo, reproducción proporcional y exacta de la Tierra misma, ha de procederse a la primera educación geográfica del niño; pero esta enseñanza será pronto detenida por la exigüidad del instrumento. Un globo a la 40 millonésima, de un metro de circunferencia, no deja de ser una máquina pesada, difícil de manejar, sobre todo por niños, y la dificultad crece en proporción geométrica con las dimensiones del objeto, porque si el globo se construye a la escala de la 20 millonésima, con dos metros de circunferencia, se necesita suspenderlo del techo para moverlo con el dedo, según las necesidades de la enseñanza. [...]

Pero si las esferas de esas dimensiones considerables estorban demasiado para que se las coloque en las salas de nuestras escuelas y de nuestras bibliotecas y en las naves de nuestros institutos, no por eso se las debe descuidar en la enseñanza; al contrario, conviene establecerlas como monumentos distintos, con su arquitectura especial y original, constituyendo una nueva rama del arte moderno, como parece empieza a comprenderse ya, a pesar de que los resultados hasta ahora obtenidos no pasan de medianos. Los grandes globos construidos, especialmente el de 40 metros de circunferencia (escala a la millonésima) que se vio en la Exposición de París en 1889, no tenían absolutamente significación desde el punto de vista de la geografía precisa, y su único mérito, que no era de desdeñar, consistía en mostrar a los paseantes admirados la enormidad de los mares, comparados con nuestros pequeños territorios políticos, y el valor relativo en extensión de las diversas comarcas. La obra del porvenir impondrá a cada gran ciudad la construcción de un globo de grandes dimensiones a la millonésima, a la 500.000ª, a la 100.000ª, o más aún, reproduciendo la verdadera forma de la corteza terrestre con su relieve exacto. Proyectos detallados de esas construcciones futuras han sido ya presentados al público, y estamos en época en que la ejecución puede comenzarse con toda seguridad[39]. Los astrónomos, anticipándose a los geógrafos modernos, han comprendido la conveniencia de la construcción del relieve lunar en grandes proporciones.

Es indudable que esos monumentos científicos serán imprescindibles para la enseñanza del público adulto; pero aquí hablamos de las lecciones dedicadas a los alumnos de nuestras escuelas, donde no caben los globos de gran diámetro. No importa: si hay dificultad de exhibir el globo, ¿quién nos impide

39. En 1895, Reclus presentó a la organización de la Exposición Universal de París prevista para 1900 un ambicioso proyecto de construcción de un globo terráqueo de 127,5 metros de diámetro con fines pedagógicos. Considerado demasiado costoso, el proyecto fue abandonado en 1898. Asimismo, en 1900 desarrolló la técnica de fabricación de "discos globulares", mapas en color impresos sobre superficies metálicas, ligeramente convexas, destinadas a representar la esfericidad de la Tierra [N. del E.].

mostrar fragmentos? Si un globo es demasiado grande, se pueden hacer cortes de todas dimensiones. ¡He aquí un segmento a la 10 millonésima! ¡Otro a la 5 millonésima! ¡Hasta la cien milésima, la Suiza de Perron, parte de un globo de 400 metros de circunferencia[40]!

Ya que se han encontrado los medios industriales, pueden en lo sucesivo hacerse discos de todas las escalas en la proporción conveniente, y, nótese bien, no se trata solo de geografía, sino también de astronomía, y vosotros, escrutadores de lo que se llama la "esfera celeste", tendréis ventajas en serviros de discos globulares en hueco como nosotros la hemos tenido sirviéndonos de los discos convexos. Los errores de los mapas planos son los mismos para vosotros que para nosotros; puedo, pues, en toda confianza contar con vosotros para tomar parte en el movimiento pacíficamente revolucionario que intentamos en las escuelas y mapotecas[41].

Hablamos de progreso, pero considerado desde cierto punto de vista, nos hallamos en un período, si no de retroceso, al menos de mudanzas desagradables, y hemos de recorrer mucho camino para alcanzar un período correspondiente en grandeza al de las edades babilónicas. Los recuerdos más lejanos de la antigüedad nos presentan la Caldea, aquel país donde en cada población sobresalía una "torre de estrellas". Sobre las habitaciones bajas se elevaba siempre el observatorio; los hermosos jardines aéreos de la legendaria Semíramis poetizaban con su frondosa vegetación y con el canto de sus pájaros la alta torre superior desde la que los astrónomos interrogaban los espacios celestes. No había ciudad completa si no poseía uno de esos templos de la ciencia consagrados al estudio de la Tierra y del cielo.

40. Charles Perron (1837-1909), cartógrafo y anarquista suizo amigo de Reclus, con quien colaboró en el proyecto de construir un gigantesco globo terrestre para la Exposición de París de 1900, que no llegó a realizarse [N. del E.].

41. Reclus denominó *mapoteca* a su colección de mapas, que donó a la ciudad de Ginebra en 1893 y de cuya conservación se encargó Charles Perron. Estos mapas se encuentran en la actualidad en la Biblioteca de Ginebra [N. del E.].

Una leyenda harto conocida refiere que los hombres, unidos en un solo pueblo y trabajando en la erección de uno de esos edificios del saber, la torre de Babel, se encontraron repentinamente afectos de ignorancia mutua los unos por los otros y, no comprendiéndose, partieron cada uno por su lado y quedaron convertidos en extranjeros y enemigos. Actualmente hablamos de nuevo una lengua común, la del estudio científico; nada nos impide unirnos aún más estrechamente que nunca; ya hemos llegado al tiempo en que sin temor podemos renovar la construcción comenzada. De esperar es que en un porvenir próximo cada población construirá su nueva "torre de estrellas" donde los ciudadanos acudan a observar cómodamente los fenómenos del cielo y a instruirse en las maravillas de la Tierra, el planeta natal.

EDUCAR CON EL JUEGO[42]

[...] A las causas exteriores de cambio procedente de la naturaleza inanimada, se juntan, en los grupos humanos, las que provienen del impulso dado a la inteligencia por la enseñanza mutua, cuya forma ordinaria es el juego. La libre diversión es uno de los mayores educadores del hombre[43]. Lo que llamamos el juego, y que distinguimos con tanto cuidado del trabajo, fue, después del alimento, la forma más antigua de la actividad de los hombres[44]. Así como la madre se divierte enseñando a su hijo de pecho los movimientos, los ademanes y los sonidos que le acomodarán gradualmente a su medio, así también los niños y los jóvenes entre sí sienten profunda alegría haciendo en todos sus juegos el ensayo de la vida.

Es tal su potencia de imaginación, que, estando solos, se complacen en representar escenas en las que son a la vez actores, pacientes y espectadores; ¡pero con cuánta mayor pasión,

42. *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo I, pp. 123-124. Las notas a pie de página son las de la edición original.
43. Karl Groos, *Die Spiele der Tiere; Die Spiele der Menschen*.
44. G. Ferrero, *Les Formes primitives du travail*.

con qué desenfrenado entusiasmo, con qué sinceridad en la fantasía se entregan a sus juegos cuando participan muchos en él y cada uno tiene su papel en el drama o la comedia! Son, alternativamente, cazador y caza, vencedor y vencido, juez y víctima, culpable e inocente; pasan por todas las fases imaginables de la existencia, sienten todas las emociones, y, siguiendo las tendencias naturales de su ser, aprenden a desarrollar tal o cual de sus cualidades directoras; lo que adquieren tiene en su ser raíces tanto más fuertes cuanto su manifestación se ha hecho inconscientemente; entonces se imaginan ser creadores. Prodúcese en ellos como una especie de ritmo entre la vida práctica ordinaria y la vida de imaginación que da el juego, y esta última existencia suele parecer la más real, porque en ella ponen toda su fuerza con la mayor intensidad. No es un simple recreo, como lo practican las gentes gastadas, privadas de su impulso natural, es la realización misma del ideal de infancia o de juventud. Por lo demás, este ideal del hombre que se divierte no difiere del que ve flotar ante sí en el reposo de su pensamiento. Hay quien en sus juegos aprende a quedar libre, a ser un compañero franco y bueno; hay quien se las ingenia para mandar o se habitúa a servir. En las diversiones, como en la vida seria, se ven tiranos y esclavos. [...]

EL PORVENIR DE NUESTROS HIJOS[45]

¡Que egoístas somos! En nuestros anhelos de revolución es raro que pensemos más que en nosotros mismos. Expresamos las quejas de los trabajadores, sobre todo las de los hombres, porque los hombres son los más fuertes. Reivindicamos para ellos el derecho a los instrumentos de trabajo y al producto íntegro de su labor; exigimos que se haga justicia. Cuando comenzamos a ser conscientes de poseer el número y la inteligencia, sentimos

45. *L'Avenir de nos enfants*, Lille, Imprimerie C. Lagache, 1886, pp. 2-7 [traducción de José Carlos Lechado].

surgir en nosotros la voluntad de actuar y, semiconscientes de nuestra fuerza, nos preparamos para la revolución próxima. Si sentimos que somos los más débiles, siendo cobardes como lo es la mayoría, aún mendigaríamos la miga que cae de la mesa de los reyes.

Pero por debajo del hombre hecho, por desgraciado que este sea, se encuentra un ser aún más desdichado, el niño. Este ser débil no goza de ningún derecho y depende del capricho, ya sea benevolente o cruel. Nada lo protege contra la estupidez, la indiferencia o la perversidad de aquellos que son sus amos. ¿Quién lanzará entonces a su favor el grito de libertad?

En la sociedad actual, toda autoridad se ejerce de amo a esclavo siguiendo una serie lógica. Dios reina en lo alto, tronando por encima de los cielos y delegando sus poderes sobre la Tierra al más fuerte, sacerdote o rey, Hildebrand o Bismarck. Por debajo figuran los sátrapas con todos sus nombres, gobernadores y subgobernadores, presidentes y vicepresidentes, generales y capitanes, jefes y subjefes, todos ellos inclinando la espalda ante el superior, todos hinchando el pecho de orgullo ante los súbditos: ¡por un lado la adoración, por el otro el desprecio, aquí el mando, allá la obediencia! No se ha encontrado nada mejor desde Jacob, la sociedad no es más que una serie de escalones que descienden desde Dios hasta el esclavo y continúan hasta los infiernos. Las gehenas, los abismos del tormento, ¿acaso no son el símbolo de lo que tienen que sufrir los vencidos y los débiles?

Y, entre esos débiles, los niños son los chivos expiatorios. Hago un llamamiento a los hombres sinceros que recuerdan sus años jóvenes. Tanto si fueron desgraciados como si fueron bien tratados y se les facilitaron las primeras luchas de la existencia, vieron sufrir a sus pequeños camaradas, así como padecimientos irremediables contra los cuales cualquier rebelión resultaba inútil: ¿qué podían hacer ellos contra las violencias y las burlas, los insultos cobardes de los grandes? Nada, salvo acumular poco a poco en su corazón un tesoro de venganza que, una vez crecidos, emplearán quizá en atacar a otros niños.

Por otra parte, por muy tiernos que sean los padres, por mucho que se entreguen en procurar la felicidad de su progenie, ellos mismos han de sufrir las condiciones que les impone la sociedad en la que viven y someter también a sus hijos a esa sociedad. Sabemos lo duras que son esas condiciones para el pobre. [...]

Ahora que la escuela es laica, la fórmula religiosa ha sido sustituida por una fórmula gramática, y las frases latinas incomprensibles han dado lugar a palabras francesas que no son más claras. Si el niño comprende o no, poco importa; es menester que aprenda siguiendo un formulario establecido de antemano. Después del absurdo alfabeto que le hace pronunciar las palabras de manera distinta a como las lee, y habituado así de antemano a todas las estupideces que le enseñarán, vienen las reglas gramáticas que recita de memoria; después, las bárbaras nomenclaturas que se conocen como geografía y, a continuación, el relato de los crímenes de la realeza de eso que llaman historia. Es sorprendente cómo el niño bien dotado es capaz, con el tiempo, de desembarazar su cerebro de todas esas cosas que le metieron a la fuerza, ¡a veces con la ayuda de la vara y las tareas correctivas! Por otra parte, ¿acaso esas escuelas carecen de esclavitud, de horas de castigo y de barrotes en las ventanas? Si queremos crear una generación libre, primero habremos de echar abajo esas prisiones llamadas colegios y liceos.

Socialistas, pensemos en el porvenir de nuestros hijos más aún que en la mejora de nuestra situación. Nosotros mismos, no lo olvidemos, pertenecemos más al mundo del pasado que a la sociedad futura. Por nuestra educación, nuestras viejas ideas, nuestros restos de prejuicios, somos aún enemigos de nuestra propia causa; la señal de la cadena se sigue viendo en nuestros cuellos. Pero intentemos salvar a los niños de la triste educación que nosotros hemos recibido; aprendamos a criarlos desarrollándolos en la salud física y moral más perfecta; seamos capaces de hacer de ellos hombres como los que nosotros hubiéramos querido ser.

No lo olvidemos, el ideal de una sociedad siempre se realiza. La sociedad burguesa actual, representada en su totalidad por el Estado, ha hecho por la educación precisamente lo que este quería hacer. [...] En cuanto a nosotros, cuando nos llegue el turno —y seguro que vendrá—, cuando podamos actuar y realizar nuestros anhelos, nuestro mayor objetivo será evitarles a nuestros hijos todas las miserias que nosotros mismos hemos padecido.

¡Mantengamos la firme resolución de hacer de ellos hombres libres, nosotros que solo albergamos una vaga esperanza de libertad!

LA AYUDA MUTUA[46]

[...] La imitación se confunde en muchas circunstancias con la ayuda mutua, que fue en el pasado, que es aún en nuestros días y que será en todos los tiempos el principal agente de progreso del hombre. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos expusieron tan admirablemente el sistema de la evolución orgánica, por la adaptación de los seres al medio, la mayor parte de los discípulos no miraron más que el lado del asunto desarrollado por Darwin con más detalles y se dejaron seducir por una hipótesis simplista, no viendo en el drama infinito del mundo viviente sino la "lucha por la existencia". Sin embargo, el ilustre autor de *Origin of Species* y de *Descent of Man* había hablado también del "acuerdo para la existencia"; había celebrado "las comunidades que, gracias a la unión del mayor número de miembros asociados, prosperan bien y llevan a buen término la más rica progenitura"[47].

Pero ¡cuántos pretendidos "darwinistas" quisieron ignorar completamente todos los hechos de ayuda mutua y se pusieron a vociferar con una especie de rabia, como si la vista de la

46. *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo I, pp. 130-136. Las notas a pie de página son las de la edición original.
47. *Descent of Man*, 2ª edición, p. 163.

sangre les excitase al asesinato: "El mundo es un circo de gladiadores...; toda criatura está adiestrada para el combate!"[48]. Y bajo la cubierta de la ciencia, cuántos violentos y crueles se encontraron de pronto justificados en sus actos de apropiación egoísta y de conquista brutal; satisfechos de contarse entre los fuertes, cuántas veces han lanzado el grito de guerra contra los débiles: "¡Ay de los vencidos!".

No hay duda que el mundo presenta al infinito escenas de lucha y de carnicería entre todos los seres que viven sobre el globo, desde las semillas en conflicto por la conquista de un terruño y los huevos de pescado que se disputan el mar, hasta los ejércitos en batalla exterminándose con furor por el acero, las balas y los obuses; pero los cuadros opuestos son todavía más numerosos, puesto que la vida predomina, y sin la ayuda mutua la vida misma sería imposible. Toda vez que las plantas, los animales y los hombres han logrado desarrollarse en tribus, en pueblos inmensos, y que entre ellos un gran número de individuos han recorrido su espacio normal de vida durante días, meses o años, es prueba de que los elementos de acuerdo han predominado sobre los elementos de lucha. El sencillo "buen día" que en todos los países del mundo se cambia bajo las formas más diversas indica cierto acuerdo entre los hombres, procedente de un sentimiento al menos rudimentario de buena voluntad de los unos respecto de los otros. Un proverbio árabe lo expresa de la manera más noble: "Una higuera mirando otra higuera aprende a dar frutos". Si bien es verdad que otro proverbio, lleno todavía de los antiguos odios, limita esa buena voluntad a los miembros de una misma nación: "No mires a la palmera —dice el árabe—, porque la palmera no habla al extranjero".

Son innumerables los ejemplos de ayuda mutua citados en las obras de los naturalistas, y no hay uno solo que no pueda encontrarse bajo formas poco diferentes entre los hombres[49].

48. Huxley, *Struggle for Existence, and its bearing upon Man*.
49. P. Kropotkin, *Mutual Aid among the Animals*, Nineteenth Century, 1890.

Las hormigas y las abejas suministran, a este respecto, hechos tan elocuentes que admira el olvido momentáneo en que los han dejado los protagonistas de una lucha constante y sin compasión entre todos los seres que combaten por la existencia. No hay duda que se producen guerras entre tal o cual especie de hormigas; también entre las hormigas hay conquistadores y propietarios de esclavos; pero hay que reconocer igualmente que se ayudan entre sí hasta el punto de nutrirse mutuamente en caso de necesidad y de dedicarse a trabajos agrícolas y hasta industriales, tales como el cultivo de ciertos hongos y la transformación química de los granos y, por último, que se sacrifican las unas por las otras con una devoción absoluta. Hay colonias de hormigas que comprenden hasta millones de hormigueros habitados por especies aliadas, que presentan escenas de buena inteligencia y de paz cordial[50]. A la vista de todas esas maravillas mentales, se siente inclinación a repetir las palabras de Darwin: "El cerebro de la hormiga es tal vez un prodigio superior al del cerebro del hombre" [51].

Y entre las aves, los cuadrúpedos y los bimanos, ¡cuántos hermosos ejemplos de solidaridad que une ciertas especies! La confianza mutua entre individuos de la gran familia es tal, que ninguno tiene necesidad de aprender el valor; los más pequeños pajarillos aceptan el combate con un ave de rapiña; se ha visto a la nevatilla hacer frente a un alimoche y al gavilán. Los grajos, conscientes de su fuerza, dan cara al águila y la acosan con sus burlas. En las tierras arcillosas que dominan el río Colorado, en el Gran Oeste americano, se establecen tranquilamente colonias de golondrinas debajo de la roca donde pasa el halcón. Ciertas especies no tienen casi

50. Forel, Bates, Romanes, etc.

51. Es interesante señalar que, en una entrevista reciente, Noam Chomsky afirmó que, a pesar de sus reducidos cerebros, las hormigas del desierto, al igual que algunas especies de tortugas y aves, superan a los seres humanos en cuanto a capacidades de navegación ("Noam Chomsky Speaks on What ChatGPT is Really Good For", entrevista de C. J. Polychroniou en *Common Dreams*: https://bitly.ws/3dQ4q) [N. del E.].

Las hormigas y las abejas suministran, a este respecto, hechos tan elocuentes que admira el olvido momentáneo en que los han dejado los protagonistas de una lucha constante y sin compasión entre todos los seres que combaten por la existencia. No hay duda que se producen guerras entre tal o cual especie de hormigas; también entre las hormigas hay conquistadores y propietarios de esclavos; pero hay que reconocer igualmente que se ayudan entre sí hasta el punto de nutrirse mutuamente en caso de necesidad y de dedicarse a trabajos agrícolas y hasta industriales, tales como el cultivo de ciertos hongos y la transformación química de los granos y, por último, que se sacrifican las unas por las otras con una devoción absoluta. Hay colonias de hormigas que comprenden hasta millones de hormigueros habitados por especies aliadas, que presentan escenas de buena inteligencia y de paz cordial[50]. A la vista de todas esas maravillas mentales, se siente inclinación a repetir las palabras de Darwin: "El cerebro de la hormiga es tal vez un prodigio superior al del cerebro del hombre"[51].

Y entre las aves, los cuadrúpedos y los bimanos, ¡cuántos hermosos ejemplos de solidaridad que une ciertas especies! La confianza mutua entre individuos de la gran familia es tal, que ninguno tiene necesidad de aprender el valor; los más pequeños pajarillos aceptan el combate con un ave de rapiña; se ha visto a la nevatilla hacer frente a un alimoche y al gavilán. Los grajos, conscientes de su fuerza, dan cara al águila y la acosan con sus burlas. En las tierras arcillosas que dominan el río Colorado, en el Gran Oeste americano, se establecen tranquilamente colonias de golondrinas debajo de la roca donde pasa el halcón. Ciertas especies no tienen casi

50. Forel, Bates, Romanes, etc.

51. Es interesante señalar que, en una entrevista reciente, Noam Chomsky afirmó que, a pesar de sus reducidos cerebros, las hormigas del desierto, al igual que algunas especies de tortugas y aves, superan a los seres humanos en cuanto a capacidades de navegación ("Noam Chomsky Speaks on What ChatGPT is Really Good For", entrevista de C. J. Polychroniou en *Common Dreams*: https://bitly.ws/3dQ4q) [N. del E.].

más enemigo que el hombre, y en las condiciones ordinarias viven en paz con todo el universo, protegidas por su perfecta unión, tales son los "republicanos" del Cabo, las cotorras y papagayos de los bosques americanos y, hasta hace poco, las bandadas de pájaros de la isla Loysan al oeste del archipiélago hawaiano.

Entre esos animales, la solidaridad va hasta la bondad y el sacrificio, tal como el hombre las concibe y las practica, aunque no siempre. Cuando un cazador tira, para recrear su ociosidad, sobre una bandada de grullas y hiere a una de ellas, la cual no volando más que con un ala corre peligro de caer, se reforma inmediatamente la bandada, y dos compañeras, una de derecha y otra de izquierda, sostienen con su vuelo el fatigado e ineficaz de la amiga desgraciada. Hasta pequeños pajarillos se unen a los emigrantes para acompañarlos sobre el Mediterráneo: se han visto alondras descender con bandadas de grullas después de haber atravesado el mar[52]; si han sido auxiliadas o no directamente, lo cierto es que al menos deben de haber sido acogidas para el gran viaje.

Es, pues, contraria a toda verdad la aserción de los pesimistas que hablan del mundo animal como si se compusiera únicamente de destructores desgarrándose a bocados y zarpazos y bebiendo la sangre de las víctimas[53]. Dígase lo que se quiera, la lucha por la vida no es la ley por excelencia, y el acuerdo mutuo es, con mucho, superior en la historia del desarrollo de los seres. La mejor prueba de ello la tenemos en el hecho de que las especies más dichosas con su destino no son las mejor armadas para la rapiña y la matanza, sino al contrario, las que, provistas de armas poco perfeccionadas, se ayudan mutuamente con más empeño: no son las más feroces, sino las más amantes.

Lo mismo puede decirse respecto de los "primitivos" o "salvajes" entre los hombres, porque los testimonios de la prehistoria,

52. L. Buxhaum, *Der zoologische Garten*, 1886, p. 133.
53. P. Kropotkin, *Nineteen Century*, noviembre de 1890, p. 702.

lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran un gran número de tribus que viven en paz y hasta en la armonía de una posesión común de la tierra y de un trabajo también común; los ejemplos de poblaciones guerreras armadas solamente para el combate y viviendo exclusivamente de depredaciones son muy raras, aunque citadas con frecuencia. Es de moral constante entre los participantes que el individuo, si la escasez se hace sentir, debe ponerse a ración para que las provisiones puedan durar más tiempo y, a menudo, los grandes, lejos de abusar de su fuerza, se privan en beneficio de los pequeños. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens*, la tribu, la colectividad, es considerada como el ser por excelencia, al que cada individuo da su trabajo y hace el sacrificio entero de su persona. La ayuda mutua es tan perfecta que en diferentes circunstancias se extiende hasta más allá de la muerte: así, en las Nuevas Hébridas, cuando moría un niño, su madre o su tía se mataban voluntariamente para ir a cuidarle en el otro mundo[54]. [...]

La forma comunitaria de la propiedad, que prevaleció en casi todos los países del mundo y que se mantiene acá y allá, hasta en las comarcas más completamente acaparadas por propietarios individuales, permite hacer constar que la ayuda mutua fue el ideal y la regla en los pueblos agrícolas que alcanzaron un grado de civilización muy avanzada. Allí también el cuidado de cada uno debió de ser la propiedad de todos, como lo atestiguan las mismas palabras que sirven para designar la colectividad de los aldeanos asociados. Tales son las "universidades" de los vascos, los "mir" o pequeños "universos" de los rusos, las "zadrughi" o "amistades" de los serbios, las "fraternidades" de los buriatos.

El término de "comuna" que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica a todos

54. Gill, en Waitz et Gerland, *Anthropologie*, p. 641.

lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran un gran número de tribus que viven en paz y hasta en la armonía de una posesión común de la tierra y de un trabajo también común; los ejemplos de poblaciones guerreras armadas solamente para el combate y viviendo exclusivamente de depredaciones son muy raras, aunque citadas con frecuencia. Es de moral constante entre los participantes que el individuo, si la escasez se hace sentir, debe ponerse a ración para que las provisiones puedan durar más tiempo y, a menudo, los grandes, lejos de abusar de su fuerza, se privan en beneficio de los pequeños. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens*, la tribu, la colectividad, es considerada como el ser por excelencia, al que cada individuo da su trabajo y hace el sacrificio entero de su persona. La ayuda mutua es tan perfecta que en diferentes circunstancias se extiende hasta más allá de la muerte: así, en las Nuevas Hébridas, cuando moría un niño, su madre o su tía se mataban voluntariamente para ir a cuidarle en el otro mundo[54]. [...]

La forma comunitaria de la propiedad, que prevaleció en casi todos los países del mundo y que se mantiene acá y allá, hasta en las comarcas más completamente acaparadas por propietarios individuales, permite hacer constar que la ayuda mutua fue el ideal y la regla en los pueblos agrícolas que alcanzaron un grado de civilización muy avanzada. Allí también el cuidado de cada uno debió de ser la propiedad de todos, como lo atestiguan las mismas palabras que sirven para designar la colectividad de los aldeanos asociados. Tales son las "universidades" de los vascos, los "mir" o pequeños "universos" de los rusos, las "zadrughi" o "amistades" de los serbios, las "fraternidades" de los buriatos.

El término de "comuna" que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica a todos

54. Gill, en Waitz et Gerland, *Anthropologie*, p. 641.

los hombres "que toman parte en las cargas", es decir, a todos los que se ayudan mutuamente. Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamientos íntimos; porque el "hombre no solo vive de pan", y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoísta, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconscientemente, en ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fue simplemente vegetativa en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy diferente y mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el corazón se han engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba a la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera[55]. [...]

LA ANARQUÍA Y LA IGLESIA[56]

La conducta del anarquista con respecto al hombre de iglesia está trazada de antemano. Cuanto más tiempo se hallen constituidos en liga de dominación los curas, monjes y todos los detentadores de un poder pretendidamente divino, el anarquista tiene que combatirlos sin tregua con toda la energía de su voluntad y todos los recursos de su inteligencia y de su fuerza. Por lo demás, esta lucha encarnizada no debe impedir de ningún modo que mantengamos el respeto personal y toda la simpatía humana por cada individuo cristiano, budista o fetichista desde el momento en que su capacidad de ataque y de dominación se

55. A. Comte, *Philosophie positive*, 1869, p. 494.
56. "L'Anarchie et l'église", *Les Temps Nouveaux*, nº 18, Paris, pp. 3-6, 1913; publicación original en 1900 [traducción de José Carlos Lechado].

haya quebrado. Comencemos por liberarnos a nosotros mismos y después trabajaremos por la liberación del adversario que tenemos enfrente.

Lo que tenemos que temer de la Iglesia o de las iglesias nos lo enseña claramente la historia. A este respecto no es posible ningún error o confusión. Somos odiados, execrados, maldecidos: no solo se nos prometen los suplicios del infierno —lo que no tiene sentido para nosotros—, sino que se nos entrega al castigo de las leyes temporales, a la venganza especial de los reyes, de los carceleros y los verdugos, incluso a la ingeniosidad de los torturadores en los calabozos de la Santa Inquisición, que continúa viva. El lenguaje oficial de los papas, lanzado en sus recientes bulas, dirige expresamente la campaña contra los "innovadores insensatos y diabólicos, los orgullosos discípulos de una pretendida ciencia, las gentes delirantes que reclaman la libertad de conciencia, los corruptores de todas las cosas sagradas, los odiosos corruptores de la juventud, los obreros del crimen y la iniquidad". Estos malditos, estos anatemas son, en primer lugar, aquellos que se dicen hombres de revolución, anarquistas o libertarios. [...]

A la intransigencia católica nosotros oponemos la misma intransigencia, pero con hombres, y con hombres nutridos de la ciencia contemporánea, no con taumaturgos y verdugos. Nosotros rechazamos absolutamente la doctrina católica, al igual que la de todas las religiones afines, amigas o enemigas; nosotros combatimos sus instituciones y sus obras, nosotros trabajamos para destruir los efectos de todos sus actos. Pero lo hacemos sin odiar a sus personas, pues no ignoramos que todos los hombres están determinados por el medio en el que sus madres los han criado y la sociedad los ha nutrido; sabemos que otra educación, unas circunstancias menos favorables podrían habernos embrutecido también a nosotros, y lo que buscamos por encima de todo es precisamente crear para ellos —si aún hay tiempo— y para todas las generaciones venideras las condiciones nuevas que

curarán por fin a los hombres de la "locura de la cruz" y de otras alucinaciones religiosas.

De ninguna manera pensamos en vengarnos cuando llegue el día en que nosotros seremos los más fuertes: no habría suficientes patíbulos y hogueras para vengar a los infieles masacrados por las iglesias en nombre de sus dioses respectivos, y especialmente a las víctimas de la Iglesia católica a lo largo de 1.500 años de dominación. La venganza no figura entre nuestros principios, pues el odio llama al odio, y lo que nosotros queremos es entrar en una nueva era de paz social. ¡Nuestro firme propósito no tiene nada que ver con utilizar "las tripas del último sacerdote para ahorcar al último rey!", sino con el objetivo de conseguir que ni sacerdotes ni reyes puedan nacer en el ambiente purificado de nuestra sociedad nueva.

Lógicamente, nuestra obra revolucionaria contra la Iglesia comienza de una manera destructiva antes de que llegue a ser constructiva, aunque las dos fases de la acción son interdependientes y se realizan al mismo tiempo, pero bajo diversos aspectos en función de los diferentes medios. Ciertamente sabemos que la fuerza no puede aplicarse para destruir las creencias sinceras, las ilusiones inocentes y beatas; pero podemos trabajar con todas nuestras energías para expulsar del funcionamiento social todo lo que no sea conforme a las verdades científicas reconocidas; podemos combatir sin tregua el error de todos los que pretenden haber encontrado un punto de apoyo divino fuera de la humanidad y del mundo, permitiendo a las castas parasitarias erigirse en intermediarios devotos entre el creador ficticio y sus criaturas.

Puesto que el miedo y el espanto fueron en todas las épocas el motivo de la servidumbre de los hombres —como lo han repetido de tantas maneras los propios reyes, los sacerdotes, los magos y los pedagogos—, luchemos continuamente contra este terror de los dioses y sus intérpretes mediante el estudio y la exposición de la serena claridad de las cosas. Persigamos todas las mentiras que los beneficiarios de la antigua necedad teológica han propagado en la enseñanza, en los libros, en las artes,

Y no nos olvidemos de poner fin al vil pago de los impuestos directos que el clero sustrae de nosotros, de detener la construcción de capillas, santuarios, iglesias, cruces, estatuas votivas y otras fealdades que deshonran nuestras ciudades y campos. Cerremos la fuente de esos millones que fluyen de todas partes hacia el gran pedigüeño de Roma y los innumerables subpedigüeños de sus congregaciones. Por último, valiéndonos de la propaganda diaria, arrebatemos de manos de los curas a los niños que se les son entregados para el bautizo, a los muchachos y muchachas a quienes "confirman en la fe" con la ingestión de una hostia, a los jóvenes a quienes animan a contraer matrimonio, a los infelices a quienes mancillan haciendo nacer el pecado en su alma mediante la confesión, a los moribundos a los que aterrorizan incluso en el último momento de la vida. ¡Descristianicémonos! ¡Descristianicemos al pueblo!

EL IDEAL DE LA JUVENTUD[57]

Ciertamente, todos nosotros, seamos quienes seamos, hombres con anhelos o nostálgicos del pasado, todos estamos convencidos de los cambios venideros, evoluciones intelectuales y morales destinadas a producir revoluciones inevitables. Puesto que prevemos grandes acontecimientos en los que cada uno de nosotros tendrá su parte de acción, ya sea mínima o potente, nuestro deber es no dejarnos llevar como pajas al viento, sino afirmarnos enérgicamente y comprender con una sinceridad perfecta lo que pensamos y lo que deseamos. ¿Cuál es el ideal personal de cada uno de nosotros? ¿Cuál es el ideal colectivo que parece surgir de todos los deseos, de todas las voluntades extendidas? Criminal, o por lo menos cobarde, será aquel que

57. "L'idéal de la jeunesse", fragmento de "Quelques mots d'histoire", *La Société Nouvelle*, 1894, vol. 2, reproducido en Alexandre Chollier y Federico Ferretti (eds.), *op. cit.*, pp. 183-188 [traducción de José Carlos Lechado]. El artículo exhorta a la adopción de una ética revolucionaria basada en la conciencia individual.

calle aunque crea que puede responder a esta cuestión. Cada cual es libre de ver en el ideal presente un fuego fatuo que nos extravía en medio de las ciénagas, pero quienes se burlan deben aportar también su solución. Hacemos un llamamiento a todos para que, ayudándonos los unos a los otros en nuestro deseo de ver y comprender, nos acerquemos a la gran meta: "¡Ser hombres!".

El primer objetivo de nuestro ideal es, evidentemente, que cada hombre tenga algo que comer, lo que para mí significa que cada cual tenga la posibilidad de vivir en condiciones perfectas de bienestar material. Dudo de que haya alguien, por muy egoísta o duro que sea respecto de los que sufren, que se pronuncie claramente contra este deseo: le bastará con bromear diciendo que se trata de algo imposible; si acaso, se refugiará detrás de Malthus y otros sabios economistas para no tener que responder por sí mismo. Por nuestra parte, estudiemos simplemente la estadística haciendo que esta responda en nuestro lugar. Se han recogido documentos suficientes para poder constatar si la Tierra ofrece a sus hijos la cantidad suficiente de madera, metales, arcilla para la alfarería, fibras textiles, frutos y raíces alimenticias. Podemos disponer de la totalidad, y si vemos que la oferta es superior a la demanda, que el conjunto de los productos supera las necesidades de consumo, si además constatamos que los medios de comunicación, fácilmente multiplicables por otra parte, son ya ampliamente suficientes para igualar la abundancia en todos los lugares de la Tierra, ¿parecerá entonces tan quimérico nuestro ideal del "pan para todos"?; y los hombres bondadosos, ¿tendrán acaso una preocupación más apremiante que la de celebrar por fin el primer almuerzo del que nadie será excluido?

El segundo punto de nuestro ideal se halla vinculado al primero, pues si se verifica que la humanidad dispone de pan en sobreabundancia, también poseerá el tiempo libre necesario para no tener que seguir empleando en las fábricas a niños en lugar de adultos, así como para hacer uso de todo el período de preparación al estudio de la vida mediante una educación

completa e integral del individuo. "El hombre no solo vive del pan", vive también del pensamiento. El "banquete de la vida" del que hablan los poetas y los filósofos solo es de manera figurada el que alimenta el cuerpo; el verdadero banquete es el "de Platón", en el que se intercambian ideas, en el que los hombres se entienden y se instruyen mutuamente, en el que un mismo alimento espiritual, como en la cena pascual, une a todos los comensales en un mismo cuerpo dándoles a todos un alma común. Entonces, ante esta comunicación entre los seres humanos, lo primero que hay que hacer, la obra urgente por excelencia, ¿no es la de asegurar a todos la instrucción material, el desarrollo de cada inteligencia en la medida completa de sus capacidades? Aquello que Pericles decía de Atenas, que era una "escuela de Grecia", hay que aplicarlo a todas nuestras ciudades, convirtiéndolas en escuelas del mundo, escuelas verdaderas en las que todos enseñen a todos y aprendan de todos en la plenitud de su libertad, sin restricciones por límites de edad, de profesión, de fortuna o por falta de certificados y otros papeles. Tal es nuestro ideal, bien diferente del de los espíritus "moderados" y las gentes "sabias" que quieren dividir la ciencia en dos partes, una estrecha y hábilmente simplificada para los niños pobres destinados a servir, y otra amplia, libre, sin límites impuestos, hinchada de orgullo y, por consiguiente, igualmente falsificada para los niños ricos destinados a mandar. ¡Vale cien veces más el ideal del fiel a quien le basta "la fe del absurdo" y que no desea la ciencia para nadie!

El hombre que come hasta saciar su hambre y que se instruye según su voluntad es un hombre libre y un igual para todos, pero le faltará un ideal que satisfacer, el de la fraternidad, si ese progreso no se realizara necesariamente junto con el ideal del pan y de la instrucción, si todos los progresos no se determinaran mutuamente y si la educación real, la que forma el espíritu, no formara también el corazón. Es esa educación la que dirige la combatividad del hombre hacia otros objetivos diferentes del de dañar o causar la muerte de su semejante, hacia la realización de tareas difíciles, investigaciones arduas

y complejas, viajes a lugares lejanos rodeados de peligros, pruebas temibles pero útiles para la comunidad. Es la educación lo que completa, de una manera directa, la moralización producida indirectamente por la eliminación de la miseria y la ignorancia. Si el trabajador, con su pan asegurado, ya no tiene que rebajarse humildemente ante unos cuantos señores, si las muchachas y las madres ya no están obligadas a venderse a cualquier puerco que pase a su lado para comer o dar de comer a sus familias, si los niños se convierten de verdad en hombres, sanos, vigorosos y fuertes, entonces las condiciones del medio social deberán cambiar completamente: seres nuevos constituirán una sociedad nueva. Es imposible imaginar una humanidad compuesta de seres libres, iguales e instruidos en la que haya millones de soldados sin voluntad personal, esperando el gesto o el grito que les ordenará matarse entre sí, en la que vivan otros millones de esclavos que pasan la vida ocupándose de trámites administrativos, con toda esa turba de curas, magistrados, policías, denunciantes y verdugos encargados de enseñar mediante el terror y de asegurar con la espada la moral de las naciones.

No, la persona humana, teniendo al fin el pan para el cuerpo y el pan para el espíritu, no se acomodará a un régimen como ese, el cual habría ya acabado con la humanidad si no albergara en su seno poderosos elementos de resistencia y renovación: el invencible amor a la vida, la curiosidad de saber, la ironía vengadora contra los dominadores y el espíritu de solidaridad entre todos los que sufren. Esta fuerza colectiva de los humildes, de todos los que no son casi nada por sí mismos, esta fuerza es con la que contamos para realizar nuestro triple ideal: la conquista del pan, la de la instrucción y la moralidad para todos. Los inmensos progresos logrados ya nos hacen confiar en el porvenir. Pero los que desesperáis, ¡volved al dios todopoderoso de las antiguas teogonías, invocad de nuevo al Cristo redentor, con su paraíso donde algunos elegidos solo escucharán el canto de las violas por los siglos de los siglos mientras que en el infierno miles de millones de malditos arderán para siempre!

LA GRAN FAMILIA[58]

[...] Sin duda es cierto que en muchos aspectos el hombre ha progresado: sus sensaciones se han vuelto más exquisitas, yo creo, sus pensamientos más agudos y profundos, y la amplitud de su humanidad, que abarca un mundo más vasto, se ha incrementado prodigiosamente. Pero no se puede hacer ningún progreso sin una regresión parcial. El ser humano crece, pero, al crecer, se mueve y al avanzar, va perdiendo parte del terreno que antes ocupaba. Lo ideal sería que el hombre civilizado hubiera conservado la fuerza del salvaje, que tuviera su destreza, que aún poseyera el fino equilibrio de los miembros, la salud natural, la tranquilidad moral, la sencillez de la vida, la intimidad con los animales del campo, la armonía con la tierra y todo lo que la puebla. Pero lo que antes era la regla es ahora la excepción. [...]

Y aunque tal o cual hombre, aislado por la fuerza de su voluntad y por la dignidad de su conducta, consiga igualar a sus antepasados en sus cualidades innatas, y superarlos en cualidades adquiridas, se puede decir con tristeza que, en su conjunto, la humanidad ciertamente ha perdido algunos de sus primeros logros. Así, el mundo animal, del que derivamos nuestros orígenes y que fue nuestro educador en el arte de la existencia, que nos enseña la caza y la pesca, el arte de curarnos y de construirnos hogares, la práctica del trabajo en común, la del aprovisionamiento, se ha vuelto más extraño para nosotros. Con respecto a los animales, hablamos hoy de educación o domesticación en el sentido de esclavización, cuando los primitivos pensaban fraternalmente en asociación. En estos seres vivos veían compañeros, no sirvientes, y, de hecho, las bestias —perros, pájaros, serpientes— acudían a su encuentro en momentos

58 "La grande famille", *Le Magazine International*, enero de 1897, pp. 8-12 [traducción de José Carlos Lechado]. En su concepción del comunismo, Élisée Reclus utiliza su método dialéctico para fundamentar la moral humana sobre el sentimiento de amor no solo hacia los hombres, sino hacia la naturaleza y los animales.

de angustia común, especialmente en caso de tormenta o inundación. [...]

Tal como la practicamos hoy, la domesticación también testimonia en muchos aspectos una verdadera regresión moral, pues, lejos de mejorar a los animales, los hemos afeado, corrompido. Es cierto que hemos podido, mediante la elección de ejemplares, aumentar en el animal tal o cual cualidad de fuerza, de habilidad, de destreza, de velocidad en la carrera, pero en nuestro papel de carnívoros hemos tenido como preocupación principal la de aumentar las masas de carne y grasa a cuatro patas a fin de asegurarnos reservas de carne ambulante moviéndose con dificultad del estercolero al matadero. ¿Podemos decir que el cerdo es mejor que el jabalí o que la temerosa oveja es mejor que el intrépido muflón? El gran arte de los criadores consiste en castrar a los animales u obtener híbridos que no puedan reproducirse. Adiestran a los caballos a base de "bocado, fusta y espuela", y luego se quejan de que no encuentran en ellos ninguna iniciativa intelectual. Incluso cuando domestican animales en las mejores condiciones, disminuyen su fuerza de resistencia a las enfermedades y su capacidad de acomodación a nuevos medios, convirtiéndolos en seres artificiales, incapaces de vivir espontáneamente en la naturaleza libre.

La corrupción de las especies es de por sí un gran mal; pero la ciencia de los civilizados también se aplica al exterminio. ¡Sabemos cuántas aves han aniquilado los cazadores europeos en Nueva Zelanda y Australia, en Madagascar y en los archipiélagos polares, cuántas morsas y otros cetáceos han desaparecido ya! La ballena ha huido de nuestros mares templados y pronto no se encontrará siquiera entre los campos de hielo del océano Ártico. Todos los grandes animales terrestres también se hallan amenazados. Conocemos el destino de los uros y los bisontes, prevemos el del rinoceronte, el hipopótamo y el elefante. [...]

Nosotros, pobres e ignorantes "civilizados", encerrados en nuestras casas, apartados de la naturaleza, que nos asusta

porque el sol calienta demasiado o porque el viento es demasiado frío, hemos olvidado por completo incluso el significado de las fiestas que celebramos, la Navidad, la Semana Santa, las Rogaciones y Todos los Santos, las cuales fueron fiestas de la naturaleza sin que lo supiera la propia cristiandad. ¿Conocemos acaso el significado de las tradiciones que sitúan al primer hombre en un hermoso jardín donde pasea libremente con todos los animales, y que hacen nacer al "hijo del Hombre" en un lecho de hierba de los campos entre el asno y el buey, los dos socios del labrador?

Y, sin embargo, aunque el espacio que separa a la humanidad de sus hermanos animales se ha ensanchado y nuestra acción directa sobre las especies que permanecen en libertad en la naturaleza ha disminuido, parece obvio que al menos se ha logrado algún progreso, gracias a la asociación más íntima entablada con aquellos animales domésticos que no están destinados a nuestra alimentación. Ciertamente, los perros también se han corrompido parcialmente: en su mayoría, acostumbrados a los golpes como los soldados, se han convertido en seres abominables que tiemblan ante la fusta y se arrastran bajo la palabra amenazadora del amo; otros, adiestrados en la agresividad, se convierten en esos bulldogs que muerden a los pobres en la pantorrilla o que saltan a la garganta de los esclavos; aún otros, "los galgos con chaqueta", contraen todos los vicios de sus amos, gula, vanidad, lujuria e insolencia; los de China, que se crían para ser comidos, son de una estupidez sin igual.

Sin embargo, el perro verdaderamente amado, educado en la bondad, la dulzura y la nobleza de sentimientos, ¿no realiza a menudo el ideal humano, o incluso sobrehumano, de entrega y grandeza moral? Y los gatos, que han sabido salvaguardar mejor que los perros su independencia personal y la originalidad de su carácter, y que son "más bien aliados que domesticados", ¿no han alcanzado también progresos intelectuales y morales maravillosos desde los tiempos del salvajismo primitivo en los bosques? No hay un sentimiento humano que ocasionalmente

no comprendan o compartan, una idea que no adivinen ni un deseo que no anticipen. El poeta los ve como magos, y es que, en efecto, a veces parecen más inteligentes que sus amigos los hombres en la previsión del futuro.

Y esa "familia feliz" que muestran los malabaristas en las ferias, ¿no nos prueba que las ratas, los ratones, los conejillos de indias y tantos otros animalillos solo piden unirse al hombre en el gran acuerdo de la felicidad y la bondad? Cualquier calabozo se transforma, si los guardias no intervienen para imponer el orden, en una escuela para animales inferiores, ratas y ratones, moscas y pulgas. Conocemos la historia de la araña de Pélisson: el preso había recobrado el gusto por la existencia gracias la amiga a la que estaba adiestrando, pero llegó un defensor del orden y, con su bota vengativa de la moral oficial, ¡aplastó al animal que consolaba al desdichado!

Estos hechos nos demuestran los inmensos recursos que posee el hombre para recuperar su influencia sobre todo ese mundo animado que ha abandonado a merced del destino en vez de asociarlo a su propia vida. Cuando nuestra civilización, ferozmente individualista, que divide el mundo en tantos pequeños estados enemigos como propiedades privadas y hogares familiares existen, haya sufrido su último fracaso y sea necesario recurrir a la ayuda mutua para la salvación común, cuando la búsqueda de la amistad reemplace a la del bienestar, que tarde o temprano estará suficientemente asegurado, cuando los naturalistas entusiastas nos hayan revelado todo lo que hay de encantador, amable, humano y muchas veces más que humano en la naturaleza de los animales, pensaremos en todas esas especies rezagadas en el camino del progreso y procuraremos hacer de ellas verdaderas compañeras en lugar de sirvientes o máquinas. El estudio de los primitivos ha contribuido singularmente a nuestra comprensión del hombre civilizado de nuestros días; el estudio de los animales nos hará penetrar más en la ciencia de la vida, ampliará nuestro conocimiento de las cosas y nuestro amor. ¡Ojalá no tardemos en ver cómo el ciervo del bosque se nos acerca para que le acariciemos mirándonos con sus ojos

negros, y cómo el pájaro se posa triunfalmente sobre el hombro de la amada, sabiendo que él también es hermoso, y pidiendo su parte del beso!

CONTRA LA TAUROMAQUIA[59]

[...] Lo que más falta en el pueblo español es ese caudal de conocimientos primarios que se adquieren en las escuelas. Estas contribuyen poco aún a la cultura general, por escasez de recursos y por el abandono y pobreza de los maestros. A ellas solo acude una décima parte de la población. Además, el número de niñas en las escuelas es muy inferior al de niños.

Hay que desear, para bien de este país, que la dulzura de las costumbres y de las diversiones acompañe el progreso de las inteligencias. El juego de pelota, tan apreciado por los vascos, no es el único que apasiona a la muchedumbre. Es un verdadero escándalo que "el noble arte de la tauromaquia" tenga aún tantos adeptos, y que se llame "fiesta nacional" por excelencia a una degollación de reses por hombres cubiertos de colorines y dorados, que realizan, al son de músicas y aplausos, las mismas repugnantes tareas de los mozos de los mataderos.

Es mentira que esa fiesta eduque virilmente al pueblo, el cual a la hora de su digestión contempla sobre la arena sangre, piltrafas y excrementos. Estos espectáculos repugnantes, que fueron también los de la Roma degradada, servil y envilecida, contribuyen a hacer a los pueblos sanguinarios cobardes y amigos del peligro ajeno. Las "corridas", a pesar de lo que llaman estúpidamente "su color local", así como las peleas de gallos, a que tan aficionadas se muestran las gentes de Andalucía, son espectáculos de gente cobarde que se deleita con el dolor ajeno, y la valerosa España, siempre tan hidalga, que ve en el buen caballero de La Mancha, paladín de los débiles, su

59. Fragmento de la *Novísima geografía universal*, Valencia, Prometeo, 1906, pp. 386-387 [traducción de Vicente Blasco Ibáñez].

propia personificación, debía avergonzarse de estas diversiones indignas. En algunas ciudades, la plaza de todos la explota el hospital, creado para consuelo de la humanidad doliente, y sus mismas camillas sirven para trasladar hombres heridos o muertos en provecho de un establecimiento benéfico.

Ya es tiempo de que desaparezcan esos juegos bárbaros, en los que mueren animales, como desaparecieron los "autos de fe", en los que morían quemadas las personas, espectáculo que también era "fiesta nacional", tan nacional y tan *colorista* como las modernas corridas, y al que acudían las gentes con un alborozo de *aficionados* entusiastas. La afición a los toros pareció decaer hace algunos años; pero, según parece, renace con gran fuerza, a impulsos, no de un verdadero entusiasmo, sino del reclamo de la explotación industrial. Las plazas se multiplican; no existe ciudad ni villa de relativa importancia que no tenga su circo. Mucha gente se aburre en la corrida; las mujeres gritan y lloran; los que se tienen por ilustrados muestran repugnancia ante esta barbarie; pero todos van por costumbre, por ostentación, por rutina, arrastrados por esa carencia de voluntad que convierte muchas veces a los hombres en rebaño. [...]

VEGETARIANISMO[60]

Expertos altamente cualificados en higiene y biología han realizado investigaciones exhaustivas sobre cuestiones relacionadas con los alimentos comunes, por lo que tendré cuidado de no demostrar mi incompetencia ofreciendo mi propia opinión sobre la dieta animal y vegetal. Cada cual a su oficio. Dado que no soy ni químico ni médico, no haré referencias al nitrógeno

60. En estos extractos de "On Vegetarianism", publicado originalmente en inglés en *The Human Review* el 1 de enero de 1901, pp. 316-324, se resumen los fundamentos éticos y estéticos del vegetarianismo libertario. La versión francesa fue publicada en marzo del mismo año en *La Reforme Alimentaire*, pp. 37-45, con el título de "Le Végétarianisme" [traducción de José Carlos Lechado].

o a la albúmina, ni aportaré resultados de análisis de laboratorio. Por el contrario, me limitaré a presentar mis propias impresiones personales, que probablemente coincidan con las de muchos vegetarianos. [...]

No hace falta ir a una Porcópolis[61] de Norteamérica ni a un saladero de La Plata para contemplar las espantosas masacres que son condición previa de los alimentos que comemos cotidianamente. Pero tales impresiones se desvanecen con el tiempo: dan paso a esa nefasta educación de todos los días que consiste en conducir al individuo hacia el término medio, despojándolo de todo lo que pueda convertirlo en un ser original, en una persona. Los padres, los educadores oficiales y voluntarios, los médicos, sin olvidar a ese personal tan poderoso que se conoce como "todo el mundo", trabajan de consuno para endurecer el carácter del niño en relación con esa "carne ambulante" que, sin embargo, ama como nosotros, siente como nosotros, y también podría progresar bajo nuestra influencia, si es que no va a retroceder junto con nosotros.

Pues esta es precisamente una de las consecuencias más deplorables de nuestras costumbres carnívoras, el hecho de que las especies animales sacrificadas al apetito del hombre hayan sido sistemática y metódicamente afeadas, debilitadas, deformadas y degradadas en inteligencia y valor moral. El mismo nombre del animal en que se ha transformado el jabalí se ha convertido en el insulto más grosero. La masa de carne que se revuelca en un charco maloliente es tan repulsiva de contemplar que evitamos con mucho cuidado establecer cualquier analogía entre el nombre del animal y los platos que se cocinan con él. ¡Qué diferencia de forma y de porte entre el muflón que salta de roca en roca en las montañas y el carnero que, despojado de toda iniciativa individual, mera carne embrutecida y presa del miedo, jamás se atreve a alejarse del rebaño e incluso se lanza a las fauces del perro que

61. Denominación con la que se conocían los grandes centros frigoríficos estadounidenses [N. del T.].

lo persigue! El mismo tipo de degeneración se aprecia en la vaca que vemos ahora moverse penosamente por los prados, transformada por sus criadores en una enorme masa ambulante con formas geométricas, como si estuvieran diseñadas de antemano para el cuchillo del carnicero. ¡Y es a la producción de tales monstruosidades a lo que llamamos "cría"! ¡Así es como los hombres cumplen su misión de educadores con respecto a sus hermanos los animales! [...]

El régimen alimenticio se corresponde bien con las costumbres de los individuos. La sangre llama a la sangre. A este respecto cada cual puede consultar sus recuerdos sobre las personas que ha conocido, y ninguna duda podrá subsistir en su espíritu acerca del contraste que, de manera general, presenta el vegetariano en cuanto a la amenidad de sus costumbres, la suavidad de su carácter y el igualitarismo en su vida frente a los grandes devoradores de carne y los ávidos bebedores de sangre. [...]

Sea como fuere, lo que estamos diciendo es simplemente que para la gran mayoría de los vegetarianos la pregunta no es si sus bíceps y tríceps son más fuertes que los de los carnívoros, ni siquiera si su organismo presenta una mayor fuerza de resistencia ante los golpes de la vida y los azares de la muerte, lo que, por otra parte, es muy importante: para ellos se trata de reconocer la solidaridad de afecto y bondad que vincula al hombre con el animal; se trata de extender a nuestros hermanos llamados inferiores el sentimiento que ya en la especie humana ha puesto fin al canibalismo. [...]

Pero de ninguna manera pretendemos nosotros fundar una nueva religión y aferrarnos a ella con un dogmatismo sectario: se trata de hacer nuestra existencia lo más bella posible y de amoldarnos lo más que podamos a las condiciones estéticas del medio. [...]

La fealdad es también la razón por la que aborrecemos la vivisección y todos los experimentos peligrosos, excepto cuando son practicados heroicamente por el sabio en su propia persona. Es también por la fealdad por lo que nos inspira asco el trabajo del naturalista cuando se dedica a clavar mariposas vivas en una caja, o cuando destroza todo un hormiguero

para contar las hormigas. Damos la espalda con repugnancia al ingeniero que afea la naturaleza aprisionando una cascada en sus cañerías de hierro fundido, así como al leñador californiano que tala un árbol de cuatro mil años y cien metros de altura para mostrar los cortes de su tronco en ferias y exposiciones. La fealdad en las personas, en los actos, en la vida, en la naturaleza ambiente es el enemigo por excelencia. ¡Hagámonos hermosos nosotros mismos y hagamos que nuestras vidas sean bellas! [...]

¿Cuáles son, pues, los alimentos que parecen corresponder mejor a nuestro ideal de belleza, tanto por su naturaleza como por la preparación de la que serán objeto? Estos alimentos son precisamente los que siempre han sido más apreciados por los hombres de vida sencilla y que mejor pueden prescindir de los falsos artificios de la cocina. Son los huevos, los granos y los frutos, es decir, los productos de la vida animal y de la vida vegetal que representan a la vez la detención temporal de la vitalidad de los organismos y la concentración de los elementos necesarios para la formación de nuevas vidas. Los huevos del animal, las semillas de la planta, los frutos del árbol son el final de un organismo que ya no es y el comienzo de un organismo que aún no es. El hombre las recoge para su alimento sin matar al ser que se las da, ya que se forman en el punto de contacto entre dos generaciones. Además, ¿no nos dicen los científicos que se ocupan de la química orgánica que el huevo, del animal o de la planta, es el reservorio por excelencia de todos los elementos vitales? *Omne vivum ex ovo*.

LA LENGUA UNIVERSAL[62]

[...] La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios

62. *El hombre y la Tierra*, tomo VI, pp. 472-476. [Traducción de Anselmo Lorenzo y revisión de Odón de Buen].

demasiado recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondientes que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueren la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público, deseando alimento más sustancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban a su infancia. Evidentemente, la invasión de este mar de conocimientos comunes a todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo a individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá a todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, a hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suele prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez más los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes a la colección de las expresiones corrientes usadas en los salones cosmopolitas. [...]

Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas a la disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender este contra la invasión de las palabras extranjeras —no por odio, sino por respeto— y contra los giros que no corresponden a su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sánscrito, el griego o el latín, es de toda evidencia, a pesar de los piadosos depositarios de los bellos idiomas de otros tiempos, porque esos antiguos lenguajes pertenecen a una civilización que la de nuestros días ha rebasado hace ya mucho tiempo: los nuevos pensadores necesitan un instrumento nuevo. Ninguna lengua moderna sirve tampoco para vehículo universal de la inteligencia humana. Aunque el francés y el inglés hayan podido ambicionar esta situación preponderante, las rivalidades nacionales no permiten que semejante conciliación se haga pacíficamente entre los hombres, y además no hay una de las lenguas actualmente habladas que no sea muy difícil de conocer bien, en el conjunto de su vocabulario, en la variedad de sus giros y matices, en las dificultades de su sintaxis o en los escollos de su pronunciación. [...]

Tales son las razones que han inducido a los investigadores a confeccionar lenguajes artificiales libres de excepciones en el manejo de las reglas. En este sentido se han hecho numerosas tentativas y algunas han alcanzado bastante importancia para dar vida a una verdadera literatura. Entre todas esas creaciones, la que su autor, Zamenhof, ha calificado de *esperanto*, término cuyo sentido es fácil de adivinar, parece reunir muchas ventajas como lengua artificial. Las radicales del vocabulario no han sido escogidas por capricho

individual, sino que se han impuesto naturalmente como pertenecientes por el uso a las principales lenguas de Europa y de América, sea por el fondo latino, el más importante de todos, sea por los lenguajes germánicos. En posesión de ese tesoro primitivo de las palabras, todo lo aproximado posible al conjunto de las lenguas europeas correspondientes a las naciones más civilizadas, el estudiante del nuevo idioma las modifica y combina por las formas fáciles de aprender para darles los matices necesarios, y se guía por reglas firmes para indicar los géneros, los números, los tiempos y los modos. Esas cuantas decenas de reglas, que pueden dominarse en un día, bastan para que el esperantista, manipulando su diccionario, escriba y comprenda la lengua universal; puede ponerse en relación con todos los corresponsales que se han procurado la misma clave de relación común. [...] Los progresos del esperanto son rápidos y el idioma quizá penetra más en las masas populares que entre las clases superiores, llamadas inteligentes, debido, de una parte, a que el sentimiento de fraternidad internacional tiene su parte en el deseo de emplear una lengua común, sentimiento que se manifiesta principalmente entre los trabajadores socialistas, hostiles a toda idea de guerra, y de otra, a que el esperanto, más fácil de aprender que cualquiera otra lengua, se ofrece ante todo a los trabajadores que tienen poco tiempo para sus estudios. [...]

El inventor del esperanto y los que, en todos los países del mundo, le han prestado enérgico apoyo no profesan la ambición de reemplazar las lenguas actuales, con su largo y bello pasado de literatura y de filosofía, sino que proponen su aparato de relación común entre las naciones como un simple auxiliar de los idiomas nacionales. Sin embargo, quién sabe si nuestras lenguas cultas, tan nobles en boca de los genios que las han interpretado mejor y han hecho de ellas maravillosos ejercicios de fuerza, de flexibilidad y de encanto, por efecto de la ley del menor esfuerzo, tenderán de parte de aquellos a quienes la escuela haya hecho dueños de dos lenguas,

una aprendida de la madre y otra adquirida en el diccionario, a entregarse al uso del idioma más fácil, más regular y más lógico. Como quiera que sea, una revolución tan capital como lo sería la adopción de una lengua universal, no podría realizarse sin producir en la vida de las naciones las más importantes consecuencias en favor de la paz y de un acuerdo consciente. [...]

LA ANARQUÍA[63]

La anarquía no es en absoluto una teoría nueva. La misma palabra, tomada en su acepción de "ausencia de gobierno", "sociedad sin jefes", es de origen antiguo y fue empleada mucho antes de Proudhon.

Por otra parte, ¿qué importan las palabras? Hubo "ácratas" antes de los anarquistas, y ya se habían sucedido innumerables generaciones de ácratas antes de que imaginaran ese nombre de erudita formación. En todos los tiempos ha habido hombres libres, despreciadores de la ley, gentes que vivían sin amos conforme al derecho primordial de su existencia y de su pensamiento. Incluso en los primeros tiempos encontramos por todas partes tribus compuestas por hombres que se administraban a su conveniencia, sin leyes impuestas, sin otra regla de conducta que su "voluntad y franco arbitrio", como diría Rabelais, e impulsados incluso por el deseo de fundar la "fe profunda", como los "caballeros tan

63. "L'Anarchie", conferencia pronunciada el 18 de junio de 1894 en la logia masónica Les Amis Philanthropes de Bruselas, con la intención de dar a conocer los elementos principales del anarquismo. El texto fue publicado por la revista *Les Temps Nouveaux*, París, 1896 [traducción de José Carlos Lechado].

valientes" y las "damas tan lindas" que se reunían en la abadía de Thelema[64].

Sin embargo, aunque la anarquía es tan antigua como la humanidad, quienes la representan aportan algo nuevo al mundo. Poseen la conciencia precisa del fin perseguido y, de un extremo al otro de la Tierra, concuerdan en su ideal para rechazar toda forma de gobierno. El sueño de la libertad mundial ha dejado de ser una pura utopía filosófica y literaria, como lo era para los fundadores de las nuevas ciudades del Sol o de Jerusalén; se ha convertido en el objetivo práctico, activamente buscado por multitudes de hombres unidos que colaboran decididamente en el nacimiento de una sociedad en la que ya no habrá amos, ni conservadores oficiales de la moral pública, ni carceleros, ni verdugos, ni ricos ni pobres, sino hermanos que tendrán su porción cotidiana de pan, iguales en derechos, manteniéndose en paz y en unión cordial, no por obediencia a las leyes, siempre acompañadas de temibles amenazas, sino por el respeto mutuo de sus intereses y la observación científica de las leyes naturales.

Para muchos de ustedes este ideal probablemente parecerá una quimera, pero también estoy seguro de que la mayoría lo encontrará deseable y de que ustedes perciben en la lejanía la imagen etérea de una sociedad pacífica en la que los hombres, por fin reconciliados, dejarán que se oxiden sus espadas, fundirán sus cañones y desarmarán sus navíos. Por otra parte, ¿no son acaso ustedes los que desde hace mucho tiempo, desde hace miles de años trabajan en la construcción del templo de la Igualdad, según ustedes mismos lo declaran? Ustedes son "masones"[65], cuyo único objetivo es el de construir un edificio de proporciones perfectas en el que no entren más que hombres libres, iguales y hermanos, trabajando sin cesar en su propio perfeccionamiento y renaciendo mediante la fuerza del amor a

64. Referencia a una utopía antiautoritaria descrita por François Rabelais en *Gargantua y Pantagruel* [N. del E.].

65. Reclus hace un juego de palabras con el término *maçon*, que en francés significa "albañil" y también "adepto a la masonería" [N. del T.].

una vida nueva de justicia y de bondad. Se trata de esto, ¿no es verdad?, ¡y ustedes no están solos! No pretenden en absoluto poseer el monopolio de un espíritu de progreso y renovación. Ni siquiera cometen la injusticia de olvidar a sus particulares adversarios, los que los maldicen y excomulgan, esos católicos fervorosos que condenan al infierno a los enemigos de la Santa Iglesia, pero que también profetizan el advenimiento de una edad de paz definitiva. Francisco de Asís, Catalina de Siena, Teresa de Ávila y tantos otros entre los devotos de una fe que no es la de ustedes amaron ciertamente a la humanidad con el amor más sincero, y nosotros debemos sumarlos al conjunto de todos aquellos que han vivido persiguiendo un ideal de felicidad universal. Y ahora millones y millones de socialistas, independientemente de la escuela a la que pertenezcan, luchan también por un porvenir en el que se quebrará el poder del capital y en el que los hombres podrán por fin decirse "iguales" sin ironía.

El objetivo de los anarquistas es, pues, común al de muchos hombres generosos pertenecientes a las religiones, a las sectas y a los partidos más diversos, pero se distinguen claramente por sus medios, tal como su nombre lo indica sin dar lugar a dudas. La conquista del poder fue siempre la gran preocupación de los revolucionarios, incluso de los mejor intencionados. La educación recibida no les permitía imaginar una sociedad libre que funcionase sin un gobierno regular, y en cuanto derribaban a sus odiados amos se apresuraban a reemplazarlos por otros, destinados, según la fórmula consagrada, a "procurar la felicidad a sus pueblos". [...]

Contra tal instinto, la anarquía representa verdaderamente un espíritu nuevo. De ningún modo se puede reprochar a los libertarios que traten de desembarazarse de un gobierno para sustituirlo por el suyo. "¡Quítate tú, que me pongo yo!" es una consigna que les horrorizaría pronunciar, y condenarían de antemano a la vergüenza y al desprecio, o, cuando menos, a la piedad, a aquel de entre ellos que, picado por la tarántula del poder, maniobrara para conseguir algún puesto con el pretexto de procurar, él también, la "felicidad de sus conciudadanos".

Los anarquistas sostienen, apoyándose en la observación, que el Estado y todo lo que se le asocia no es una entidad pura ni tampoco una fórmula filosófica, sino un conjunto de individuos situados en un medio especial y sometidos a su influencia. Estos, elevados por encima de sus conciudadanos en dignidad, en poder y en el tratamiento, por esa misma razón se ven forzados, podemos decir, a creerse superiores a las gentes del común, y, sin embargo, las tentaciones de todo tipo que les acosan les hacen caer casi fatalmente por debajo del nivel general.

Esto es lo que repetimos sin cesar a nuestros hermanos —en ocasiones hermanos enemigos—, los socialistas de Estado: "¡Guardaos de vuestros jefes y mandatarios! Al igual que vosotros, ciertamente están animados por las más puras intenciones, desean ardientemente la supresión de la propiedad privada y del Estado tiránico, pero las relaciones, las nuevas ocasiones los modifican poco a poco; su moral cambia con sus intereses y, creyéndose siempre fieles a la causa de sus jefes, se vuelven forzosamente infieles. También ellos, detentadores del poder, deberán servirse de los instrumentos del poder: ejército, moralistas, magistrados, policías y delatores". Hace más de tres mil años el poeta hindú del *Mahabhárata*, con la experiencia de los siglos, sentenció sobre este asunto lo siguiente: "El hombre que viaja en una carroza jamás será amigo del que marcha a pie".

Así, los anarquistas tienen a este respecto los principios más firmes: según ellos, la conquista del poder no puede servir más que para prolongar su duración, junto con la de la correspondiente esclavitud. Por consiguiente, no sin razón la denominación de "anarquistas", que después de todo no tiene sino un significado negativo, sigue siendo aquella con la que somos universalmente designados. Se nos podría llamar "libertarios", como algunos de nosotros gustan de definirse, o bien "armonistas", debido al libre acuerdo de las voluntades que, en nuestra opinión, constituirá la sociedad futura; pero estas denominaciones no nos diferencian demasiado de los demás socialistas. Es la lucha contra todo poder oficial lo que esencialmente nos

distingue; cada individualidad nos parece el centro del universo, y cada una de ellas tiene los mismos derechos a su desarrollo integral, sin intervención de un poder que la dirija, la reprenda o la castigue.

Ustedes conocen nuestro ideal. Ahora, la primera cuestión que se plantea es esta: "¿Es este ideal verdaderamente noble y merece el sacrificio de los hombres que en él se comprometen, así como los terribles riesgos que todas las revoluciones conllevan? ¿Es pura la moral anarquista? Y en la sociedad anarquista, si se constituyera, ¿será mejor el hombre que en una sociedad basada en el miedo al poder o a las leyes?". Respondo con toda seguridad, y espero que pronto ustedes lo harán conmigo: "Sí, la moral anarquista es la que corresponde mejor a la concepción moderna de la justicia y la bondad".

El fundamento de la antigua moral, como ustedes saben, no era otro que el miedo, el "temblor", como dice la Biblia y se lo enseñaron a ustedes con numerosos preceptos en sus años mozos. "El temor de Dios es el principio de la sabiduría", este fue antaño el punto de partida de toda educación: la sociedad en su conjunto se fundamentaba en el terror. Los hombres no eran ciudadanos, sino súbditos o borregos; las esposas eran sirvientas; los niños, esclavos, sobre los cuales los padres mantenían una reminiscencia del antiguo derecho a la vida y la muerte. Por doquier se mostraban en todos los ámbitos sociales las relaciones de superioridad y de subordinación; en fin, aún en nuestros días el principio mismo del Estado y de todos los estados parciales que lo constituyen es la jerarquía, o la arquía "santa", la autoridad "sagrada" (este es el verdadero sentido de la palabra). Y esta dominación sacrosanta conlleva toda una sucesión de clases superpuestas, de las cuales las más altas tienen el derecho a mandar y las inferiores el deber de obedecer. La moral oficial consiste en inclinarse ante el superior y erguirse orgullosamente ante el subordinado. Cada hombre debe poseer dos rostros, como Jano, dos sonrisas: una aduladora, solícita, a veces servil; la otra, soberbia y de una noble condescendencia. El principio de autoridad (así es como se llama) exige

que el superior jamás dé la impresión de equivocarse y que, en cualquier intercambio verbal, tenga siempre la última palabra. Pero sobre todo es preciso que sus órdenes sean obedecidas. Esto lo simplifica todo: ya no hay necesidad de razonamientos, de explicaciones, de dudas, de debates, de escrúpulos. Las cosas marchan entonces por sí solas, mal o bien. Y cuando no hay un amo que mande, ¿acaso no tenemos fórmulas establecidas, órdenes, decretos o leyes, promulgados también por amos absolutos o por legisladores en distintos niveles? Tales fórmulas sustituyen las órdenes inmediatas y son obedecidas sin que haya que indagar sobre su conformidad o no con la voz interior de la conciencia.

Entre iguales la tarea resulta más difícil, pero también es más elevada: hay que buscar arduamente la verdad, hallar el deber personal, aprender a conocerse a sí mismo, realizar continuamente la propia educación, conducirse respetando los derechos y los intereses de los camaradas. Solo entonces se convierte uno en un ser realmente moral, haciendo nacer el sentimiento de la propia responsabilidad. La moral no es una orden a la que uno se somete, una consigna que se repite, una cosa completamente exterior al individuo, sino que se convierte en una parte del ser, incluso en un producto de la vida. Así es como nosotros entendemos la moral, nosotros los anarquistas. ¿No tenemos acaso derecho a compararla satisfactoriamente con la que nos han legado nuestros ancestros?

¿Me darán quizá ustedes la razón? Sin embargo, incluso aquí algunos de ustedes pronunciarán la palabra "quimera". Ya estoy contento de que al menos la vean como una noble quimera, pero yo voy aún más lejos y afirmo que nuestro ideal, nuestra concepción de la moral se encuentra absolutamente en la lógica de la historia, conducida naturalmente por la evolución de la humanidad.

Acosados antaño por el terror a lo desconocido y por el sentimiento de su impotencia en la búsqueda de las causas, los hombres crearon por la intensidad de su deseo una o varias divinidades serviciales que representaban a la vez su ideal informe

y el punto de apoyo de todo aquel mundo misterioso, visible e invisible, de las cosas que les rodeaban. Estos fantasmas de la imaginación, investidos de un poder total, se convirtieron también a ojos de los hombres en el principio de toda justicia y de toda autoridad; amos del cielo, tuvieron naturalmente sus intérpretes en la Tierra, magos, consejeros, jefes militares, ante los cuales se les enseñaba a postrarse como ante los representantes de las alturas. Era lógico, pero el hombre dura más que sus obras, y aquellos dioses no han cesado de cambiar como sombras proyectadas sobre el infinito. Visibles en un principio, animados por pasiones humanas, violentos y temibles, fueron retrocediendo poco a poco hacia una inmensa lejanía; acabaron transformándose en abstracciones, en ideas sublimes a las que ni siquiera se les daba nombre, y después llegaron a confundirse con las leyes naturales del mundo; regresaron a este universo, que supuestamente ellos habían sacado de la nada, y ahora el hombre se encuentra solo sobre la Tierra, por encima de la cual había erigido la imagen colosal de Dios. [...]

El trabajo de crítica rebelde a la que se ve sometido el Estado se ejerce igualmente contra todas las instituciones sociales. El pueblo ya no cree, ya no cree en absoluto en el origen santo de la propiedad privada, producida, según nos decían los economistas —algo que ahora ya no osan repetir—, por el trabajo personal de los propietarios; el pueblo no ignora de ninguna manera que la labor individual jamás crea millones y más millones, ni que este enriquecimiento monstruoso es siempre consecuencia de un falso estado social que atribuye a uno el producto del trabajo de miles de otros; respetará siempre el pan que el trabajador se ha ganado con esfuerzo, la cabaña que ha construido con sus manos, el jardín que ha plantado, pero ciertamente perderá el respeto a los millares de propiedades ficticias representadas por toda suerte de papelería que se conserva en las cajas de los bancos. No me cabe duda de que ha de llegar el día en el que el pueblo recuperará tranquilamente la posesión de todos los productos de la labor común, minas y granjas, fábricas y bodegas, ferrocarriles, navíos y mercancías. Cuando la multitud, esa

multitud "vil" por su ignorancia y por la cobardía que es su fatal consecuencia, haya dejado de merecer el calificativo con que se la insulta, cuando sepa con total certeza que el acaparamiento de esa inmensa posesión se basa únicamente en una ficción caligráfica, en la fe en un puñado de papeluchos, entonces el actual estado social se encontrará ciertamente amenazado. [...]

Sin embargo, una duda podría subsistir en los espíritus si la anarquía no hubiese sido jamás otra cosa que un ideal, un ejercicio intelectual, un elemento dialéctico, si nunca hubiese tenido una realización concreta, si nunca hubiera surgido un organismo espontáneo poniendo en acción las fuerzas libres de camaradas que trabajan en común, sin amo que les mande. Ahora bien, esta duda puede despejarse fácilmente. Sí, han existido organismos libertarios en todas las épocas; sí, organismos nuevos se forman sin cesar, y cada año son más numerosos, siguiendo los progresos de la iniciativa individual. Podría citar en primer lugar diversas tribus, llamadas salvajes, que incluso en nuestros días viven en perfecta armonía social sin tener necesidad ni de jefes, ni de leyes, ni de recintos cerrados, ni de fuerza pública; pero no voy a insistir en tales ejemplos, que sin embargo tienen su importancia. [...]

Al margen de este gran movimiento que transforma gradualmente a la sociedad entera en el sentido del pensamiento libre, de la moral libre, de la acción libre, es decir, de la anarquía en su esencia, existe también una labor de experiencias directas que se manifiesta mediante la fundación de colonias libertarias y comunistas: se trata de pequeñas tentativas que pueden compararse con los experimentos de laboratorio que llevan a cabo químicos e ingenieros. Todos estos ensayos de comunas modélicas presentan el defecto capital de realizarse al margen de las condiciones ordinarias de la vida, es decir, lejos de las ciudades donde se juntan los hombres, donde surgen las ideas, donde se renuevan las inteligencias. Y, sin embargo, podemos citar muchas de tales empresas que han tenido un éxito pleno, entre otras, la de la "Joven Icaria", transformación de la colonia de Cabet, fundada hace casi medio siglo conforme a los

principios del comunismo autoritario; migración tras migración; el grupo de los comuneros, ahora puramente anarquista, vive una existencia modesta en la campiña de Iowa, cerca del río Des Moines.

Pero allí donde la práctica anarquista triunfa es en el curso ordinario de la vida, entre las gentes del pueblo, que ciertamente no podrían mantener la terrible lucha por la existencia si no se ayudasen espontáneamente entre sí, ignorando las diferencias y la rivalidad de intereses. Cuando uno de ellos cae enfermo, otros pobres se ocupan de sus hijos: lo alimentan, comparten la magra pitanza semanal, intentan realizar sus labores trabajando el doble si es preciso. Entre los vecinos se establece una suerte de comunismo mediante el préstamo y el empleo compartido de los utensilios domésticos y las provisiones. La miseria une a los desgraciados en una liga fraternal: juntos pasan hambre y juntos se sacian. La moral y la práctica anarquistas son la regla incluso en las reuniones burguesas, donde, a primera vista, parecerían completamente ausentes. [...]

Me permitiré aquí narrarles un recuerdo personal. Bogábamos en uno de esos hermosos navíos modernos que cortan con soberbia las olas a una velocidad de 15 o 20 nudos por hora y que, contra viento y marea, trazan una línea recta entre continente y continente. El viento estaba en calma, la tarde era apacible y las estrellas iban iluminándose una tras otra en el cielo negro. Conversábamos sobre el castillo de popa, ¿y de qué se podía hablar si no es de esta eterna cuestión social que nos atenaza, que nos oprime la garganta como la esfinge de Edipo? El reaccionario del grupo se hallaba vivamente arrinconado por sus interlocutores, todos más o menos socialistas. De pronto, se volvió hacia el capitán, el jefe, el amo, esperando encontrar en él a un defensor nato de los buenos principios: "Usted manda aquí. ¿Acaso su poder no es sagrado? ¿Qué sería de este navío si no estuviese dirigido por su voluntad constante?". "Qué hombre tan ingenuo es usted —respondió el capitán—. Entre nosotros, puedo decirle que de ordinario yo no sirvo absolutamente para nada. El timonel mantiene el navío en línea recta; dentro

de unos minutos otro piloto lo reemplazará, después otros más, y seguiremos regularmente, sin mi intervención, la ruta habitual. Abajo, los fogoneros y los mecánicos trabajan sin mi ayuda, sin mi consejo, y mejor que si yo me entrometiera para darles consejos. Y todos estos gavieros, todos estos marineros, saben también qué tarea han de desempeñar y, llegado el caso, lo único que tengo que hacer es que mi pequeña porción de trabajo concuerde con la suya, más penosa y peor retribuida que la mía. Se supone que soy yo sin duda el que guía el navío, pero ¿no ve usted que se trata de una simple ficción? Ahí están los mapas, y no soy yo quien los ha trazado. La brújula nos dirige, y no soy yo el que la ha inventado. Abrieron para nosotros el canal del puerto del que venimos y el del puerto en el que entraremos. Y el soberbio navío, cuyas cuadernas apenas se lamentan bajo la presión de las olas, balanceándose majestuoso en la marejada, navegando poderosamente gracias al vapor, no soy yo quien lo ha construido. ¿Qué soy yo aquí en presencia de los grandes personajes fallecidos, los inventores y los científicos, nuestros predecesores, que nos enseñaron a atravesar los mares? Todos nosotros somos sus socios, y los marineros son mis camaradas, como también ustedes, los pasajeros, pues es por ustedes por quienes cabalgamos las olas y, en caso de peligro, contamos con ustedes para que nos ayuden fraternalmente. Nuestra obra es común y somos solidarios entre nosotros". Todos callaron y yo guardé como un tesoro en mi memoria las palabras de aquel capitán tan poco corriente.

De manera que este navío, este mundo flotante en el que, por lo demás, los castigos son desconocidos, porta una república a escala a través del océano, a pesar de la papelería jerárquica. Y no es en absoluto un ejemplo aislado. [...]

Probablemente el movimiento de transformación acarreará violencias y revoluciones, pero ¿acaso el mundo que nos rodea es ya otra cosa que violencia continua y revolución permanente? Y en las alternativas de la guerra social, ¿quiénes serán los responsables? ¿Los que proclaman una era de justicia y de igualdad para todos, sin distinciones de clase ni entre

individuos, o quienes quieren mantener las separaciones y, por tanto, los odios de castas, quienes añaden leyes represivas a las leyes represivas y no saben resolver los problemas si no es mediante la infantería, la caballería y la artillería? La historia nos permite afirmar con toda certeza que la política de odio engendra siempre odio, agravando fatalmente la situación general o incluso provocando una ruina definitiva. ¡Cuántas naciones perecieron así, acabando tanto con los opresores como con los oprimidos! ¿Acabaremos también así nosotros?

Espero que no, gracias al pensamiento anarquista que se difunde cada vez más, renovando la iniciativa humana. Ustedes mismos, si no anarquistas, ¿no están al menos intensamente influidos por el anarquismo? ¿Quién entre ustedes, en su alma y su conciencia, se considerará superior a su vecino y no reconocerá en él a su hermano y su igual? La moral que tantas veces se ha proclamado aquí con palabras más o menos simbólicas ciertamente llegará a ser una realidad. Pues nosotros, los anarquistas, sabemos que esta moral de justicia perfecta, de libertad y de igualdad es la verdadera, y la vivimos de todo corazón, mientras que nuestros adversarios dudan. No están seguros de tener razón; en el fondo, están incluso convencidos de hallarse en el error y, por adelantado, nos entregan el mundo.

CONTRA LAS INSTITUCIONES[66]

[...] Aunque nuestra ciencia de la historia se encuentra aún poco avanzada, hay un hecho que domina toda la edad contemporánea y constituye la característica esencial de nuestro tiempo: la omnipotencia del dinero. No hay un palurdo perdido en una aldea remota que no conozca el nombre de alguno de los potentados de la fortuna que mandan sobre reyes y príncipes y al que conciben como un dios, dictando su voluntad al mundo

66. Extractos de *L'Évolution, la révolution et l'idéal anarchique*, reproducido en Alexandre Chollier y Federico Ferretti (eds.), *Élisée Reclus, Écrits sociaux*, *op. cit.*, pp. 56-68 [traducción de José Carlos Lechado].

entero. Y, ciertamente, el ingenuo campesino no va desencaminado. ¿Acaso no vemos cómo algunos banqueros cristianos y judíos se conceden el delicado placer de poner el dogal a las seis grandes potencias, de manipular a embajadores y reyes y de confirmar en los tribunales de Europa las notas que ellos redactan en sus despachos? Escondidos en el fondo de sus logias, hacen que se represente para ellos una inmensa comedia cuyos actores son los mismos pueblos y cuya alegre animación se realiza con bombardeos y batallas: a la fiesta se añade una gran cantidad de sangre. Ahora tienen la satisfacción de conservar sus cargos en los gabinetes ministeriales, en las cámaras secretas de los reyes, y de dirigir a su antojo la política de los estados en función de las necesidades de sus negocios. Gracias al nuevo derecho público europeo han arrendado Grecia, Turquía y Persia, han sometido a la China a sus empréstitos y se disponen a tomar en arriendo a todos los demás estados, pequeños y grandes. "No son príncipes ni se dignan a ser reyes", pero tienen en sus manos la moneda simbólica ante la cual se postra el mundo.

Otro hecho histórico evidente se impone al conocimiento de todos los que estudian. Este hecho, que causa tanto desánimo entre los hombres cuya buena voluntad prevalece sobre la razón, es que todas las instituciones humanas, todos los organismos sociales que pretenden mantenerse tal cuales, sin cambiar, deben en virtud de su inmutabilidad crear a quienes mantienen el uso y el abuso, parásitos y explotadores de todo tipo que se convierten en focos de la reacción en todas las sociedades. Aunque las instituciones sean muy antiguas y para conocer sus orígenes haya que remontarse a los tiempos más remotos o incluso a la época de las leyendas y los mitos, o aunque se reclamen nacidas de una revolución popular, no por ello se hallan menos destinadas, en proporción a la rigidez de sus estatutos, a momificar las ideas, a paralizar las voluntades, a suprimir las libertades y las iniciativas: para ello basta con que perduren en el tiempo.

Con frecuencia resulta de lo más chocante la contradicción existente entre las circunstancias revolucionarias que dieron

origen a la institución y la forma en que funciona, absolutamente contraria al ideal que habían tenido sus ingenuos fundadores. Cuando nació, se gritaba: "¡Libertad! ¡Libertad!" y el himno *Guerra a los tiranos* resonaba por las calles, pero los "tiranos" han terminado encontrando su lugar, por el hecho mismo de la rutina, la jerarquía y el espíritu de regresión que invaden paulatinamente cualquier institución. Cuanto más tiempo se mantiene, más terrible es, pues acaba pudriendo el suelo sobre el que se asienta y apestando el aire que la rodea: los errores que consagra, las perversiones de ideas y sentimientos que justifica y recomienda adquieren tal carácter de antigüedad, incluso de santidad, que pocos son los valientes que se atreven a atacarla. Cada siglo que se mantiene aumenta su autoridad, y si a pesar de todo acaba sucumbiendo, como todas las cosas, es porque se encuentra en creciente desacuerdo con el conjunto de las nuevas realidades que surgen a su alrededor.

Tomemos, por ejemplo, la primera de todas las instituciones, la realeza, que incluso precedió al culto religioso, ya que existió mucho antes que el hombre en algunas tribus animales. ¡Qué influencia ha tenido, en efecto, la ilusión de la necesidad de un amo en las mentes de los hombres! [...] Afortunadamente, los mismos reyes se encargan de destruir su antigua divinidad: ya no se mueven en un mundo desconocido para el vulgo, sino que, descendidos del empíreo, a pesar de sí mismos se muestran con sus defectos, sus caprichos, sus miserias, sus ridiculeces; son estudiados con anteojos y monóculos bajo todos sus aspectos; se les somete a fotografías, a instantáneas, a rayos catódicos, para ver hasta sus vísceras. Dejan de ser reyes para convertirse en simples hombres, entregados a la vil adulación interesada de unos, al odio, la risa y el desprecio de otros. Por tanto, hay que apresurarse a restaurar el "principio monárquico" para tratar de devolverlo a la vida. Imaginamos, pues, soberanos responsables, reyes ciudadanos personificando en su majestad lo "mejor de las repúblicas", y aunque estos enlucidos sean pobres artificios, en ciertos países duran ya sin embargo más de un siglo, ¡cómo la lenta evolución de las ideas

debe propiciar revoluciones parciales antes de que se cumpla la revolución lógica y completa! Bajo sus mil transformaciones, el Estado, aunque sea el más popular, tiene sin embargo como primer principio, como núcleo primitivo, la autoridad caprichosa de un amo y, en consecuencia, la reducción o incluso la pérdida total de la iniciativa en el súbdito, pues son necesariamente hombres los que representan ese Estado, y esos hombres, en virtud de la posesión misma del poder, y por la definición misma de la palabra "gobierno" bajo la cual se amparan, tienen menos trabas en sus pasiones que la multitud de los gobernados.

Otras instituciones, las de los cultos religiosos, también han adquirido un imperio tan poderoso sobre las almas que muchos historiadores de espíritu libre han llegado a creer en la absoluta imposibilidad de que los hombres se liberen de ellas. En efecto, la imagen de Dios, que la imaginación popular ve entronizada en las alturas celestiales, no es fácil de derribar. [...]

¿Y qué decir de la institución de la "justicia"? También sus representantes, como los sacerdotes, gustan de llamarse infalibles, y la opinión pública, aunque sea unánime, no logra conseguir de ellos la rehabilitación de un hombre inocente que haya sido injustamente condenado. [...] Al igual que el rey, antes absoluto, el magistrado ha tenido que sufrir, sin embargo, algunos ataques contra su majestad original. Ahora emite sus sentencias en nombre del pueblo, pero so pretexto de defender la moralidad está, sin embargo, investido del poder de ser él mismo un criminal, de condenar al inocente a la prisión y de absolver al malhechor poderoso; dispone de la espada de la ley, posee las llaves del calabozo; se deleita en torturar material y moralmente a los acusados mediante el secreto, la prisión preventiva, las amenazas y pérfidas promesas del acusador llamado "juez de instrucción"; levanta las guillotinas y gira el tornillo del garrote; prepara la educación del policía, del delator, del agente de la moralidad; es él quien forma, en nombre de la "defensa social", ese mundo espantoso de la represión abyecta, lo más repulsivo que hay en el fango y la basura.

Otra institución, el ejército, supuestamente se confunde con el "¡pueblo armado!" en todas las naciones donde el espíritu de libertad sopla con suficiente fuerza como para que los gobernantes se tomen la molestia de engañarlas. Sin embargo, nosotros hemos aprendido a través de la dura experiencia que, si bien se ha renovado el personal en lo que respecta a los soldados, el encuadramiento sigue siendo el mismo y el principio no ha cambiado. Los hombres no se compran directamente en Suiza o Alemania: ya no son *lansquenets*[67] y *reiter*[68], pero ¿acaso son más libres? ¿Tienen derecho las quinientas mil "bayonetas inteligentes" que componen el ejército de la República Francesa a manifestar esa inteligencia cuando el cabo, el sargento, toda la jerarquía del mando grita: "¡Silencio en las filas!"? Tal es la fórmula primaria, y este silencio debe ser al mismo tiempo el del pensamiento. ¿Qué oficial, salido de la escuela o de las filas, noble o plebeyo, podría tolerar por un momento que en todas esas molleras alineadas ante él pudiera germinar un pensamiento diferente del suyo? Es en su voluntad donde reside la fuerza colectiva de toda la masa animada que forma y desfila atendiendo a su gesto, a su dedo y a su ojo. Él manda; ellos, a obedecer. "¡Apunten, fuego!", ¡y entonces hay que disparar al tonquinés o al negro, al beduino del Atlas o al de París, a su enemigo o a su amigo! [...]

También es importante examinar cuidadosamente lo que significan en la práctica palabras aparentemente anodinas o incluso seductoras, como las expresiones "patriotismo", "orden", "paz social". Sin duda es un sentimiento natural y muy dulce el amor a la tierra natal: es un gran placer para el exiliado escuchar la querida lengua materna y volver a ver los sitios que le recuerdan su lugar de nacimiento. Y el amor del hombre no se dirige solo hacia la tierra que lo nutrió, hacia la lengua que lo acunó, sino que, siguiendo un impulso natural, se extiende también hacia los hijos de la misma tierra, con quienes

67. Nombre con el que se conocía a los mercenarios alemanes durante los siglos XV y XVI.
68. Soldado de caballería en los ejércitos del Sacro Imperio Romano Germánico y otros estados centroeuropeos en los siglos XVI y XVII [N. del T.].

comparte ideas, sentimientos y costumbres; en fin, si posee un alma elevada sentirá con fervor una pasión solidaria hacia aquellos cuyas necesidades y deseos conoce íntimamente. Si eso es el "patriotismo", ¿qué hombre de corazón no podría sentirlo? Sin embargo, casi siempre la palabra esconde un significado muy diferente al de "comunidad de afectos" (Saint-Just) o "ternura por el lugar de los padres".

Por extraño contraste, nunca se ha hablado de la patria con tan ruidosa afectación como cuando ha comenzado a desaparecer poco a poco ante la gran patria terrestre de la humanidad. No se ven más que banderas por todas partes, especialmente en las puertas de las tabernas y casas poco recomendables. Las "clases dominantes" se jactan a voces de su patriotismo mientras colocan sus fondos en el extranjero y negocian con Viena o Berlín en todo aquello que les reporte algún dinero, incluso secretos de Estado. [...]

LA CONQUISTA DEL PAN[69]

Piotr Kropotkin me ha pedido que escriba algunas palabras para encabezar su obra y yo cumplo su deseo, aunque siento un cierto embarazo al hacerlo. No pudiendo añadir nada al conjunto de argumentos que él aporta en su libro, corro el riesgo de debilitar la fuerza de sus palabras. Pero la amistad me excusa. Mientras que para los "republicanos" franceses el supremo buen gusto consiste en postrarse a los pies del zar, a mí me gusta juntarme con los hombres libres a quienes aquel mandaría azotar, encerrar en las mazmorras de una ciudadela o ahorcar en un oscuro patio. Junto a estos amigos olvido por un instante la abyección de los renegados que en su juventud enronquecían

69. Extractos del prefacio a la edición francesa de *La Conquête du pain* de Piotr Kropotkin (París, Tresse & Stock Éditeurs, 1892, pp. v-xv), donde Reclus anuncia la revolución libertaria que para ambos revolucionarios se presentaba como consecuencia inevitable de la evolución social [traducción de José Carlos Lechado].

gritando: "¡Libertad, Libertad!" y que ahora se dedican a acordar los aires de *La Marsellesa* con los del *Boje Tsara Khran*[70]. [...]

El título del libro, *La conquista del pan*, debe entenderse en el sentido más amplio, porque "no solo de pan vive el hombre". En una época en la que las personas generosas y valientes intentan transformar su ideal de justicia social en realidad viva, no es solo a conquistar el pan, aun con el vino y la sal, a lo que se limita nuestra ambición. Hay que conquistar también todo lo que es necesario o simplemente útil para hacer confortable la vida; es preciso que podamos asegurar a todos la plena satisfacción de sus necesidades y goces. Mientras no hayamos realizado esta primera "conquista", mientras "haya pobres entre nosotros", será una amarga burla llamar "sociedad" a este conjunto de seres humanos que se odian y destruyen entre sí, como animales feroces confinados en la arena del circo.

Desde el primer capítulo de su obra, el autor enumera las inmensas riquezas que ya posee la humanidad y el prodigioso equipamiento de maquinaria que ha adquirido mediante el trabajo colectivo. Los productos obtenidos cada año bastarían ampliamente para suministrar el pan a todos los hombres; si el enorme capital de ciudades, fábricas, vías de transporte y escuelas fuera propiedad común en lugar de estar contenido en propiedades privadas, la abundancia sería fácil de conquistar: las fuerzas de que disponemos no se aplicarían a trabajos inútiles o contradictorios, sino a la producción de todo lo que necesita el hombre para alimentarse, alojarse, vestirse, vivir cómodamente, estudiar las ciencias, la cultura y las artes.

Sin embargo, la recuperación de las posesiones humanas, es decir, la expropiación, solo puede realizarse mediante el comunismo anárquico: es preciso destruir el gobierno, desgarrar sus leyes, repudiar su moral, ignorar a sus agentes y ponerse a la obra siguiendo la propia iniciativa, agrupándose según las afinidades, los intereses, el ideal y la naturaleza de las tareas emprendidas. Esta cuestión de la expropiación, la más importante

70. *Dios salve al zar*, himno nacional del Imperio ruso [N del trad.].

del libro, es también una de las que el autor ha tratado con mayor detalle, sobriamente y sin violencia verbal, pero con la calma y la claridad de visión que demanda el estudio de una revolución próxima y ya inevitable. Solo después de derribar el Estado podrán los grupos de trabajadores liberados, no teniendo ya que padecer al servicio de acaparadores y parásitos, dedicarse a ocupaciones atractivas libremente elegidas y proceder científicamente al cultivo del suelo y a la producción industrial, en combinación con recreaciones consagradas al estudio o al placer. Las páginas del libro que tratan sobre las labores agrícolas presentan un interés capital, pues en ellas se narran los hechos que la práctica ya ha dominado y que son fáciles de aplicar en todas partes y a gran escala, en beneficio de todos y no solo para el enriquecimiento de unos cuantos. [...]

Hemos llegado al final de una época, de una era de la historia. Es la antigua civilización en su totalidad lo que vemos acabarse. Ya no nos sentimos obligados por el derecho de la fuerza y el capricho de la autoridad, la rígida tradición judía y la cruel jurisprudencia romana; profesamos una fe nueva, y cuando esta fe, que es al mismo tiempo ciencia, llegue a ser la de todos aquellos que buscan la verdad, tomará cuerpo en el mundo de las realizaciones, puesto que la primera de las leyes históricas es que la sociedad se modela sobre su ideal. [...]

Por muy importante que pueda ser en el desarrollo de la humanidad, la revolución inminente ciertamente no diferirá en nada de las revoluciones anteriores en cuanto al brusco salto que realizará, lo cual es algo que no hace la naturaleza. Sin embargo, se puede decir que, a través de mil fenómenos, de mil modificaciones profundas, la sociedad anárquica está ya en pleno crecimiento desde hace mucho tiempo. Está creciendo en todos los lugares en donde el pensamiento libre se desprende de la letra del dogma, donde el genio del investigador ignora las viejas fórmulas, donde la voluntad humana se manifiesta en acciones independientes, en todos los lugares en donde los hombres sinceros, rebeldes a toda disciplina impuesta, se unen por su voluntad para instruirse mutuamente y reconquistar

juntos, sin ningún amo, su parte de la vida y la satisfacción integral de sus necesidades. Todo esto es la anarquía, aun cuando permanezca ignorada, y cada vez más consigue que se la reconozca. [...]

Por tanto, la revolución que se anuncia se llevará a cabo, y nuestro amigo Kropotkin se vale de su derecho de historiador situándose ya en el día de la revolución para exponer sus ideas sobre la toma de posesión de la riqueza colectiva que es fruto del trabajo de todos y haciendo un llamamiento a los timoratos, que se dan perfecta cuenta de las injusticias reinantes pero no osan rebelarse abiertamente contra una sociedad de la que dependen por un millar de vínculos de intereses y de tradiciones. Ellos saben que la ley es inicua y mendaz, que los magistrados son los cortesanos de los fuertes y los opresores de los débiles, que la conducta regular de la vida y la probidad constante en el trabajo no son siempre recompensadas con la certeza de tener un pedazo de pan, y que la cínica impudicia del especulador y la áspera crueldad del prestamista son mejores armas que todas las virtudes para la "conquista del pan" y del bienestar; pero en lugar de regir sus pensamientos, sus deseos, sus empresas y sus acciones conforme a su sentido ilustrado de la justicia, la mayoría se evade hacia algún callejón lateral para escapar a los peligros de una actitud franca. Tal es el caso de los neorreligiosos, que, incapaces de seguir profesando la "fe absurda" de sus padres, se entregan a algún culto místico más original, sin dogmas precisos y perdiéndose en una bruma de sentimientos confusos: se volverán espiritistas, rosacrucianos, budistas o taumaturgos. Discípulos pretendidos de Sakyamuni, pero sin tomarse la molestia de estudiar la doctrina de su maestro, los señores melancólicos y las damas vaporosas fingen buscar la paz en la disolución del nirvana. [...]

Cuando ya no haya ni rico ni pobre, cuando el famélico ya no tenga que mirar con envidia al que está saciado, la amistad natural podrá renacer entre los hombres y la religión de la solidaridad, hoy asfixiada, tomará el lugar de esa religión vaga que dibuja imágenes fugaces sobre los vapores del cielo.

La revolución cumplirá más que sus promesas; ella renovará las fuentes de la vida limpiándonos del contacto impuro de todas las policías y nos liberará finalmente de la vil preocupación por el dinero que envenena nuestra existencia. Será entonces cuando cada uno podrá seguir libremente su camino: el trabajador realizará la tarea que le convenga; el investigador estudiará sin prejuicios; el artista no prostituirá más su ideal de belleza a cambio de su sustento y todos, unidos ya por lazos de amistad, podremos hacer juntos las grandes cosas imaginadas por los poetas.

Entonces seguramente se recordarán de vez en cuando los nombres de aquellos que, con su propaganda abnegada, pagada con el exilio o la prisión, habrán preparado la nueva sociedad. Es en ellos en quienes estamos pensando al editar *La conquista del pan*: cuando reciban este testimonio del pensamiento común, a través de los barrotes o en tierras extranjeras, se sentirán algo más fortalecidos. El autor sin duda aprobará que yo dedique su libro a todos aquellos que sufren por la causa, y sobre todo a un amigo muy querido cuya vida entera ha sido un largo combate por la justicia. No diré su nombre: cuando lea estas palabras de un hermano, él se reconocerá en los latidos de su corazón[71].

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER[72]

[...] Todos los movimientos de emancipación se sostienen, aunque los rebeldes se ignoran frecuentemente unos a otros y hasta conservan sus enemistades y sus rencores atávicos. De Inglaterra y Alemania a Francia y a Italia, los obreros que se detestan recíprocamente son numerosos, lo que no les impide ayudarse

71. Reclus se refiere a Pierre Martin, amigo también de Kropotkin, junto con quien había sido condenado a prisión en 1884 y que en el momento de la publicación de *La conquista del pan* se hallaba preso por haber participado en la manifestación del Primero de Mayo en Viena en 1990 [N. del T.].

72. *El hombre y la Tierra*, *op. cit.*, tomo VI, pp. 224-225. Traducción de Anselmo Lorenzo y revisión de Odón de Buen.

mutuamente en la lucha común contra el capital opresor. Así también, entre las mujeres que se han lanzado impetuosamente en el ejército de la reivindicación igualitaria entre los sexos, hubo en un principio una gran proporción que, en su calidad de patricias o de letradas, conservaban un santo horror al obrero de vestidos viejos y sucios; sin embargo, desde los primeros tiempos del "feminismo" se vieron valientes mujeres que iban heroicamente hacia las prostitutas, para solidarizarse con ellas en la protesta contra los abominables tratamientos que se les hace sufrir y contra la escandalosa parcialidad de la ley respecto de los seductores contra sus víctimas. Arriesgando insultos y contactos repugnantes, aquellas mujeres osaron descender a las casas públicas y ligarse con sus hermanas reprobadas contra la vergonzosa injusticia de la sociedad. De ese modo, las risas groseras, los bajos ultrajes con que se acogieron sus primeros pasos se han cambiado, en muchos de los que antes se burlaban, en admiración profunda. Es un valor superior al del feroz soldado que, poseído de furor bestial, se desenfrena a tiros y sablazos.

Todas las reivindicaciones de la mujer contra el hombre son evidentemente justas: reivindicación de la obrera que cobra menos jornal que el obrero por trabajo igual, reivindicación de la esposa en quien se castiga como "crímenes" lo que son "pecadillos" en el esposo, reivindicación de la ciudadana a la que se prohíbe toda acción política aparente, que obedece a leyes que no ha contribuido a hacer y paga impuestos que no ha consentido. Su derecho de recriminación es absoluto, y ninguna de las que se vengan cuando la ocasión se presenta debiera ser condenada, puesto que las primeras culpas son las del privilegiado. Pero, ordinariamente, la mujer no se venga; en sus congresos hace, al contrario, un cándido llamamiento a los legisladores y a los gobernantes, esperando su salvación de sus deliberaciones o de sus decretos. De año en año la experiencia les demostrará que la libertad no se mendiga y que es preciso conquistarla; les enseñará además que su causa se

confunde virtualmente con la de todos los oprimidos, quienes quiera que sean; en lo sucesivo habrán de ocuparse de todos aquellos a quienes se perjudica, y no solamente de las desgraciadas mujeres obligadas por la miseria a vender su cuerpo. Unidas las unas a los otros, todas las voces de los humildes y ofendidos tronarán en un formidable grito que habrá de ser oído. [...]

LA INTERNACIONAL[73]

[...] Los pueblos ya no tienen nada que ver con los límites que les han sido trazados. A las nuevas ideas les corresponde un nuevo estado social. El que nosotros estamos preparando no incluye ni reyes, ni señores, ni amos, ni soldados, ni guardias de aduanas vigilando las fronteras. Solo admite a hombres plenamente conscientes de su dignidad personal y de su igualdad en derechos. Nosotros ya no reconocemos eso a lo que llaman "patria" y que, en su acepción habitual, representa la solidaridad de los crímenes de nuestros ancestros contra otros países, así como las iniquidades de las que se hicieron culpables nuestros respectivos gobiernos. Para fundar una sociedad nueva primero hay que renegar de todo acto sangriento.

Para juzgar el valor moral de nuestros diferentes países como naciones conquistadoras basta con contemplar la obra de los estados europeos cuando discuten entre sí la repartición del mundo. Nos recuerdan a los cuervos reunidos en torno a un cadáver, cada uno llevándose su despojo. Esto es lo que en el lenguaje común se llama "el triunfo de la civilización sobre la barbarie". El pillaje y las masacres son hazañas tan valientes que no pueden dejar de enorgullecer a los conciudadanos de los ladrones y asesinos. En cuanto se tiene conocimiento de

73. Extractos de "L'Internationale", originalmente publicado en la revista inglesa *The Anarchist* y reproducido en Alexandre Chollier y Federico Ferretti (eds.), *op. cit.*, pp. 247-251. Este artículo es una de las primeras expresiones de la crítica del colonialismo europeo [traducción de José Carlos Lechado].

que millares de hombres han sido pasados por la espada, que se han incendiado sus aldeas, que los cascos de los caballos han pateado pechos humanos... un ardiente estremecimiento de entusiasmo se apodera de los corazones de todos los "bienpensantes", mientras el clero entona acciones de gracia al Dios de los Ejércitos.

Y, sin embargo, ¿no tenemos ahí la historia para enseñarnos lo que han costado las anexiones, las colonias, es decir, la toma de posesión de territorios expoliados por la fuerza de las armas? Yo no voy a hablar de Francia, escribo en un periódico inglés cuyos lectores saben poco de lo que las "conquistas y victorias" del Imperio francés han aportado a los franceses en términos de felicidad y de beneficio moral. La nación ha pagado duramente por todos sus crímenes. De la misma manera ha pagado por sus triunfos en Argelia, cuando sus brillantes oficiales, habituados a masacrar árabes y cabilas, regresaron a París para ejecutar a otros "salvajes" barriendo los suburbios con su artillería igual que habían barrido los *bordj* de los árabes. Francia pagará también por Tonkín y Formosa. El reflujo de la historia traerá consigo el castigo de los delitos cometidos.

¿Pero es acaso Francia la única nación culpable en Europa? ¿No ha cometido también Inglaterra ultrajes que la corroen como un cáncer y terminarán cayéndole encima? La anexión violenta de Irlanda, ¿no le inflige un castigo día tras día? Y el inmenso imperio colonial, tan frenéticamente celebrado por vuestros poetas, vuestros oradores, ¿no tendrá otra consecuencia que no sea la perfecta felicidad de vuestros patriotas? [...]

Como nación, habéis retrocedido a pesar del inmenso crecimiento de vuestras riquezas y de los progresos tan notables de vuestra civilización material. Es así como la pequeña Holanda de otros tiempos, tan orgullosa de haber vencido a la vez a Inglaterra y a Luis XIV, se ha convertido en una nación de tímidos burgueses desde el momento en que se alimenta como un parásito de los infelices campesinos de Java.

Por fortuna, los pueblos comienzan a despertar: mientras los gobiernos, representantes tardíos de ideas anticuadas, solo

se preocupan de extender sus conquistas para duplicar o triplicar sus rebaños de súbditos, los gobernados emprenden la lucha por recuperar su autonomía. Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia despliegan sus ejércitos por toda la Tierra, en Nubia, en Tonkín, en África, en Afganistán, a fin de incrementar sus dominios, al mismo tiempo que los nihilistas, los socialistas y los anarquistas se empeñan en desorganizar los estados. El árbol extiende sus ramas, pero el gusano corroe las raíces. La manía de conquistar que se ha apoderado de los antiguos estados hace pensar en los crustáceos que vemos en los acuarios: en el mismo momento en que están atrapando a su presa, una garra los atrapa; por un lado comen y por otro son comidos.

Pero si las viejas patrias desaparecen, una nueva, tan vasta como el mundo entero, se está reconstituyendo. Nosotros invitamos a unirse a ella a todos los hombres de buena voluntad que no quieren ser ni amos ni esclavos, que respetan a los demás como iguales y saben hacerse respetar, a todos los que se rebelan contra la injusticia y que aman apasionadamente la libertad, que no buscan a su alrededor víctimas para explotar, sino amigos a quienes cuidar: todos estos son nuestros conciudadanos, y ellos fundarán junto con nosotros la sociedad nueva. Aprendamos a amarnos los unos a los otros en todo el mundo. Hay por detrás de nosotros siglos de odio que habremos de redimir.

VOTAR ES ABDICAR[74]

Clarens, Vaud, 26 de septiembre de 1885

Compañeros,
Le pedís a un hombre de buena voluntad, que no es ni votante ni candidato, que os exponga cuáles son sus ideas sobre el ejercicio del derecho de sufragio.

74. "Voter c'est abdiquer", carta de Élisée Reclus a Jean Grave, publicada en *Le Révolté* el 11 de octubre de 1885. Reproducida en Élisée Reclus, *Correspondance*, tomo II, París, Schleicher Frères, 1911-1925, pp. 364-366 [traducción José Carlos Lechado].

El tiempo que me concedéis es muy corto, pero como tengo convicciones muy claras sobre la cuestión del voto electoral, lo que tengo que deciros se puede formular en pocas palabras.

Votar es abdicar; elegir a uno o más señores por un período corto o largo es renunciar a la propia soberanía. Tanto si se convierte en monarca absoluto, príncipe constitucional o simple mandatario investido de una pequeña porción de poder, el candidato que llevéis al trono o a la poltrona será vuestro superior. Los hombres a quienes nombráis se sitúan por encima de las leyes, ya que son ellos quienes se encargan de redactarlas y su misión es hacer que las obedezcáis.

Votar es dejarse engañar; es creer que hombres como vosotros adquirirán de pronto, al son de una campana, la virtud de saberlo y comprenderlo todo. Cuando veis que vuestros mandatarios tienen que legislar sobre todas las cosas, desde las cerillas a los buques de guerra, desde la desparasitación de los árboles al exterminio de tribus rojas o negras, os parece que su inteligencia aumenta en razón de la inmensidad de su tarea. La historia os enseña que lo que sucede es lo contrario. El poder siempre ha hecho enloquecer, la palabrería siempre ha producido estupidez. En las asambleas soberanas prevalece fatalmente la mediocridad.

Votar es evocar la traición. Sin duda, los votantes creen en la honestidad de aquellos a quienes conceden su sufragio, y tal vez tengan razón el primer día, cuando los candidatos todavía se hallan en el fervor del primer amor. Pero cada día tiene su mañana. Tan pronto como cambia el medio, el hombre cambia con él. Hoy el candidato se inclina ante vosotros, y quizá demasiado; mañana volverá a erguirse, y tal vez demasiado. Antes mendigaba vuestros votos, después os dará órdenes. Una vez que el obrero se ha convertido en capataz, ¿puede seguir siendo lo que era antes de haber obtenido el favor del patrón? El ardiente demócrata, ¿no aprende a inclinar la espalda cuando el banquero se digna a invitarlo a su despacho, cuando los lacayos de los reyes le hacen el honor de invitarlo a las antecámaras? La atmósfera de estos cuerpos legislativos es nociva para la respiración;

si enviáis a vuestros mandatarios a un medio de corrupción, no os sorprendáis si salen de él corrompidos.

Así que no abdiquéis, no entreguéis vuestros destinos a hombres necesariamente incapaces y a futuros traidores. ¡No votéis! En lugar de confiar vuestros intereses a otros, defendedlos vosotros mismos; en lugar de recurrir a abogados para proponer un futuro modo de acción, ¡actuad! No faltan las oportunidades para los hombres de buena voluntad. Transferir a otros la responsabilidad por la propia conducta es carecer de valentía.

Os saludo de todo corazón, compañeros.
Élisée Reclus

CONSEJOS A MIS CAMARADAS ANARQUISTAS[75]

A la redacción de *La Huelga General* de Barcelona
Bruselas, 4 de diciembre de 1901

Queridos camaradas,
En general, nosotros tenemos la costumbre de exagerar tanto nuestras fuerzas como nuestras debilidades: así, durante los períodos revolucionarios nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables y, por contra, en ciertos momentos de estancamiento toda nuestra vida, aunque la hayamos consagrado por completo a la tarea, nos parece estéril e inútil, e incluso nos creemos arrastrados por un viento de reacción.

¿Qué debemos hacer entonces para mantenernos en estado de vigor intelectual, energía moral y fe en el buen combate?

Acudís a mí porque contáis con mi experiencia respecto de las personas y las cosas. Pues bien, en mi calidad de anciano me dirijo a los jóvenes y les digo:

75. Carta dirigida a la apertura de un congreso anarquista y publicada en la revista *La Huelga General*, número 5, Barcelona, 25 de diciembre de 1901. Reproducido en Élisée Reclus, *Correspondance*, tomo III, París, Schleicher Frères, 1911-1925, pp. 238-240 [traducción de José Carlos Lechado].

Nada de querellas ni de personalidades; escuchad los argumentos contrarios después de haber expuesto los vuestros; aprended a callar y a reflexionar; no pretendáis tener razón a costa de vuestra propia sinceridad.

Estudiad con discernimiento y perseverancia. El entusiasmo y la entrega, incluso hasta la muerte, no son las únicas formas de servir a nuestra causa. Entregar la vida es fácil, conducirnos de manera que nuestra vida sirva de enseñanza no lo es tanto. El revolucionario consciente no es solo un hombre de sentimientos, es también un hombre de razón que fundamenta todos sus esfuerzos por conseguir más justicia y solidaridad en conocimientos precisos y sintéticos de la historia, la sociología y la biología, alguien que, por así decirlo, incorpora sus ideas personales al conjunto genérico de las ciencias y que es capaz de afrontar la lucha, sostenida por el inmenso poder que extrae de sus conocimientos.

Evitad las especializaciones; no pertenezcáis a patrias ni a naciones; no seáis ni rusos, ni polacos, ni eslavos; sed más bien hombres ávidos de verdad, libres de todo pensamiento interesado y de toda idea especulativa con respecto a los chinos, los africanos o los europeos: el patriota siempre acaba odiando al extranjero y pierde el sentido de la justicia que iluminó su entusiasmo inicial.

Ni patrón, ni jefe, ni apóstol de ningún discurso considerado como palabra de evangelio; huid de los ídolos y no busquéis la verdad única sino en el discurso del amigo más querido, del más sabio profesor. Si tras haberla escuchado conserváis alguna duda, descended a vuestra conciencia y examinadla de nuevo para emitir un último juicio.

Hay que rechazar, pues, toda autoridad, pero también atenerse al respeto profundo de una convicción sincera, vivir la propia vida, pero reconocer a los demás la entera libertad de vivir la suya.

Si os lanzáis a la lucha para sacrificaros en defensa de los humillados y los ofendidos, eso está bien, compañeros: afrontad, pues, con nobleza la muerte. Si preferís la lenta y paciente

labor en pro de un futuro mejor, eso es algo aún mejor: haced de ello el objetivo de cada instante de una vida generosa. Pero si elegís seguir siendo pobres entre los pobres, en completa solidaridad con los que sufren, ¡que vuestra existencia irradie en forma de luz benéfica, de perfecto ejemplo, de fecunda enseñanza!

Salud, camaradas
Élisée Reclus

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

LIBROS Y ESCRITOS DE ÉLISÉE RECLUS

Voyage à la Sierra Nevada de Sainthe-Marthe, paysages de la nature tropicale, París, Hachette, 1861 [hay traducción al castellano: *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá, Cahur, 1947].

La Terre, description des phénomènes de la vie du globe, París, dos tomos, Hachette, 1868-1869.

Histoire d'un ruisseau, París, Hetzel, 1869 [hay traducción al castellano: *Historia de un arroyo*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 2008].

Nouvelle Géographie universelle, París, Hachette, 1876-1894, 19 tomos [hay traducción al castellano: *Nueva geografía universal, la tierra y los hombres*, Madrid, El Progreso Editorial, 1889-1990, y *Novísima geografía universal*, Valencia, Prometeo, 1906, prologada y traducida por Vicente Blasco Ibáñez].

Histoire d'une montagne, publicada inicialmente por entregas en el semanario *La Science Illustrée*, primavera-verano de 1876 [hay traducción al castellano: *Historia de una montaña*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 2008].

"Préface" junto con Carlo Cafiero en *Dieu et l'État* de Mijaíl Bakunin, Ginebra, Impr. Jurassienne, 1882.

"Prefáce" en *Paroles d'un révolté* de Piotr Kropotkin, París, Marpon-Flammarion, 1885.

"Prefáce" en *La Civilisation et les Grands Fleuves historiques* de Léon Metchnikoff, París, Hachette, 1889.

Évolution et révolution, París, Bureau de La Révolte, 1891.

"Hégémononie de l'Europe", *La Société nouvelle*, París-Bruselas, 1894, pp. 433-443.

L'Évolution, la révolution et l'idéal anarchique, París, Stock, 1898 [hay traducción al castellano: *Evolución, revolución y anarquía*, El Bermejo (Argentina), Editorial Proyección, 1969].

"L'Enseignement de la Géographie", *Bulletin de la Société Belge d'Astronomie*, núm. 11, Bruselas, 1903.

"Nouvelle proposition pour la suppression de l'ère chrétienne", *Les Temps Nouveaux*, 6 de mayo de 1905, pp. 1-2.

L'Homme et la Terre, París, La Librairie Universale, 1905-1908, seis tomos (Paul Reclus, sobrino de Élisée, editó los cinco últimos tomos a partir de 1906) [hay traducción al castellano: *El hombre y la Tierra*, 6 tomos, Barcelona, Publicaciones de La Escuela Moderna, 1906-1909; traducción de Anselmo Lorenzo, revisión de Odón de Buen].

Correspondance, tomos I y II, París, Librairie Schleicher Frères, 1911 (ed. Louis Dumesnil).

Correspondance, París, tomo III, Alfred Costes, 1925 (ed. Paul Reclus).

"Développement de la liberté dans le monde", *Le Libertaire*, 1928 (publicación póstuma de un manuscrito escrito en 1851).

BIBLIOGRAFÍA SOBRE ÉLISÉE RECLUS

ARNAU, Xavier *et al.* (eds.) (2007): *Ciència i compromis social. Élisée reclus (1830-1905) i la geografia de la llibertat*, Barcelona, Publicacions de la Residència d'Investigadors CSIC-Generalitat de Catalunya.

BRUN, Christophe (2014): *Élisée Reclus. Les Grandes textes*, París, Flammarion.

CHOLLIER, Alexandre y FERRETTI, Federico (eds.) (2012): *Élisée Reclus. Écrits sociaux*, Ginebra, Les Éditions Héros-Limite.

CLARK, John y MARTIN, Camile (eds. y trad.) (2013): *Anarchy, Geography, Modernity: Selected Writings of Elisée Reclus*, Oackland CA, PM Press.

Clark, John (ed.) (2015): "Introducción al pensamiento social de Reclus", *Libertad, igualdad y geografía. Ensayos escogidos de Élisée Reclus*, Madrid, Enclave de Libros.

Ferretti, Federico (2007): *Il mondo senza la mappa: Élisée Reclus e i geografi anarchici*, Milán, Zero in Condotta.

– (2010): "L'egemonia dell'Europa nella Nouvelle Géographie universelle di Élisée Reclus (1876-1894), una geografia anticoloniale?, *Rivista Geografica Italiana*, núm. 1, pp. 65-92.

– (2014): *Élisée Reclus. Pour une géographie nouvelle*, París, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques.

– (2016): "Reading Reclus between Italy and South America: translations of geography and anarchism in the work of Luce and Luigi Fabbri", *Journal of Historical Geography*, vol. 53, pp. 75-78.

Geddes, Patrick (1905): "A Great Geographer: Élisée Reclus", *Scottish Geographical Magazine*, 21.

Giblin, Béatrice (1981): "Élisée Reclus et les colonisations", *Hérodote*, núm. 22, pp. 56-79.

– (2005): "Élisée Reclus: un géographe d'exception", *Hérodote*, núm. 117, pp. 11-28.

Girón Sierra, Álvaro (1996): *Evolucionismo y anarquismo en España, 1882-1914*, Madrid, CSIC.

– (2005): *En la mesa con Darwin: evolución y revolución en el Movimiento Libertario en España (1864-1914)*, Madrid, CSIC.

Kropotkin, Piotr (1905): "Élisée Reclus", *Les Temps Nouveaux*, pp. 1-3.

Lacoste, Ives (1981): "Géographicité et géopolitique: Élisée Reclus", *Hérodote*, núm. 3, pp. 29-52.

– (2005): "Hérodote et Reclus", *Hérodote*, núm. 117.

Machler Tobar, Ernesto (introducción y selección de textos) (2014): *Un nombre expoliado. Élisée Reclus y su visión de América*, Bogotá, Universidad del Rosario-Banco de la República.

Mackinder, Halford (1904): "Reclus' Universal Geography", *The Geographical Journal*, núm. 23, pp. 158-160.

Nettlau, Max (1928-1930): *Eliseo Reclus, vida de un sabio justo y rebelde*, Barcelona, Ediciones de La Revista Blanca.

Pelletier, Philippe (2009): *Élisée Reclus, géographie et anarchie*, París, Éditions du Monde Libertaire.

— (2013): *Géographie et Anarchie: Reclus, Kropotkin, Metchnikoff*, Oléron, Les Éditions Libertaires.

PERRON, Charles (1894): "La bibliothèque cartographique de M. Élisée Reclus", *Le Globe: organe de la Société de géographie de Genève*, núm. 33, pp. 126-128.

RECLUS, Élias (2007): *Impresiones de un viaje por España en tiempos de revolución, del 26 de octubre 1868 al 10 de marzo de 1869 en el advenimiento de la República*, Logroño, Pepitas de Calabaza.

RIBERA CARBÓ, Eulalia (ed.) (2016): *La anarquía y otros textos*, Cuernavaca, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

VICENTE MOSQUETE, Teresa (1983): *Eliseo Reclus: la geografía de un anarquista*, Barcelona, Los Libros de la Frontera.

— (2007): "Eliseo Reclus, educación y geografía del siglo XIX al siglo XXI, en M. Schmidt di Friedberg (ed.), *Élisée Reclus, natura e educazione*, Milán, Mondadori, pp. 186-228.

PÁGINAS ELECTRÓNICAS SOBRE ÉLISÉE RECLUS

Wikisource (francés): https://bitly.ws/3dRDU.

BNF Gallica (francés): https://bitly.ws/3dREI.

Centre International de Recherches sur l'Anarchisme (francés): https://bitly.ws/3dREW.

The Anarchist Library (inglés): https://bitly.ws/3dREY.

Internet Archive (español): https://bitly.ws/3dRF9.

Portal Libertario Oaca (español): https://bitly.ws/3dRFf.

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *Antonio Gramsci. Para la reforma moral e intelectual*
Edición de Francisco Fernández Buey
2. *Camillo Berneri. Humanismo y anarquismo*
Edición de Ernest Cañada
3. *Ernesto Che Guevara. Escritos revolucionarios*
Edición de Francisco Fernández Buey
4. *León Tolstói. Sobre el poder y la vida buena*
Edición de José Luis Gordillo
5. *Bartolomé de Las Casas. Cristianismo y defensa del indio americano*
Edición de Francisco Fernández Buey
6. *Henry S. Salt. Los derechos de los animales*
Edición de Jesús Mosterín
7. *Aldo Leopold. Una ética de la Tierra*
Edición de Jorge Riechmann
8. *Girolamo Savonarola. Tratado sobre la república de Florencia y otros escritos políticos*
Edición de Francisco Fernández Buey
9. *Martin Luther King. Un sueño de igualdad*
Edición de Joan Gomis
10. *Hans Jonas. Más cerca del perverso fin y otros diálogos y ensayos*
Edición de Illana Giner Comín
11. *Piotr Kropotkin. La moral anarquista*
Edición de Frank Mintz
12. *Flora Tristán. Feminismo y socialismo*
Edición de Ana de Miguel y Rosalía Romero
13. *Cornelius Castoriadis. Escritos políticos*
Edición de Javier Pedrol
14. *Karl William Kapp. Los costes sociales de la empresa privada*
Edición de Federico Aguilera Klink
15. *Nicholas Georgescu-Roegen. Ensayos bioeconómicos*
Edición de Óscar Carpintero

16. *Günther Anders. Filosofía de la situación*
Edición de César de Vicente Hernando
17. *Mahatma Gandhi. Política de la noviolencia*
Edición de Rubén Campos Palarea
18. *Raymond Williams. Historia y cultura común*
Edición de Alicia García Ruiz
19. *André Gorz. Crítica de la razón productivista*
Edición de Joaquín Valdivieso
20. *León Trotsky. Defensa de la revolución*
Edición de Jaime Pastor
21. *Herbert Marcuse. La tolerancia represiva y otros ensayos*
Edición de César de Vicente Hernando
22. *Vladimir Illich Lenin. El revolucionario que no sabía demasiado*
Edición de Constantino Bértolo
23. *Karl Marx. El arma de la crítica*
Edición de Joaquim Sempere
24. *Francisco Fernández Buey. Filosofar desde abajo*
Edición de Jordi Mir y Víctor Ríos
25. *Paulo Freire. Pedagogía liberadora*
Edición deTeresa García Gómez
26. *René Dubos. Pensar globalmente, actuar localmente*
Edición de Carmen Madorrán Ayerra
27. *Guy Debord. Crítica del espectáculo y de la vida cotidiana*
Edición de Diego Ruedas Torrres, Vidal Labajos Sebastián
28. *Barry Commoner. Ecología y acción social*
Edición de Jorge Riechmann e Iranzu Tellechea
29. *Gustav Laudauer. Anarcosocialismo y mística comunitaria.*
Edición de Carlos Taibo

Olvidada durante gran parte del siglo XX, la geografía social de Élisée Reclus está siendo revalorizada en la actualidad. Su original pensamiento crítico combina ciencia y teoría política para explicar la interacción entre los fenómenos naturales y sociales a lo largo del tiempo. Empleando un método dialéctico de análisis de la sociedad humana, Reclus describe procesos contradictorios de evolución y revolución que no se resuelven necesariamente en el advenimiento del comunismo, la única forma de sociedad capaz de establecer la armonía entre el medio natural y la humanidad, y entre la organización social y la libertad individual. Frente al comunismo autoritario y al anarquismo individualista, Reclus atribuye un papel fundamental a la moralidad y a la voluntad libre de los seres humanos en el esfuerzo revolucionario colectivo que conducirá a la anarquía, la "más alta expresión del orden". Los textos seleccionados en la presente edición constituyen una muestra de los diferentes aspectos de la propuesta revolucionaria de este autor prolífico cuya obra visionaria nos invita a renovar la manera de afrontar los retos políticos, sociales y ecológicos del siglo XXI.

ÉLISÉE RECLUS

Nacido en un pueblo de la región francesa de Aquitania en el seno de una modesta familia protestante, Élisée Reclus (1830-1905) abandonó la carrera religiosa para abrazar la vocación geográfica tras seguir los cursos de Carl Ritter en la Universidad de Berlín. Comprometido desde muy joven en la lucha por la libertad, participó activamente en la resistencia al golpe de Estado de Luis Bonaparte y en la Comuna de París, colaboró con Mijaíl Bakunin en la I Internacional y conoció las penalidades del exilio y la prisión. Viajero incansable y autor de una monumental obra geográfica, su contribución al pensamiento político se expresa tanto en sus tratados geográficos, especialmente en *El hombre y la Tierra*, como en sus numerosos artículos, cartas, manifiestos y transcripciones de sus conferencias. Destacado teórico del comunismo libertario junto con su amigo Piotr Kropotkin, Reclus defendió la emancipación de la mujer y los derechos de los animales, y criticó con lucidez el capitalismo, el colonialismo, el Estado y toda forma de dominación. Considerado como un precursor del ecologismo anticapitalista, Reclus ofrece una visión optimista de la relación entre sociedad y naturaleza en la que la acción moral de los seres humanos ha de actuar como "conciencia de la Tierra".

THEMA: DNT/JPFB/ NHTP/R
9 788413 529585
15,5 € ISBN: 978-84-1352-958-5

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO